



  
**El Alma Pública**

Revista desdisciplinada de psicología social







# El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

# Contenido

- 05 **LA MENTE DEL MUNDO DEL SIGLO DIECIOCHO AL SIGLO VEINTIUNO Y LA BIOGRAFÍA COLECTIVA DE LOS TRIUNFADORES FRACASADOS**
- INTRODUCCIÓN: véase APÉNDICE
- 07 **I. EL MUNDO DE DIOS**  
Es todavía el siglo XVIII. Dios es real. La tierra es un valle de lágrimas. El ambiente es rural.
- 08 **I.1. La espera**  
Lo único que hay que hacer es dejar que llegue la muerte, y entretanto, ser labrador o ser artesano, e ir al mercado del pueblo.
- 13 **I.2. El interés**  
Aparecen los usureros, que hacen que el tiempo de la vida se cobre en dinero. Los agiotistas legales se llaman banqueros.
- 19 **II. EL MUNDO DEL DINERO**  
El espacio es urbano. El campo, el taller, el trabajo y el tiempo se vuelven propiedad privada.
- 20 **II.1. La carrera**  
Es el siglo XIX. Hay que ir a la ciudad para buscar de qué vivir. Ser empleado en el sector de los servicios en comercios y oficinas. Es necesario estudiar.

**REVISTA EL ALMA PÚBLICA**, Año 13-14 | Núm. 26/27 | Otoño-Invierno 2020/Primavera-Verano 2021, es una publicación semestral editada por Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020, Tel. 58044600, ext. 2518, [www.elalmapublica.net](http://www.elalmapublica.net), [elalmapublica@elalmapublica.net](mailto:elalmapublica@elalmapublica.net). Editor responsable: Angélica Bautista López, Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2015-121716453900-102, ISSN: 2007-0942. Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 14961, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Digicenter de México, S.A. de C.V., Avenida Plutarco Elías Calles núm. 1810, colonia Banjidal, C.P. 09450, Delegación Iztapalapa. Este número se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2021 con un tiraje de 500 ejemplares. Distribuidor Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de la publicación sin previa autorización de Angélica Bautista López.

31 **II.2. La publicidad**  
La producción superflua se presenta como necesaria.  
Será el siglo XX. Hay que volverse muy egoísta.

41 **II.3. El algoritmo**  
Siglo XXI: el lobo del hombre es una máquina  
de inteligencia artificial.

57 **III. EL MUNDO DEL TIEMPO**  
La revolución mental consiste en recuperar el tiempo  
y hacerlo que dure.

59 **III.1. El alzamiento**  
Rebelarse contra el absurdo.

61 **III.2. La contemplación**  
Hacer cosas para reconocerse en ellas.

68 **APÉNDICE: INTRODUCCIÓN**  
Psy-fi. El mundo como categoría psicológica: aquello que  
se nos impone como realidad natural incuestionable y  
que nos hace pensar, sentir, hacer y ser de una forma.

79 **La revolución**  
La transformación del mundo es mental  
(pero no personal).

81 **ÍNDICE DE NOMBRES**

82 **ÍNDICE DE TEMAS**



Directora editorial  
Angélica Bautista López, UAM-I

[www.elalmapublica.mx](http://www.elalmapublica.mx)

Consejo editorial  
Salvador Arciga Bernal, UAM-I  
Claudette Dudet Lions, UNAM  
Pablo Fernández Christlieb, UNAM  
Ma. de la Luz Javiedes Romero, UNAM  
Gustavo Martínez Tejeda, UPN  
Jahir Navalles Gómez, UAM-I  
Rodolfo Suárez Molnar, UAM-C

Composición tipográfica,  
arte y diseño  
Verónica García Montes de Oca

Certificado de reserva a título de derechos  
de autor: 04-2015-121716453900-102  
ISSN 2007-0942



## AGRADECIMIENTOS

A Lupicinio Íñiguez y su impecable hospitalidad en el Doctorado de Persona y Sociedad de la *Universitat Autònoma de Barcelona*, año 2018.

Al Programa de Superación Académica (PASPA) de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

A Martín Mora y Jesús Rojas, y las cervezas/café en el *bar de Lletres*, a las seis.



# La mente del mundo del siglo dieciocho al siglo veintiuno y la biografía colectiva de los triunfadores fracasados.

115

PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

P

## **Si uno se va a morir,**

¿para qué se la pasa haciendo tantos esfuerzos y sacrificios, y, si sólo tiene esta vida, por qué lo único que hace son tonterías: uno está vivo por una única y breve vez, y este portento de oportunidad que le dio el azar lo despilfarró padeciendo y haciendo tonterías; ¿no sería mejor ponerse a no hacer nada? (si esto lo mirara uno en términos de la especie humana el resultado sería más vergonzoso: últimamente hay opiniones sobre la probabilidad de que el ser humano sea la única conciencia del universo, y si fuera así —y aunque no lo fuera—, el desperdicio de la humanidad en competencias de poder no podría ser perdonando ¿perdonando por quién?: por cada uno de nosotros mismos, a falta de otra conciencia).

## Pero el tiempo es uno, literalmente, uno mismo, y eso es justo lo que uno está tirando: por qué la gente tira su vida esforzándose en hacer estupideces; ésta es la pregunta que se hace este texto.

Uno cree que tanto esfuerzo es porque está aprovechando el tiempo, pero más bien parece que solamente lo está tirando, ya que lo usa en cada vez más preocupaciones y tareas —sean laborales o personales— que cuando las termine sólo le dejarán más tareas que hacer y todas juntas irán a parar a la basura; y el tiempo que se gastó en hacerlas nunca vuelve. También se lo gasta en pasar exámenes, pruebas, retos, evaluaciones, juicios, ordalías que cuando los pase nada más le servirán para estar igual que antes pero con menos tiempo, cada vez durmiendo menos y trabajando más, y suponiendo que ya por eso va en la senda del triunfo. Los grupos, gremios, asociaciones, empresas, clubs, partidos en los que uno está metido —por motivos laborales o personales— van decidiendo las actividades que hay que realizar y distribuyéndolas entre sus miembros para que parezca que persiguen objetivos, por ejemplo un nuevo producto o mejora cuyo resultado no es una mejora sino gastarse el tiempo de la gente que se ufana de que ya no tiene tiempo para nada. Los vagabundos se la pasan contemplando el tiempo, que es la única manera de no perderlo; pero uno se la pasa acabándose.

Si el tiempo fuera un artefacto o un recurso natural —o un capital—, vaya y pase. Pero el tiempo es uno, literalmente, uno mismo, y eso es justo lo que uno está tirando: por qué la gente tira su vida esforzándose en hacer estupideces; ésta es la pregunta que se hace este texto.

La respuesta rápida es que se supone que la gente busca la felicidad —o como se llame—; pero

resulta que hace como doscientos cincuenta años le avisaron que el cielo ya no existía, y entonces, la felicidad la tenía que conseguir en esta tierra, porque ya no hay otra después, y todos se tuvieron que poner a correr tratando de alcanzarla lo más pronto posible. Si antes el tiempo había sido largo y aburrido, ahora era escaso y frenético. Y cuando cualquiera se pone a correr tras algo —y los demás también—, siempre parece que se trata de aver quién llega primero, que es lo que se llama en español de la RAE competencia; o, cuando entran las prisas, uno no se puede poner a esperar a los de junto, lo cual significa que el egoísmo es un problema de velocidad. A la mejor la felicidad consistía en no correr, pero con tantas apuraciones nadie se dio cuenta, ni se acuerda de lo que estaba buscando; y, efectivamente, a la fecha todos andan dando tumbos en el fondo de un callejón sin salida: eso era la senda del triunfo. Daría risa si no fuera porque se nos va la vida en ello; este texto se propone tratar de comprender este absurdito intrascendente: la respuesta lenta es lo que sigue.

(Y porque es medio angustiante, el presente texto no pretende seguir la moda de ser chistoso. Como dice Hayden White, el talante irónico es lo que se estila últimamente para hacer crónica de la sociedad, merced al cual el observador —el cronista— se distancia de la situación y se pone un poco por encima de ella; pero en este caso, el texto está narrado desde el punto de vista de uno —mismo—, y a uno se le está yendo la —única— vida —que tiene— en este mundo. Y por eso no le hace gracia) 📖



## I. EL MUNDO DE DIOS

*Los campesinos comparten todos una miseria bastante continua, una paciencia a la altura de cualquier prueba, una extraordinaria aptitud para resistir amoldándose a las circunstancias, una lentitud para actuar a pesar de los sobresaltos de las revueltas, un arte desesperante para rechazar, sea cual sea, toda innovación, una perseverancia sin igual para reequilibrar una existencia continuamente precaria.*

FERNAND BRAUDEL MICHAEL,  
1979, Civilización material, economía y  
capitalismo. Tomo II. Los juegos del in-  
tercambio. Madrid, Alianza Editorial,  
1984 (Trad.: Vicente García Hueso),  
p. 215.

Uno vive en un caserío, es un despoblado, en una aldea, en un pueblo con poquísimos habitantes, doce, veinticinco, setentaiocho, ciento diez, cuatrocientos sesenta y dos, de casas, cobertizos y corrales casi provisionales aunque llevan siglos, salpicados sin mucha alineación sobre el emplazamiento, con un pozo para todos, y un santuario, alguna capilla, tal vez una iglesia, ésa sí, no sólo permanente sino muy vieja, románica, medieval, colonial, siempre bonita, porque es la única construcción que puede importar y que debe durar.





## I.1. La espera

*En el antiguo régimen, más que en unas épocas y menos que en otras, es notable la parte de actividad económica de cada hombre que se dirige a abastecerse a sí mismo. Primero. Segundo: en esa misma época y en ese ámbito, hubo una dosis importante de sobriedad, que es fácilmente perceptible, aunque sea difícilmente mensurable, sin más que examinar aquellos inventarios post mortem de que antes hablábamos. La gente no se desvivía por poseer objetos de consumo, entre otras cosas porque unos no existían y otros se desconocían.*

JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO, 1991,  
Historia general de la gente poco  
importante (América y Europa hacia  
1789), Madrid, Gredos.

Y hace silencio, que es el ruido que hace el tiempo cuando no pasa; sólo se oye el viento entre los árboles y el trigo —o crujiendo entre los maizales—, los pájaros y los perros, algún llanto de niño o balido de borrego, y una canción de siempre que acompaña la tarea apenas tarareada: todos ellos son ruidos del silencio. El silencio es el sonido de los espacios —y los tiempos— abiertos, que tienen horizonte, donde el aire se impregna de lejanía, donde las cosas y las voces llegan desde allende, y hasta el hambre y la sed y el cansancio también parece que llegan de lo lejos, como si no le acontecieran a uno, como si no fueran cosa suya, sino que nada más barrieran la tierra como el viento y el silencio, como si uno se encontrara desprendido del paisaje y el caserío, o de su propio cuerpo y de su vida. Y los demás, los prójimos no tan próximos (¿los léjimos?), también están adentrados en su lontananza, y desde allá los oye y les responde, sin meterse gran cosa, porque esta lejanía no es para atravesarla, sino para habitarla.

Y por cierto que hay ciudades, porque todos los poblados son satélites de alguna a tiro de piedra o jornada de viaje, y unas son muy grandes, de cien mil habitantes, como Barcelona o México, y hasta de medio millón, como Londres o París, y se distinguen porque tienen catedral, como la Catedral del Mar o la de Notre Dame

o la de la Nueva España, que más que vieja es eterna, y más que hermosa es del más allá. Y en todo caso la iglesia siempre está situada en una plaza central o mayor —junto con la casa de gobierno—, por una razón, porque la plaza ya no es un lugar de paso, sino el lugar adonde llegar, para estar, y que por lo tanto ya no se mueve, lo cual atestigua que esta inmovilidad es del orden de Dios y la eternidad (las ciudades de después, ya sin plaza central sino pura *main street*, siempre andan a las carreras). Pero en general hasta las ciudades —o burgos— son más bien pequeñas, ya que a partir de dos mil, cinco mil —según el cálculo—, ya se les consideraba ciudad, que son menos de cuatrocientas en todo el orbe y que en promedio tendrán unos siete mil habitantes, mucho menos que cualquier barrio actual; probablemente no se les llama ciudad por su población, sino por su documentación, porque son los sitios que tienen papeles, de los que hay archivos con actas de matrimonio, con querellas ante los jueces, con recibos de compra y venta, con testamentos, y por lo tanto, con historia, mientras que los pueblos son indocumentados, apenas quizá una inscripción en el cementerio y por ello solamente quedan en la memoria, en ciertos gestos y ciertas sensaciones que se conservan sin que se sepa de dónde vienen. Pero, en fin, en las ciudades nada más vive una porción menor, como la octava parte, del mundo; ya crecerán, pero por el momento el mundo es aldeano.

Y uno es campesino inevitablemente, como su padre y su abuelo y su hijo y su nieto hasta el fin de los siglos, y —según el continente— siembra pan de trigo que cosecha con hoz o pan de maíz que cose-

cha con machete en la tierra comunal del pueblo en un régimen de autoconsumo y subsistencia, porque lo que da el campo, junto con las gallinas o cerdos o guajolotes o borregos que de paso dan calor en invierno —casi sin caballos ni bueyes ni vacas, que ya es ganado mayor—, no es para negociar sino para abastecerse. Y así se le pasa la vida, que es dura, y lenta, precaria, y lenta, porque entre la siembra y la cosecha, el tiempo que queda es para escuchar el silencio del frío y para mirar el mundo; y el mundo es extenso, ancho como el horizonte, como ancha es Castilla, nunca hacia arriba sino siempre a ras de suelo, quieto, donde no hace falta apurar el tiempo ni para apurar la cosecha, ni apurar la vida, porque de todos modos el tiempo no se mueve más que con la lentitud de las estaciones, de la temporada de aguas y de secas, y entonces uno puede tomarse todo el tiempo del mundo para llevar papas, cebollas y otros cultivos menores a la cacerola del fogón, o para parchar el tejado antes de que vengan las lluvias o remendar una de las dos camisas, o la de diario o la de misa. Pero siempre se puede quedar mirando cómo cae la tarde. Se diría que uno está esperando, que todos esperan, que todo el mundo está esperando, que el mundo es una espera. Y para esperar no hay que moverse, sino nada más estar ahí.

Y uno es igualmente artesano —sea que también cultive o no—, y fabrica herramientas, sobre todo de madera, arados o azadones o vasijas; o telares para ser también artesano de telas, o el horno para hacer pan (que tiene iguales calorías pero cuesta 11 veces menos que la carne), en talleres domésticos, mínimos, familiares, donde todos las habitantes de la

Se diría que uno está esperando, que todos esperan,  
que todo el mundo está esperando, que el mundo es una espera.  
Y para esperar no hay que moverse, sino nada más estar ahí.

casa trabajan, sin prisa, sin afán, sin cuentas de la lechera, sin alternativa, sin más productividad que la sola autosuficiencia y algunos remanentes para hacer trueque en el mercado. Y mientras laboran, cantan y callan repetidamente o se cuentan una y otra vez las mismas historias y los mismos cuentos, sin novedades, con la seguridad de asistir al mismo orden de todas las veces; y en ciertos momentos cruza la cara una sonrisa tenue. No hace falta saber leer, porque no hay nada que leer ni cuentas que hacer y para las lecturas está el cura; y los cuentos y las historias no están escritos sino que se saben quién sabe cómo y son tan viejos como la iglesia y el mundo, o los traen los trovadores y los titiriteros o las compañías de teatro, que relatan noticias nuevas que sucedieron hace mucho sin que importe nada porque aquí el tiempo no cuenta.

Y el mundo es un valle de lágrimas, y aquí no hay nada con lo que ser felices, porque Dios, en su infinita sabiduría, dispuso que uno gane el pan con el sudor de su frente, que una para los hijos con dificultad puesto que ésta es la manera de estar aquí mientras uno se muere, ya que este mundo es de paso y por eso se llama edad media, que no se terminó en el siglo XV ni en el XVI, sino que sigue hasta el XVII y la mitad del XVIII, como dice Johan Huizinga, y que es la edad, el tiempo, la era que se encuentra entre el nacimiento —o la expulsión del paraíso— y la muerte —o la repatriación al paraíso—, y que es simple y llanamente, sin queja ni mala noticia, la edad del padecimiento, un lugar en el que está como cualquier otro, y es el lugar en el que hay que esperar que ocurra lo que tiene que venir. Y para esperar no hay que hacer nada.

No sólo uno espera: las cosas también esperan o están dentro de ese tiempo. Por eso no cambian, porque están hechas para siempre, para durar, como dice Franco Ferraroti, así que la misma mesa ya heredada se conserva toda la vida y se lega a los que vienen. Y así como las cosas, los gestos,

que son los mismos de generación en generación; y por lo tanto, existe la voluntad o la terquedad o la actitud de que nada cambie, que es el valor absoluto de la tradición, de lo inmemorial, y un rechazo instintivo a todo lo que sea nuevo, porque agrieta el tiempo. Por eso en este tiempo que no se mueve en este mundo de espera —según dice Jean Pucelle en su librito de *El tiempo*—, no hay angustia, ni resignación, ni ilusiones, ni aburrimiento ni arrepentimiento, porque todos estos estados son desacomodos del tiempo, y aquí el tiempo es de una pieza, incólume, siempre indemne, porque la angustia es un tiempo que se siente venir o que se siente escapar, el aburrimiento es un tiempo que quiere acelerar dentro de un tiempo que no se mueve, la ilusión es querer que venga un tiempo que no está por llegar, la resignación es la aceptación de un tiempo que no sucedió como la ilusión quería. O dicho de otro modo, todo cambio de tiempo es una psicología; y en este mundo de espera no hay psicología (la psicología es para los que desesperan, para los tiempos desesperantes): hay, si acaso, una cierta intencionalidad, hacer este banco para luego sentarse (trabajar para comer, ir para llegar), pero es una intencionalidad de corto plazo y de baja intensidad, como meramente flotante, que no alcanza a constituir una psicología. Y por lo tanto, si uno no tiene psicología, tampoco tiene yo, y no tiene vida interior: en su lugar, lo que tiene es tiempo (lo que no tiene es reloj), porque este tiempo de estar y de esperar no necesita llegar a ninguna hora; todos los días son el mismo, toda la vida es la misma, y por eso uno no tiene edad ni sabe qué día nació ni tiene cumpleaños. Apenas si tiene nombre, un nombre con el mismo rango que el de las cosas (por eso todavía existe el nombre Margarita, el nombre Refugio). Cuando el mundo está hecho de fe —no de creencias—, que es una, completa, total y colectiva, uno no tiene decisiones, ni ideas propias, ni nadie anda con su yo en ristre.





Y lo que se espera en este mundo es ir al cielo, donde se encuentra Dios y la felicidad. Dios no importa mucho, pero la felicidad sí; la felicidad es simple: no sufrir; el cielo es el lugar donde hay descanso y no hay hambre ni frío ni enfermedad.

Así es la providencia, lo que Dios provee según su inexpugnable —incuestionable— plan; y la providencia del Señor ha dispuesto que haya pobres: pobres son, no exactamente los que carecen, sino los que trabajan, porque aunque pobreza no la hubiera se equipara trabajo con miseria —la miseria es tener que trabajar—, trabajo con sufrimiento; y se trabaja no tanto para vivir sino para purgar el pecado de haber nacido y para merecer el cielo. Que haya pobres, pero la providencia también quiere que haya ricos, como los señores y los eclesiásticos, cuya misión en esta vida es la caridad, a menudo más difícil de practicar

que el hambre, por lo que a veces a los ricos el cielo se les cierra como el ojo de una aguja. Y entonces, uno no debe alterar el plan de la providencia y por ende no debe desear ser rico (lo cual es peor pecado que serlo) ni querer que no los haya, de la misma manera que los ricos no desean ser pobres ni quieren que no los haya, ya que ellos son los que los salvan porque hacen posible la caridad. Querer cambiar el orden terrenal equivale a pretender oponerse al plan de Dios: por eso la Iglesia respeta las jerarquías y las desigualdades, porque son divinas, y ve con malos ojos tanto a Francisco de Asís que pretende convertirse en pobre habiendo nacido hijo de rico mercader, como a Vasco de Quiroga que pretende que los indios estén contentos en este mundo.

Fuera de estos desacatos que son actos de soberbia —como la de Luzbel— contra Dios, el pecado no

es cosa que preocupe a uno demasiado, porque la vida ya es de por sí una penitencia, así que lo que suceda en este mundo, incontinenias, destemplanzas, incastidades, desjusticias, violencias, abandonos, ebriedades, trampas, robos, crímenes, empezarán a ser pecados en el siglo XIX, pero mientras tanto, desde el XVIII para atrás, son meros gajes del oficio de estar vivo, porque, en verdad, pecado sólo hay uno y ya lo hubo desde siempre, el pecado original, que es el pecado de vivir. Por lo demás, uno no posee esa conciencia personal o moral sobre la que pudiera recaer la culpa, de modo que la culpa es genérica o, como la tierra, comunitaria.

Pecado o no, cualquier cosa que se haga durante la espera y que sirva para sobrellevarla, para entreteñerla, para distraerla, es decir, divertirla, también es idea de la providencia y es un consuelo. Y son muchas, muchísimas, las fiestas, romerías, peregrinaciones, desde adviento hasta cuaresma y desde navidad hasta pascua de resurrección, desde las misas y procesiones en honor de cualquier santo y de todas las vírgenes hasta la del santo patrono de este pueblo o del pueblo vecino o de un poco más allá, donde se puede ir en mula o a pie porque en un mundo que es de espera el tiempo que se use de todos modos no pasa y como dice Antonio Machado, No conocen la prisa ni aun en los días de fiesta. Uno no está interesado en regresar a trabajar, porque el trabajo no es ni un deber ni una necesidad, sino nada más un castigo, que se levanta mientras la virgen pasa en andas.

Y además de las fiestas, más festivos aún, están los mercados de los sábados que se instalan (desde entonces hasta la actualidad como verídico vestigio de la edad media) en los pueblos mayores, adonde bajan los campesinos de aldeas y comarcas a vender lo que les permite su cosecha y su corral, legumbres, huevos o aves vivas o muertas, pollos o chichicuilotes, y, ahí mismo, con las monedas que obtienen, compran los utensilios y herramientas que requieren para su trabajo diario, de los artesanos del pue-

blo y sobre todo de la ciudad que no dejaba de ser pueblo, sombrereros, curtidores, laneros, joyeros, bisutereros que engarzaban rosarios, pero más especializados en el oficio y la factura, que realizan en el taller que está en su propia casa, y zapatos y vestidos que ya pasaron por el sastre, o bancos, esteras, viseras, visillos, petates, que pasan por el cordelero que los trenza con cáñamo, esparto, palma, ixtle, henequén, además de carnes y pescados que vienen de lejos; y agujas y botones, peines y espejos, pañuelos y mascadas, pomadas y untes, lápices y papeles y otros recados que venden los buhoneros, personas que semejan bazares ambulantes que es una delicia mirar. Mucho de este comercio se hace por la vía del intercambio o trueque y, de todos modos, cuando se hace con dinero, éste, inmediatamente en el puesto de al lado, se emplea para comprar la siguiente mercancía. En todo caso, es una economía de uso y no de dinero, porque lo que se obtiene al cabo del intercambio es una cosa que se usa, y no un dinero que no se puede comer ni vestir.

Y más grandes, más centralizadas, menos frecuentes que los mercados, están las ferias, que son grandes campamentos que se montan y desmontan o que convierten a una ciudad completa en un mercado por unos días, para mostrar la producción, a veces muy específica, de ganado o de herrería por ejemplo, adonde asisten compradores y vendedores interesados que vienen de regiones hasta más lejanas, y donde, al igual que en los mercados, la intención y la atención de la gente común no resulta ser el intercambio de productos sino el intercambio de miradas, roces, chismes, pavoneos, presunciones, risas, secretos a voces, y el intercambio público y central de vidas privadas y aisladas, que por unos días salen de sus rincones de inmovilidad y se agitan, revolotean, brillan, esplenden, se muestran, se dan a notar, se fascinan, se entretienen y se divierten, y la espera en que se encuentran de diario se les antoja más ligera y llevadera.

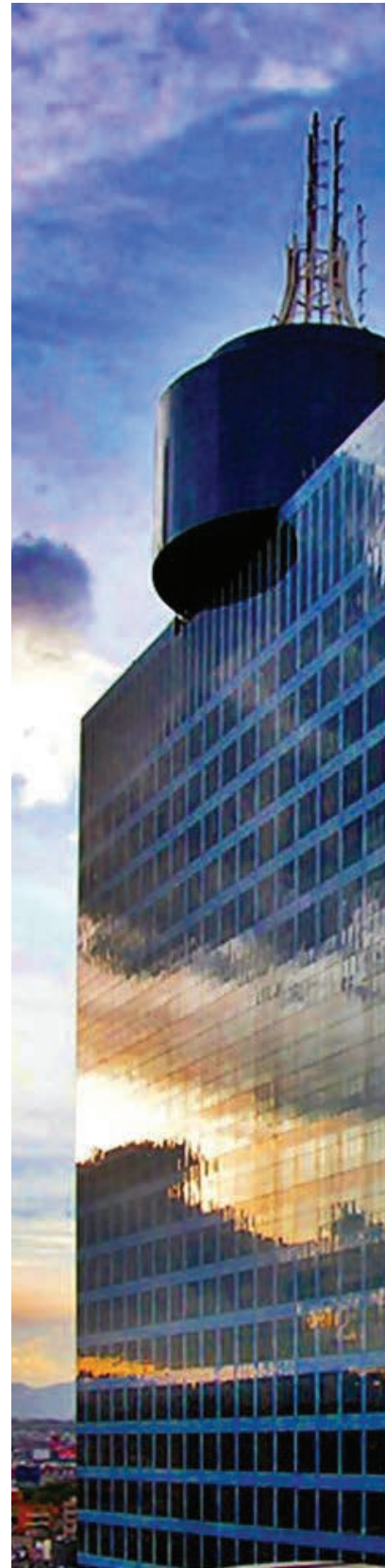


Una ciudad es una pequeña sacudida en el ánimo de un aldeano. A uno le adviene la sensación de que en las ciudades deja de existir Dios, no porque haya pecados, que ni a Dios le importan, sino porque Dios es un señor de lejanías y de eternidades, y aquí todo está apretujado y hay que cuidarse de todo y actuar rápido para sortear los imprevistos —tanta gente que se cruza, cosas que se caen, bultos que estorban— y forcejear con todo, hasta con la mirada de los demás que no lo dejan a uno en paz ni a sol ni a sombra. Y todos los ciudadanos tienen que estar muy listos y activos para sólo ir subsistiendo. La ciudad es un arrebato, y arrebata tiempo, que es lo único que uno tiene porque es lo único que uno es.

## I.2. El interés

*Tal vez el factor más importante en términos de incorporación del sentido del tiempo de la clase trabajadora fue la racionalidad económica, toda vez que, en determinado momento, la demanda del consumidor, interconectada con el desarrollo de la industria de mercancías, se convirtió en la aspiración popular. Junto con este desarrollo vino el auge de las instituciones de crédito y ahorro tales como las sociedades inmobiliarias y las compañías de seguros, así como la aparición de nuevas formas de usura como la compra de crédito. En consecuencia, se comenzó a dar importancia a los salarios fijos y a hacer planes para más adelante. Los trabajadores ya no trabajarían solamente hasta que tuvieran dinero suficiente para el resto de la semana. El nuevo cálculo económico le puso valor financiero al tiempo futuro de modo que éste se volvió parte del habitus del trabajador. No sólo el presente, sino el futuro era dinero.*

NIGEL THRIFT, 1990, "The making of a capitalist time consciousness", in J. Hassard —Ed.—, *The sociology of time*, London, MacMillan, p. 119.



Uno se siente a destiempo en medio de los pueblos grandes y las ciudades porque uno trae desde la ancestralidad el transcurso inmóvil del mundo de los campos con su sangre reposada y espesa, como de atole, y, a uno, los brazos y las piernas, las palabras y las ideas le responden despacio sin poderle llevar el paso a lo que sucede alrededor que, al estar todo apretado —gentes, animales, mercaderías, puertas, charcos, gritos en un espacio tan reducido—, hace que todo se agite para zanjar los obstáculos. En las ciudades, donde los recursos disponibles no alcanzan para todos, parece que se trata de a ver quién se los quita a quién, y si uno no es rápido, se los ganan. Dios seguramente está en la iglesia tan alta y firme y espaciosa, pero uno no lo puede captar en las calles y el mercado, porque lo eterno es lento y necesita lugares infinitos. Aquí no es buen lugar para esperar. Pero como diversión es entretenido, porque una ciudad es como una fiesta o una borrachera, de las que siempre uno resurge al día siguiente.

En cambio, donde uno sí siente un desconcierto, que algo se desacompa y deja de embonar con el mundo consabido, de encajar en este mundo, es en las tiendas, establecimientos que, a diferencia de los mercados y las ferias que son temporales, son permanentes. Desde siempre los artesanos habían montado, sobre todo en días de mercado, sus tenderetes enfrente de sus casas que a la vez eran su taller, y vendían ciertamente lo que fabricaban. Pero en estas tiendas, por ejemplo las boticas, que muchos años después ya sólo venderían remedios, se vendía de todo, pomos, hierbas, cordeles, cucharas, alforjas (ícomo en botica!), o las mercerías, que muchos años después ya sólo vendieron hilos —mercerizados—, se vendía igualmente todo tipo de mercancía (que es de donde viene la palabra mercería pero no la palabra mercerizado, que es una técnica novedosa del tratamiento del hilo), a precios muy asequibles. Lo extraño eran sus dueños, los tenderos, los mercaderes, porque eran gentes que sin

duda trabajaban o por lo menos eran activas, pero que sorprendentemente no hacían nada, esto es, no producían mercancías, no fabricaban manufacturas, carecían de oficio y en cambio obtenían beneficio, porque en vez de hacer algo, a lo que se dedicaban estos buenos inútiles era a comprar cosas y, acto seguido, en vez de usarlas que para eso son las cosas, venderlas, casi sin siquiera haberlas mirado ni tocado, de modo que en rigor estos mercaderes y tenderos empiezan a no manipular cosas bien a bien y a no intercambiar en realidad cosas —de las que ni se enteran—, sino a manipular e intercambiar dinero, porque el dinero lo utilizan para intercambiarlo por dinero y de ello sacar más dinero, sin importarles un comino cuál haya sido la mercancía que era objeto de la compra y de la venta: por eso les da lo mismo que lo que vendan sea alpargatas o palmatorias, ratoneras o escudillas, y por eso también no les interesa el trueque, el intercambio de cosas, porque no quieren quedase al final con ninguna, sino solamente con dinero. Por este tipo de cuestiones los mercaderes y los comerciantes siempre les han resultado antipáticos a la gente del pueblo. Y uno también siente un desajuste añadido, el del hecho de que ahora, cosa que nunca antes, le pidan en las tiendas directamente dinero, monedas contantes y sonantes —que ya no son cosas— para ser más precisos, porque ya no puede dar una gallina por la ratonera, y uno, únicamente, asombradamente, tendrá que dar dinero, o sea que uno también tendrá que pedir dinero por sus hortalizas y sus arreos, por sus cerdos y sus granos. El mundo no solía ser contante y sonante, y ese tintineo de las monedas al sumarse o restarse le suena muy extraño, le suena metálico, que es el mismo ruido que hacen las armas al desenvainarse. Además, los tributos se convierten en impuestos, las alcabalas se transforman en aduanas, las ayudas en censos —que son préstamos hipotecarios—, lo cual quiere decir simplemente que el permiso para vender o para ingresar al mercado

ya tampoco se paga en especie, sino en monedas. Será bueno que en su zapatería se ponga a hacer monederos.

Uno no entiende mucho pero puede sobrellevarlo sin que pierda la confianza en el mundo, o la fe, que es como se llama. Pero lo que uno no entiende nada, y lo que es peor, de lo que no puede desentenderse, es el acontecimiento verdaderamente de otro mundo de que empiezan a aparecer tiendas de dinero, así, tal cual, en cuyos recintos no venden cosas, objetos, mercancías, manufacturas, que por lo demás siempre son muy lindas de curiosear, sino que venden dinero, pero aun, ni siquiera monedas, sino dinero sin monedas, casi pura fantasmagoría, dinero que solamente será anotado en papeles; y diez pesos cuestan doce pesos.

Ya los tenderos habían recurrido a la práctica de fiar, con lo cual se aseguraban la venta de una mercadería a quien todavía no tenía con qué pagar, y a veces incluso prestaban dinero, al igual que los usureros particulares que también lo prestaban a cambio de un interés no del todo módico, lo cual era y sería siempre poco cristiano y nada caritativo, porque alguien que ya tenía dinero incluso para no depender de él no se contentaba con su buena fortuna, sino que todavía quería más, y empleaba el dinero no en caridad sino en ganar más a costa de los demás; pero éstos eran prestamistas de poca monta que más o menos se conformaban con sacarle el dinero a los aldeanos y usufructuarles el sudor de su frente, y además uno había convivido con ellos desde hace mucho y aunque se fueran a ir al infierno de todos modos de vez en cuando sacaban del apuro, lo cual seguramente aportaría indulgencias. Ciertamente esto era el pecado de falta de caridad, pero los grandes prestamistas, los usureros a gran escala, los banqueros y negociantes, ya eran mensajeros del mundo por venir, y uno, en realidad, no tenía trato con ellos, pero los veía pasar u oía de ellos, y le daba desconfianza y temor por lo desconocido. En

efecto, en los bancos y casas de bolsa estos señores conversaban y se intercambiaban papeletas varias, y los unos prestaban dinero a la gente a cambio de un pagaré o letra de cambio por el que uno estaba obligado a pagarles no sólo la cantidad prestada sino el interés del banquero que consistía en que el tiempo que pasaba entre el préstamo y la devolución tenía un precio y costaba dinero que también había que pagar, aunque nadie lo hubiera trabajado, es decir, que lo que venden los banqueros es el tiempo que les transcurre a los demás, que le pasa a uno mismo, y daba la impresión de que por el hecho de que había días y noches y semanas entrantes había que ir pagando, y uno sentía que lo único que era suyo, eso que era uno mismo, su tiempo de vida, ahora lo estaba viviendo otro, el señor banquero. Cada día que pasara uno debía más sin haber gastado nada. De verdad, se sentía algo raro, que el mundo ya no era como siempre. Y los otros, los que salieron de la casa de la familia Bourse, los de la bolsa, hacían otro tanto, aunque ya sin tratar con la gente de la calle sino más bien con los mismos banqueros y los negociantes y comerciantes a gran escala, y ponían entre ellos a la venta el dinero de los negocios mayores y los bancos. Ambos, casas de bolsa y bancos también vendían resguardos, protecciones y seguros tanto de los bienes como de los males de sus clientes, ya sea que guardaran joyas, dinero mismo u otros tesoros, o que vendieran la seguridad a los armadores de los barcos por ejemplo, de que su barco no iba a naufragar con todas sus mercancías dentro, y que si sí se hundía o lo atacaban, la casa aseguradora pagaba todo, o sea que también estaba a la venta el tiempo futuro. En todas estas compraventas de dinero por dinero se empleaban papeles sellados y rubricados con el compromiso escrito especificando montos y calendarios, mismos papeles éstos que se pudieron empezar a usar directamente como moneda, como moneda de papel, o papel moneda, ya que esos documentos se empezaron a

## En el mundo de Dios, que es el de la espera de la muerte, el tiempo en verdad no pasa, no llega, sino que nada más está, al igual que uno.

comprar y vender puesto que ahí estaba la promesa por escrito y sin necesidad de que estuviera presente la mercancía referida.

El dinero es una entidad terrible y por ello recaen sobre él todas las prohibiciones y condenaciones religiosas y morales, ya que, según se entendía hasta principios del siglo XVIII, el dinero no es capaz de trabajar, ni producir ni por ende ganar más dinero, y por lo tanto aquello era un robo que se estaba perpetrando sobre y contra el tiempo y la pobreza de las gentes, disponiendo del tiempo como si fuera suyo y como si se pudiera acumular, empaquetar, guardar y sacar del cajón para usarlo cuando se quiera y cuando no se quiera no (había algo del maligno en todo esto): en suma, mandar sobre la vida, que era lo que hasta la fecha sólo hacía Dios.

En el mundo de Dios, que es el de la espera de la muerte, el tiempo en verdad no pasa, no llega, sino que nada más está, al igual que uno. Pero ahora, en estos momentos del interés, uno comienza a tener la sensación de que el tiempo se puede contar, que es contante como el dinero sonante, esto es, que el tiempo puede valer y costar dinero según cuánto tarda en pasar, y entonces, uno debe apresurarse, correr por primera vez para pagar lo que debe mientras que le entra el mal sabor de boca de que alguien, algo, le está quitando el tiempo de su vida. Ya hay algo que suena en mitad del silencio: la terminación del mundo tradicional, y se oye como tormenta, porque uno siente en el fondo del cuerpo que el cielo se rompe, que el cielo se cae, pero no el cielo de las nubes y los pájaros, sino el cielo donde estaba la felicidad y adonde uno iba a ir en la otra vida.

Si todo se hubiera quedado en eso, en que hay tiendas de dinero donde banqueros y negociantes se obsesionan enriqueciéndose con los intereses que ganan de los demás, no pasaría de ser un atentado contra Dios que se pagaría, como interés, con el infierno, y uno podría sufrirlos y por lo demás ignorarlos y seguir viviendo en su mundo de siempre, sólo un poco más empobrecido esperando a morir, pero resulta que todos estos pagarés, letras de cambio, papeles moneda y órdenes de pago no se quedan acumulados y apilados, sino que con ellos se empiezan a adquirir no ya dinero sino los mismos campos comunales de los pueblos y las aldeas de donde uno sacaba el pan de cada día, y los mismos talleres de artesanía donde uno hacía sus objetos de uso diario para sus pequeñas necesidades, ya fuera porque los banqueros los compraban o porque los pueblerinos y los aldeanos no podían pagar los créditos ni los réditos. Les sucedió a los campesinos de los campos y a los mineros de las minas que de la noche a la mañana se encontraron con que seguían fatigándose en la cosecha y la excavación, pero ahora lo que obtenían ya no era suyo y comunitario o familiar sino que era del nuevo dueño de la propiedad, y a ellos ahora se les daba un salario muchas veces en especie —a ellos sí en especie—, o un sueldo que se les iba en deudas; y así en general les sucedió a los impresores de las imprentas, y a los orfebres, talabarteros, panaderos, canteros, herreros, carpinteros, pastores y cualquiera que disponía de sus bártulos para vivir, cuyos talleres fueron comprados por los negociantes mayores para aglutinarlos en talleres denominados fábricas, molinos, ingenios, manufactureras,

donde ahora trabajaban no ya artesanos, sino obreros, que podían ser las mismas gentes, nada más que antes eran los artesanos de sus propios talleres y ahora eran los obreros de las fábricas de los nuevos ricos, a quienes incluso detestaban los viejos ricos que no se interesaban en hacer negocios. Los que se quedan en los campos trabajando como jornaleros y los que se van a las ciudades a emplearse como obreros de las fábricas maquinizadas de la revolución industrial, serán, de ahí en adelante y hasta el mismo día de hoy, los derrotados (se les puede ver aún en las fotos folklóricas que toman los turistas; o en el metro a las cinco de la mañana camino de la obra).

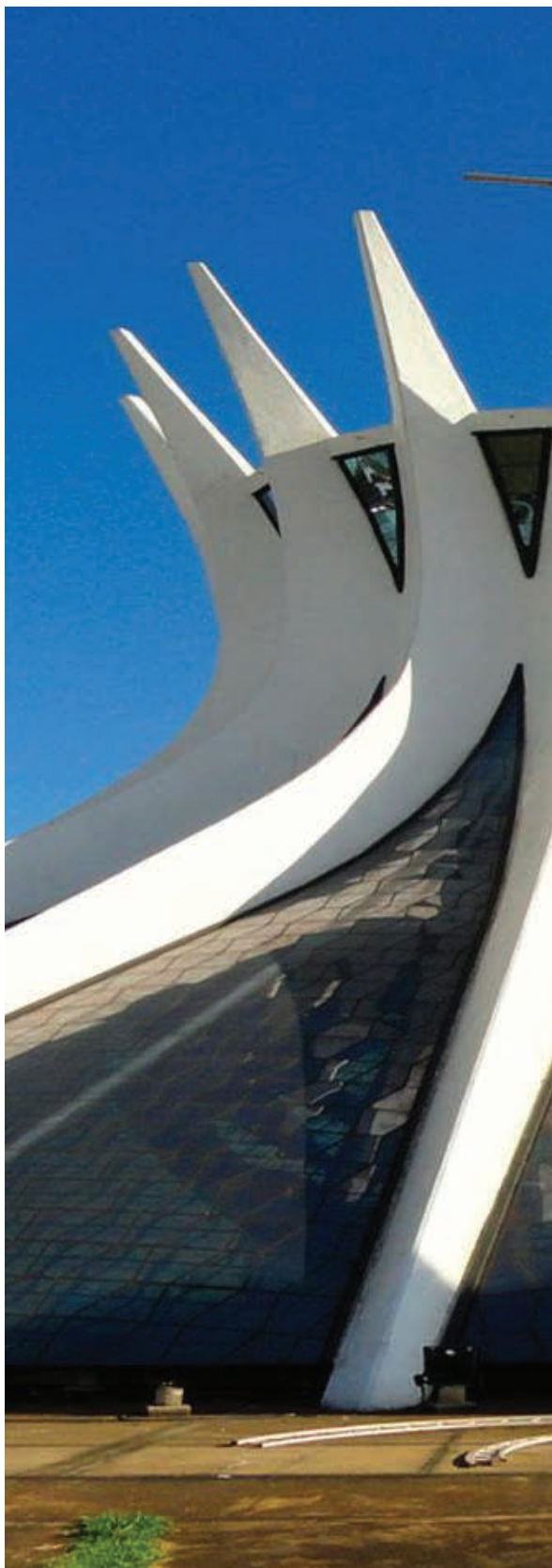
Y uno —que no es uno de esos perdedores— también se tiene que ir a la ciudad, no ya como divertimento sino como destino, porque allá, junto con la miseria, hay riqueza, junto con los desarraigados están los poderosos, y por lo menos hay por dónde buscar. Y además porque ya es la segunda mitad del siglo XVIII y el mundo moderno está maduro.

El aviso parece entenderse de nada más levantarse en la mañana, porque se cierne sobre el resto del día, y se respira como si fuera el aire, y se siente en el propio cuerpo, que ya tiene una nueva manera de moverse, como más ágil pero más nerviosa, como de cazador que persigue pero al mismo tiempo de presa perseguida, como si se inaugurara ahora un modo distinto de que las cosas cuesten trabajo: el aviso, pues, que es patente en esos señores advenedizos que hacen grandes esfuerzos y hasta sacrificios para enriquecerse lo más y lo antes posible, de que el cielo ya no existe. Dios puede

que sí — los advenedizos le rezan mucho—, pero ya no es real y ya no sirve ni para imponer sus reglas ni para ayudar a nadie y si uno quiere puede seguir creyendo en él, pero ya sólo con creencia y no con fe. Lo que se ha muerto es la divina providencia. El aviso es que ya no hay que esperar para ir al cielo y tampoco hay que esperar para nada más, porque ya no hay tiempo para eso: el tiempo extático de la espera se acabó, y ahora hay que apurarlo, hay que correrlo; a la felicidad ya no hay que esperarla: a la felicidad hay que buscarla y hay que encontrarla en esta vida, porque es la única que hay (la otra vida ya se murió). Para esperar a la felicidad la vida era larga, pero para conseguirla con las propias manos en esta tierra la vida es corta y se acaba pronto — la vida y la felicidad. Si antes la felicidad, o el cielo, se equiparaba con el descanso, el descanso eterno de las fatigas de la vida lenta, ahora parece que la nueva felicidad que se avecina consiste en la comodidad, en llegar a estar a gusto en esta tierra, vestido y comido bajo un buen techo (que es la felicidad modesta no del ambicioso capitalista, sino del comodino ciudadano), y por lo tanto, todos los esfuerzos irán encaminados a ese fin, que mientras más pronto se consiga mejor, porque luego uno se muere y se le acaba todo ya sin cielo adónde ir. Y por eso desde que uno se levantó en la mañana, es menester ir deprisa, apurarse, andar con ansia, no sólo porque el tiempo ya es limitado, sino porque la felicidad no alcanza para todos, y no sólo porque los recursos son exiguos sino porque hay cada vez más que quieren más, y hay que ser más rápido que los demás para recoger los cachitos de cielo que se quedaron desperdigados por el suelo.

**Para esperar a la felicidad la vida era larga, pero para conseguirla con las propias manos en esta tierra la vida es corta y se acaba pronto — la vida y la felicidad.**





Y uno siente cómo se le mete la prisa por los pies, las ambiciones y las ilusiones por los ojos, la impaciencia en las manos que ya no pueden estarse calmas aunque no tengan nada que hacer, y empieza uno a aprender a tamborilear los dedos en la mesa, a chasquearlos en los contratiempos, a volverlos garras en la adversidad; y el corazón palpita como a rebato, porque el mundo de la felicidad en esta vida ya lo trae hasta en los huesos. E incluso, si uno quisiera simplemente vivir, así nada más, de todos modos hay que hacerlo en este nuevo mundo que ya es moderno, y moderno significa (que está de moda y) que el tiempo cuenta, se cuenta, se vende y se acaba.

En fin, el mundo que se empieza a aparecer es urbano, y por lo mismo medio hacinado y estrecho, donde uno ya no tiene un sitio asegurado por la tradición, donde uno tiene el deber y el deseo de procurarse la sonrisa obesa de la felicidad comodina antes de que se le acabe la vida, porque después de ésta ya no hay otra, porque ya no hay más cielo que esta tierra.

Y donde uno se entera que está solo; antes en rigor uno no era nadie sino una parte difusa de la comunidad donde nacía —y moría—, pero cuando se deshace esa comunidad por la venta de las tierras, cada uno se va por su lado y ahí a solas se da cuenta de lo que le falta, y se da cuenta de que todo lo que le queda es sólo eso que puede verse en el espejo, como si la conciencia fuera siempre una expulsión, que es lo que les pasó a Adán y Eva y al Cid Campeador y a los demás exiliados de los despotismos y las guerras y las hambrunas; eso que puede abarcarse en el espejo y que, en aras de la felicidad que se persigue, sigue perfectamente dispuesto a conservarse así, aparte e individual, y solo. Y la mejor prueba de que uno está solo es que le empieza a salir de la boca la palabra yo, como si viniera desde dentro aunque en realidad flota en el mundo, en el mundo del dinero. 🏠



## II. EL MUNDO DEL DINERO

*Uno ya no viene a la ciudad para encontrar un empleo y para huir de la miseria del campo; uno se instala en ella para aprovechar las oportunidades que le ofrece, y para hacer fortuna. Las clases medias se desarrollan: hay que alojarlas, y ellas pueden pagar. La política de Haussman corresponde perfectamente a este objetivo: hacer de la ciudad, de la gran metrópolis sobre todo, una máquina económica eficaz.*

PAUL CLAVAL, 1981, *La logique des villes*, Paris, LITEC (Librairies Techniques), p. 536.

Así es como actúa el mundo como mente: hay algo que empuja y algo que jala; empujan, por ejemplo, la gente que viene detrás, las expulsiones, un clima feo, el abandono, las peticiones, el hambre, la soledad; jalan, el próximo salario, la gente que va delante, los deseos, las novedades, la compañía, la publicidad. Hay algo que allana u obstaculiza, que se abre o se cierra, que se amplía o encoge; el mundo se ensancha o se estrecha, se acelera o se ralentiza, se entibia o se enfría a la altura del corazón. Pues uno mismo es esa mente, porque esas cosas que están allá afuera, que dan el paso como las puertas o lo cierran como las cercas, que brindan aire como la brisa o lo esquilman como las deudas, incluyen también a esa cosa viva que es el propio cuerpo, que también empuja o jala, entibia o enfría, con lo que el mundo se mete acá adentro, a los propios movimientos, a los pulmones, por las sienas, al diafragma, y por lo tanto es uno el que se empuja o jala a sí mismo, porque uno se ha vuelto mundo.

Que asimismo presiona, como la presión atmosférica, de arriba a abajo, y aplasta y apachurra, como los días pesados, como el cielo bajo y gris; o como los horarios, que son una novedad del siglo XIX, que hacen que ya no haya espera sino que haya apuro, que sea posible por primera vez en la historia llegar tarde: antes no había manera de llegar tarde porque no había hora de llegada, pero ahora, su tiempo y su vida no parecen ser suyos.





## II.1. La carrera

*En las profesiones establecidas el doctor, el abogado, el ingeniero, alguna vez fue libre y con su nombre en la placa de la puerta. En el nuevo mundo de cuello blanco, los especialistas de las clínicas, los jóvenes licenciados de los bufetes, los ingenieros contratados de las corporaciones comienzan a retar el liderazgo profesional. Las viejas profesiones de abogacía y de medicina todavía están en la cúspide del mundo profesional, pero ya hay alrededor hombres y mujeres con nuevas habilidades y competencias. Hay docenas de administradores, técnicos y mecánicos, multitudes de asistentes de laboratorio, secretarias hábiles en múltiples tareas, chicas para todo, enfermeras registradas y sin registro, dibujantes, calculistas, trabajadores sociales.*

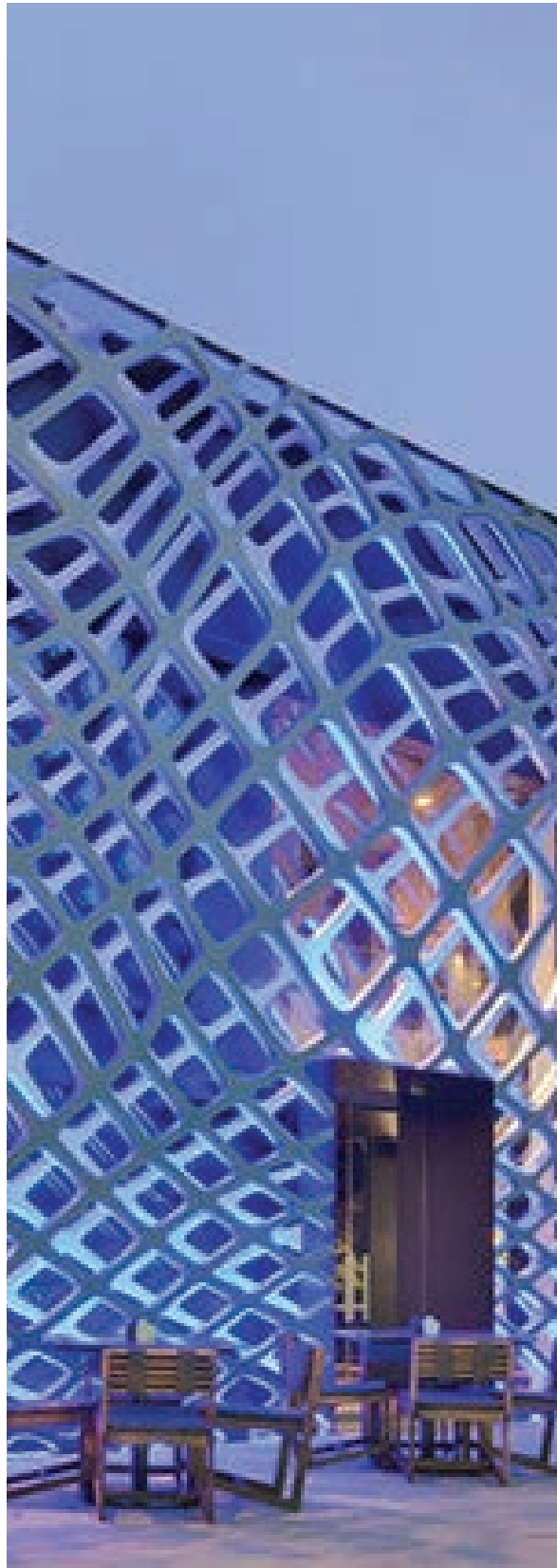
CHARLES WRIGHT MILLS, 1956,  
*White collar. The american middle  
clases*, London, Oxford University  
Press, 1970, p. 10.

Como dice Lewis Mumford, la máquina que hizo a la revolución industrial no fue la de vapor, que de hecho ya tenía años existiendo, sino el reloj, que dejó de ser las meras campanadas que acompañaban al alba o llamaban al angelus, sino que ahora traían manecillas, y no nada más la del horario, sino también la inusitada del minuterero, para que los obreros y los peones, esos seres expulsados antes que nadie de sus terruños, lo incorporaran a sus palpitaciones diarias, a sus sueño y vigilia y aprendieran, empujados por el hambre y el patrón, a llegar no sólo más o menos a la hora a la fábrica, sino a la hora y al minuto en punto, y a quienes les pesó el reloj y la industrialización más que a nadie; y sobre la marcha, el reloj no solamente marcaba la entrada y la salida, sino la cantidad de manufactura que se había de producir, presión ésta que se fue sofisticando conforme avanzó el siglo XIX. Y conforme vengán los dos siglos siguientes, los obreros primero desaparecerán que reponerse, primero se extinguirán que levantarse de este apachurramiento del horario.

Al perderse las tierras de labranza a manos del dinero del empujoso terrateniente que convirtió a las granjas en industrias agropecuarias con gallinas que ponían huevos en serie, uno es expulsado de su aldea y de su campo, y es empujado, por la fuerza de la necesidad, a irse a aglutinar a las ciudades o a los pueblos de los burgueses; obligado a buscar, y no sólo esperar, como antaño, la felicidad en esta vida y en este mundo, y no en la otra vida y en el otro reino como estaba ancestralmente acostumbrado; pero más empujado que jalado, más obligado que entusiasmado, de manera que se trata de una especie de felicidad a presión, a fuerzas, y que, por el momento, tiene la forma de la tranquilidad, de una cierta seguridad de la cual no haría falta moverse hasta que se muera.

Los que tenían desde siempre una botica o una mercería, o tenían su taller doméstico y familiar que a la par funcionaba de tienda, pudieron incluso consolidarse como lo que se llama pequeños burgueses, esto es, habitantes de los burgos (pueblos urbanizados sin señor feudal a la vista), y hasta incluso alcanzar esa felicidad mediana que consistía en prescindir de ambiciones y pretensiones más allá de sus posibilidades, pero a cambio tener la confianza de sus dos o tres comidas al día, una con carne, y de poder sentarse frente al fuego del hogar al final de la tarde a reposar la comida; de tener conversación o por lo menos compañía de marido, de mujer, de hijos y parentela, y de habitar en una casa sencilla, limpia, provista, amueblada, de tres piezas y hasta con su mal gusto bien escogido de adornos, sobre la cornisa de la chimenea, como juegos de té, carpetitas, miniaturas, una pipa, y en los casos más desahogados, un retratito no necesariamente logrado de la esposa. Y un gato al que nadie invitó.

Al mismo tiempo, los antiguos sirvientes de los viejos ricos (aquellos señores nada capitalistas que vivían al día y que no querían ganancias sino nada más gastos), que desaparecieron con la revolución



francesa y el advenimiento de la especulación, sus cocineros o cocheros o mucamas o mayordomos, al encontrarse también en mitad de la ciudad sin amo al que servir y en el cual ampararse, empujados a sobrevivir con sus propios ingenios, abrieron lugares de reposta y restauración, ya fueran éstos servicios de transporte a caballo y carretas —berlinas y landós, calesas y cupés—, o de restaurantes y posadas —bares y cantinas, hoteles y pensiones—, donde servían, en ambos, a forasteros ya trayéndolos u hospedándolos o dándoles de comer, actividades que anteriormente no tenían mayor utilidad. Los cocineros principales —los chefs—, que sabían cocinar lo que había comido la nobleza podían ofrecer, para los burgueses pequeños y felices, cenas que no eran alimento, sino gastronomía.

Pero uno que resulta que no tiene propiedad alguna ni tampoco es obrero de fábrica ni peón de mina ni de vías de ferrocarril (posiciones ésas que equivalían simétricamente a la condenación, como si hubieran llegado al infierno en esta tierra), pero que cree que la felicidad sustituta del cielo es un imperativo insoslayable, debe buscar qué puertas se abren en este mundo moderno que parece tener cerrojos por todos lados. Y en efecto, aparece esta nueva modalidad de la sobrevivencia que es la de los servicios, que no es producir cosas como los artesanos ni siquiera transacciones pecuniarias como los comerciantes, sino dedicarse a realizar actividades que se evaporan en el acto pero que les procuran algún bienestar a los demás o contribuyen a que ricos, comerciantes y artesanos establecidos

puedan proseguir sus labores con más facilidad: la servidumbre, que era un destino, se convirtió en servicio, que es una mercancía, aunque aquí la mercancía es en rigor uno mismo; y así, puede uno quedar apalabrado con algún dueño de algo o patrón para trabajar como dependiente de una tienda ayudando a todo lo que se ofrezca —cargar costales de mercancía a granel, atender a los clientes, fungir de mensajero, limpiador, velador o cualquier eventualidad que se presente—, como ayudante o si tiene suerte aprendiz en algún taller que fabrique muebles, trajes, abanicos, donde aprenderá un oficio; o, finalmente, en restaurantes sirviendo de mesero, camarero, pinche, galopín, aprendiendo modales, presentaciones, sonrisas, gestos, buen trato para que todos queden contentos con sus servicios y se vea que uno es una mercancía de calidad, porque sólo así podrá seguir avanzando, otra palabra nueva y rara, puesto que de costumbre uno no avanzaba porque en realidad adonde fuera siempre estaba en su lugar, y su lugar era donde estaba, pero ahora, modernamente, uno tiene la sensación de que todavía no está en el lugar correcto, siempre le falta por llegar, y por eso tiene que avanzar.

Jamás uno se había sentido tan solo, o, de hecho, para mayor novedad, es la primera vez que se siente solo, no en el sentido de ausencia de gente alrededor con quien reírse y a quien abrazar puesto que en la ciudad hay más gente de la que nunca vio, sino solo en el sentido más interminable y permanente de darse cuenta de que uno es un individuo, un ciudadano si quiere, con su propio nombre aislante, del

**Los cocineros principales —los chefs—, que sabían cocinar lo que había comido la nobleza podían ofrecer, para los burgueses pequeños y felices, cenas que no eran alimento, sino gastronomía.**

que nadie se va a encargar y por quien nadie va a velar, y entonces, para de hoy en adelante, uno tendrá que hacerse cargo de uno mismo, no solamente de tener casa y cobijo ese día, sino de decidir qué hará con su vida y saber cómo irle haciendo para cumplirlo; de ir tras la felicidad con sus propios medios, para lo cual habrá de relacionarse y amistarse con quien quiera y pueda y le convenga; pero, en efecto, el hecho de establecer relaciones le hace ver que en principio, de inicio, uno está aparte, siendo que antes no existía eso de las relaciones porque uno era desde ya una integridad colectiva, como parvada de cuervos, y ahora el mundo le obliga a que sea un halcón, no nada más por lo solitario, sino a la mejor también por lo depredador.

A empujones, porque el mundo que le tocó no pregunta, uno irá aprendiendo sabidurías, a leer por ejemplo o por lo menos a deletrear lo indispensable —nombres de productos, marbetes de paquetes—, y a pesar, sumar, ver la hora, que le serán de suma utilidad en el futuro. Y asimismo, el reloj le indicará que en estos oficios hay que conducirse con diligencia y celeridad, y no sólo por las imposiciones del oficio toda vez que siempre hay mucho trabajo pero ya no siempre hay mucho tiempo, sino porque sus prójimos —demasiado próximos— también son veloces y, si se trata de avanzar, también se trata de avanzar más rápido, porque los mismos quehaceres y cansancios le indican —como si fueran relojes— que la felicidad —e incluso la comida— no alcanza para todos, máxime que en estas décadas de finales del XVIII y principios del XIX la población aumentó

como no lo había hecho en todos los siglos anteriores. Y de paso, aprenderá a dejar de vestirse como campesino y sabrá llevar ropa de revolución —o de burgués— con pantalón y chaqueta que, entre otras cosas, permite mayor movilidad en los desplantes, como si la ropa también tuviera prisa.

La pretensión formal era que gracias a los aprendizajes adquiridos —y mediante trabajo, frugalidad y ahorro— uno mismo pudiera un día no tan lejano, o sea dentro de esta vida sin tener que esperar a la otra, montar su propio taller o tienda y tener una casita y una familia con todo y juego de té como la de sus patrones, y así alcanzar la felicidad tan perseguida y tener por fin la sonrisa ahíta de la comodidad sentada después de la comida. Y si, efectivamente, la conseguía, uno se sorprendía diciéndose que el mundo era bueno así como estaba, que ciertamente apretaba pero pagaba a aquéllos que habían sabido medrar en él: Hogar dulce hogar, como en esa canción inglesa de 1823 (de Sir Henry Bishop), era la exclamación que sustituía a aquélla de Bienaventurados los que sufren porque de ellos será el reino de los cielos; y además uno podía seguir creyendo en Dios cuanto le pluguiese, siempre y cuando fuese sólo una creencia casera y personal. Dios como mascota. El gato ronroneando junto a la chimenea. Dulce hogar que duró poco.

Verdaderamente: ya con más conformidad que desafío, satisfechos y apoltronados en el sillón favorito, pero rebulléndoles la incomodidad interior de que la felicidad que antes se esperaba pero que ahora se persiguió en ningún caso se consigue porque

**Y de paso, aprenderá a dejar de vestirse como campesino y sabrá llevar ropa de revolución —o de burgués— con pantalón y chaqueta que, entre otras cosas, permite mayor movilidad en los desplantes, como si la ropa también tuviera prisa.**



cuando se alcanza siempre se desplaza más allá, va gestándose para los dos siglos por venir la sospecha de que la felicidad es un señuelo, algo que siempre le lleva la delantera. Y así, empieza a aparecer el primer ensueño no empujado por las circunstancias del mundo, sino más parecido al canto de las sirenas, que llaman, y ahí mismo, todavía sentado en el sillón, aparece que la felicidad ya no radica en la comodidad que ya se tiene, sino en algo más abstracto o etéreo o inalcanzable, que se enuncia como que la felicidad consiste en encontrar el amor, o la plenitud, o a uno mismo, o la tautología de que la felicidad consiste en encontrar la felicidad toda vez que todas estas palabras en rigor carecen de contenido concreto, de manera que aunque todos las utilicen para cada uno tienen un significado distinto que no se sabe definir, porque declarar que uno será feliz cuando encuentre el amor es insignificante ya que nada de lo que encuentre se parecerá a lo que buscaba. Y es por este modelo asíntoto de felicidad que surge el romanticismo, que juega mucho con las ensoñaciones inefables de cada uno, y hace que la novela sea el gran género literario del siglo XIX, que hasta la fecha de hoy sigue siendo el gran bálsamo del alma, mucho más que la psicología o la riqueza, y que trata, efectivamente, de gentes que buscan el amor y que, para poner sobre aviso a todos, no lo encuentran.

Quizá el sobreaviso es justo lo de inalcanzable, porque esta felicidad romántica, ya bajada a las crupezas del mundo, parece querer indicar que de lo que se trata, hablando en plata, es de alcanzar lo más posible, lograr en este mundo lo más que se pueda, aunque no quepa especificar de qué, y que por eso se mencionaba en abstracto como amor o plenitud.

Y es que hacia mediados del siglo XIX el mecanicismo del mundo da su siguiente vuelta de tuerca, y sucede que las deudas con los bancos y los usureros y los agiotistas comienzan a pasar sus facturas a los pequeños negociantes, tenderos y artesanos,

arruinándolos con todo y sus felicidades módicas de comodidad y amor, porque tienen que vender sus establecimientos a los grandes dueños de los grandes negocios, a bancos como Citibank, a compañías ferroviarias, navieras, farmacéuticas como Procter & Gamble, a cerveceras, mineras, relojas como Longines, Cartier, Omega, o a grandes almacenes como Le Bon Marché, C&A, Harrod's o El Puerto de Liverpool que se tragaron a las boneterías de alrededor, y cuyos propietarios o dirigentes eran grupos de individuos que, de tanto haber aprendido a leer libretas de balances, a hacer cuentas y números, a vender y a comprar y a poner precios fijos y movibles, se les apareció el ídolo de las cantidades y las cuantificaciones como la única entidad a la cual adorar, y a partir de ahí la única razón de la vida —la suya y la de los demás— era la ganancia monetaria y la acumulación de riqueza, ni siquiera para gastarla y tener comodidades —de pequeño burgués—, que sería una forma de perderla, sino escuetamente la ganancia por la ganancia cueste lo que cueste.

El tiempo, que ya se contabilizaba con los relojes (y que es lo único que constituye a uno mismo), y que ya se había adivinado en los préstamos con interés que el de los demás es dinero propio y el perdido es el que no redituó ganancias, dejó de plano de tener algún valor cualitativo y adquirió exclusivamente valor económico, de manera que uno mismo ahora era alguien por lo que ganaba y acumulaba y no era nadie si su tiempo no se podía contar en dinero, Y resonaba por las paredes de sus despachos cuando estaban a solas la cantaleta atribuida a Benjamin Franklin de que El tiempo es dinero, y por lo tanto no había que desperdiciarlo en descansos y alegrías sino aprovecharlo en lo único que era casi santo, en acumular riqueza.

Este sinsentido de ganar mucho dinero para no usarlo contraviene una elemental noción de la vida, pero cualquier cosa se puede justificar. Estos grandes fabricantes y comerciantes, empresarios y



banqueros, hacían de la ganancia una obsesión sin concesiones, y con un orden y una disciplina parecida a la de sus relojes —y de sus empleados— se dedicaban en cuerpo y alma, en sueño y vigilia, con entrega y mortificación, con desvelos y dispepsias, al santo deber de las utilidades, y con tanta labor y tan poco pecado que hasta parecían buenos cristianos; y de ahí, en efecto, sacaron la justificación para sus pasiones de riqueza, que es lo que se denominó la ética protestante, según la cual su religión les ordenaba comportarse así, porque Dios (que por lo demás ya no existía pero era muy adecuado para las invocaciones), había dispuesto que los elegidos para la vida eterna (otro traspiés de estos señores tan terrenales) serían reconocidos por la cantidad de riquezas acumuladas obtenidas no importa de qué forma, de manera que, para ganar el favor divino, no era necesario ser bueno, ni caritativo, ni amoroso, sino rico.

A la mejor ellos se creían la mentira completa, aunque hay indicios de que les asaltaban las dudas —y acto seguido ganaban más, para espantar la duda—; pero uno, en realidad, nada más se creía la mitad, es decir, no la parte que menciona a Dios y a los elegidos —que en un mundo sin cielo ya no tenía caso— sino la parte de la riqueza, la ganancia y las utilidades, dado que en un mundo al que la única manera de comprenderlo y asimilarlo es la de las cantidades, el amor y la plenitud que por un tiempo breve y romántico significaron la felicidad, también adquieren características contables, de modo que a partir de las compañías cuasimonopólicas, de los grandes empresarios tragalotodo, la felicidad se convierte en dinero —algo igual de lejano que el amor pero más peleado, más competido—, en la ganancia de la mayor cantidad. Y a la mayor cantidad —de dinero— siempre se le puede agregar un peso más —y otro y otro—, mientras que no podría haber aumentos cuantitativos de plenitud o amor, y entonces la felicidad parece inacabable, así que

uno a la par debe ser incansable, además de activo y veloz (o probablemente sí, el amor sí puede ser cuantificado; o más bien dicho al revés: ganar más hasta el infinito, hasta lo ingastable, puede ser una sensación tan abstracta como la plenitud). Aunque por el momento se encuentre desempleado, porque el pequeño taller o tienda de la que era asistente fue vendida a una fábrica mayor.

Le queda su chaqueta y su pantalón, y su vocación de servicio, y su nueva idea de la felicidad como riqueza. Los comerciantes en grande que en sus comienzos no eran tan grandes, al principio atendían en algún apartado o ala de sus propias casas, adonde iban los empleados a trabajar, como hacía Scrooge y su oficinista en el cuento de Dickens justo por esas fechas, pero, paulatinamente, las oficinas de las empresas y compañías de acero, carbón, algodón, transporte, fueron instalándose en edificios ad hoc para albergar cada vez más empleados, oficinistas, contadores, administradores, gerentes, agentes viajeros que iban a rendir sus cuentas y socios cuando acudían a sus reuniones periódicas de directorio, los cuales —los edificios—, muy a la ética protestante, pero sobre todo subordinados al objetivo único de la utilidad, no eran nada suntuosos, sino meras extensiones del almacén o la alhóndiga o la fábrica manufacturera, de planeación meramente utilitaria y construcción casi circunstancial sin adornos ni presunción alguna, bastante a tono con la mentalidad exclusiva de que lo único real, lo único verdadero, es la ganancia; y la más mínima decoración era un despilfarro imperdonable. También había oficinas gubernamentales de la administración pública y el servicio civil, que llevaban los asuntos del gobierno, recaudaban impuestos, ejecutaban obras públicas —y trataban de apoyar a la agricultura—, pero en ellas, las posibilidades de medro, de acumular dinero, eran francamente menores, y por eso sólo se presentaban como alternativa laboral en horas bajas.

En fin, en este mundo la única verdad, el único sentimiento era que había que ser rico —que de paso significaba también ser inteligente—, y, por lo tanto, hay que colocarse al servicio de una de estas grandes administraciones comerciales, de inicio en calidad de muchachito de los recados y aprendiz de todo para que, aprende que aprendiendo y ganando la confianza y simpatía de dueños y superiores por los buenos desempeño y disposición y las ganas de progresar, llegar a ser a lo máximo el tenedor de libros de la oficina, el contador que lleva las cuentas de los balances de los haberes y deberes y que a lo mejor paga los sueldos de los empleados. Pero ahí la carrera se truncaba, porque en los tiempos que corren, para saber algo ya no basta con ser aprendiz. Desde que a principios de siglo era ventajoso saber leer, escribir y contar, cada vez más se hacía patente la necesidad y la obligatoriedad de alguna educación formal especializada para poder llegar más lejos en el mundo de las oficinas y las utilidades, y

para ello, ya fuera por iniciativa pública o privada, se empezaron a abrir escuelas e institutos de estudios prácticos y profesionales, pero no a la usanza de la universidad alemana propugnada por Wilhelm von Humboldt, que impartía las ciencias clásicas y humanísticas para uso de las familias de abolengo y apellido, sino la más progresista universidad napoleónica que se denomina así pero que es anterior, de cuando la revolución francesa (e incluso desde la Enciclopedia, donde una buena cantidad de entradas ya se referían a la enseñanza práctica de artes aplicadas y oficios varios como el de cerrajero).

La idea generalizada era que había que instruir a los trabajadores y sobre todo a los empleados para que pudieran desempeñarse correctamente en las fábricas pero especialmente en las oficinas. Para los obreros más manuales y sufridos no había escuela ya que no se veía la necesidad de capacitar a los que solamente requerían de la fuerza bruta; por muy ingenioso que fuese un obrero (como aquéllos



que inventaron en el siglo XVIII las hiladoras mecánicas), ahora sólo los que asistieran a las Escuelas vocacionales, Escuelas prácticas o los Institutos mecánicos podrían llegar a ser obreros calificados, de los que construyen y arreglan las máquinas, quienes podrían ascender hasta ser capataces o supervisores de operaciones, aunque ya no jefes o directores de la fábrica, porque para ello, e incluso para convertirse eventualmente en socio o dueño, había que estudiar cursos superiores de Artes y oficios en las Escuelas profesionales de la industria, o en los Politécnicos, donde se aplicaban los conocimientos científicos a la producción y de donde egresaban ingenieros.

Pero para de veras llegar lejos en este mundo lo aconsejable es distanciarse de las máquinas que siempre huelen a grasa y sudor, y seguir una carrera que otorgue prestancia a quien la ejerce, como el hecho de laborar de punta en blanco con papeles en los escritorios, para lo cual había que estudiar en Escuelas comerciales, Escuelas prácticas de comercio,

siguiendo los cursos vespertinos a las siete después del trabajo, o los cursos dominicales, con lo que ya se podía ser escribano, porque sin estudios no se pasa de ser tinterillo, o incluso contable, lo cual, al igual que ingeniero, no era ya nada más una carrera, sino una profesión, aunque para acceder a puestos gerenciales, los estudios, más extensos y profundos, se llevaban a cabo en Escuelas profesionales o Escuelas superiores especiales de comercio.

Sin embargo, para ser una carrera por la vida, había algo de callejón sin salida en todo esto, ya que las oficinas son organizaciones muy jerarquizadas donde los puestos se escalan a cuentagotas y muy selectivamente, por lo que hay que ser paciente para llegar a la felicidad en un mundo donde la paciencia no es una virtud —porque con paciencia uno se queda donde está—, así que uno, carente por supuesto de herencias ni fondos ni allegados en los cuales apoyarse, pero con la mira fija en lo lejos y en lo alto, encuentra que la vía más promisoría

ΨS



## Los maestros de los niveles más básicos estudiaban en las Escuelas normales. O sea, todo el que aspiraba a ser alguien, estudiaba. Quien no estudiaba quedaba descalificado de la carrera de la felicidad.

y lucrativa, aunque penosa y tortuosa, es la carrera independiente de las profesiones liberales, una novedad por el momento, que son más luminosas que las profesiones a secas como contador o ingeniero, porque en ellas uno ya no depende ni de superiores ni de escalafones ni de docilidades. La carrera clerical era muy gustada por las mejores familias, pero había caído en desuso, porque Dios también había venido a menos. Quitando ésta, las profesiones liberales por excelencia son las de médico y abogado, las que más prestigio y emolumentos comportaban, pero ambas están cerradas a los individuos nuevos, ya que son posesión y privilegio de viejas familias que generación tras generación las han ejercido, así que si en la puerta del gabinete de médico o abogado decía Francisco Elorduy Abogado —Médico—, esta placa llevaba fijada varias décadas y generaciones de Franciscos Elorduy que habían sido padres abuelos bisabuelos todos de profesión abogado, de profesión médico, y que serán hijos y nietos por lo que nunca habrá necesidad de cambiarla; y es casi imposible que un arribista —como uno— llegue a colocar una con su nombre en la puerta de enfrente. En qué parte de la médula se enraízan las aspiraciones sociales para que, todavía en el siglo XXI, los primeros universitarios de las familias se desee que sean abogados o médicos (y que los únicos profesionistas héroes de las series televisivas sean ellos dos), como si éstas fueran las únicas profesiones posibles, las únicas que dan fe de que se ha alcanzado el éxito. Ambos profesionistas aprendieron la profesión casi en casa y casi desde la cuna, ya que su aprendizaje se daba en los propios despachos y

consultorios, en las cortes y hospitales, a la sombra complaciente de sus mayores. Profesiones inexpugnables. Poco a poco se empezaron a encargar de la impartición de estos dos saberes las facultades de leyes y medicina de las universidades, donde el acceso era menos denegado, aunque ya tal vez con una manchita de vulgaridad democrática en la toga y en la bata. Comoquiera, en las universidades o Escuelas de altos estudios también se inauguraron facultades de ciencias y de filosofía, cuyo propósito era llanamente la transmisión del conocimiento puro, y cuyos estudiantes al concluir podían ser profesores universitarios, otra profesión igualmente liberal ya que, así como el médico conseguía pacientes, el profesor conseguía alumnos. Los maestros de los niveles más básicos estudiaban en las Escuelas normales. O sea, todo el que aspiraba a ser alguien, estudiaba. Quien no estudiaba quedaba descalificado de la carrera de la felicidad. Otras profesiones liberales, como la de los arquitectos, son enseñadas por los propios gremios que fundan sus Sociedades, en donde se cursaban los estudios sancionados para ser admitido como miembro de la profesión.

Lo que hace resplandecer a los propios ojos las profesiones liberales es su respetabilidad: están situadas en una posición que se halla por encima de las competencias descarnadas y las urgencias que se suscitan más abajo en la escala laboral donde el interés por la ganancia y el dinero es muy obvio. El profesionista liberal, en cambio, aparece como un ser dotado del aura del honor que no sube los precios ni arrebató los clientes porque no tiene



necesidad de esas bajezas: ni se promueve como los empleados ni se anuncia como los comerciantes ni hace ofertas ni planea inversiones ni cuenta el dinero delante de los demás, porque él no recibe salario ni gana sueldo sino que percibe honorarios y solamente tiene ojos y corazón para su labor, estrictamente profesional, que no se ensucia con transacciones y otras promiscuidades que se dan en los mercados y en los negocios. El consultorio es un pedestal; el jurisconsulto no usa sombrero sino corona de laurel.

Lo primero que ha de intuir uno cuando se entera de que tiene que hacer una carrera es que hay que correr; y que entonces el mundo ya no es, como antes, una espera; y que ya no existe el tiempo para quedarse quieto. Y que quien pretenda hacer una carrera a su propio paso quedará fuera de la competencia. Una carrera implica que allá donde se propone uno llegar —la meta—, puede desaparecer si no se apura —si no para qué corre—, e implica que hay otros que también están corriendo —si no por qué se apura—, y que por ende tiene que competir contra ellos y ser más rápido para ganarles. Y como la carrera parece durar toda la vida, da la idea de que se tratar de llegar a algún lado antes de morir, si no para qué corre, por lo que hay que concluir que uno compite también contra sí mismo, contra su propio tiempo. Paradójicamente la carrera es larga y el tiempo es corto, lo cual debe causar cierta aprehensión, la aprehensión de que uno sabrá que le fue bien solamente hasta que termine, pero entonces, no lo sabrá durante toda su vida. Y váyale como le vaya, siempre le irá más bien mal porque se va a morir y todo lo ganado quedará perdido (por ello se empezó a utilizar como justificación del afán de acumular riquezas el dejárselas a los hijos —que no es mal consuelo— que serán quienes celebren que el padre haya terminado triunfante la carrera, esto es, que se haya muerto). Tal vez le darían ganas de no competir en esta carrera.

Y lo segundo que ha de intuir uno es que las carreras se corren en las carreteras, que para eso son. Si antes, como se ve en algunas pinturas de los siglos previos, los caminos eran meramente terrenos planos transitables no delineados por donde podía uno ir a sus anchas aunque no fuera en línea recta, las carreteras, en cambio, son líneas largas pero angostas trazadas de antemano con un punto de partida y uno de arribo que se recorren para llegar y no para perderse ni para desviarse ni deambular. Las carretas de las carreteras no devanean sino que van directamente a su meta. En las carreteras el terreno transitable se estrecha, y uno puede advertir que hay espacio hacia adelante, tal vez hacia atrás, pero no a los lados, que más bien oprimen, y, por lo tanto, que los corredores caben uno detrás de otro, uno delante de otro, pero no uno al lado de otro excepto para rebasar, operación siempre delicada y malévola. En las carreteras no se va hombro con hombro —porque no es día de campo—, y por ello, uno está prácticamente solo con sus metas, sus velocidades y sus contratiempos. Así es como actúa el mundo como un escenario que determina la actuación.

Y a uno, sin querer, en el siglo XIX, le empiezan a pasar por la cabeza verbos persecutivos, que son los de ir tras algo, que ni siquiera sabía que sabía, como si más bien los fuera deletreando en el mundo, tales como perseguir, alcanzar, lograr, corretear, y a la mejor querer, desear, aspirar, que también persiguen. El mundo es un inconsciente, que si no es el más profundo, sí es el más inconsciente: uno jamás se da cuenta de que el mundo piensa en lugar de uno. Con el tiempo, las carreteras quedaron para los carros y las carretas, esos coches que no corren mucho, y aparecieron las autopistas, para los automóviles, cuyos conductores ya sólo piensan en rebasar a todos y que no los alcance nadie, con los resultados estadísticos en accidentes que son conocidos (pero es que el capitalismo hay que practicarlo hasta en los fines de semana): son

pistas de entrenamiento del capitalismo salvaje y su competencia encarnizada.

Uno está cierto de que piensa con la cabeza, con eso es que uno sabe leer la correspondencia comercial y redactar las respuestas, calcular los haberes y deberes de dineros y mercancías y archivarlo todo en sus gavetas, pero siente que es el cuerpo entero el que lo mueve y lo motiva, lo impele y lo apresura, como si las carreras y las carreteras se le hubieran metido bajo la piel y le impulsaran los músculos, como si el tic tac de los relojes le hiciera sístole diástole en el corazón, como si lo que lo azuza por dentro fuera exactamente lo que se le presenta por fuera.

Y uno sale de su casa con el tiempo contado para llegar a la oficina, y sin hacerle mucho caso porque no está para contemplaciones, se topa con que la ciudad completa parece estar siempre en obras, lo cual es verdaderamente novedoso. Porque antes las ciudades se construían a lo largo de los siglos y no a la vista de los días —gota a gota y no a chorros—; y ahora, en esta mitad del siglo XIX, se derriban las murallas antiguas que la habían contenido para expandirla sin límites, y se arrasan barrios de viejas calles laberínticas para enderezar avenidas (y la ciudad barroca de México es demolida sin compasión), y se demuelen edificios para erigir otros más grandes y más chatos, sin un atisbo de gracia dondequiera que uno mire, porque advierte que los nimios intrascendentes minúsculos gustos que uno experimentaba al ver algún balcón con ropa tendida, alguna ventana entornada, algún tendajón mal alineado, son borrados del mapa al igual que el sosiego de las placitas, para edificar en su lugar bloques de habitaciones u oficinas todos iguales sobre bulevares todos iguales por donde transita de ida y venida gentes todas iguales a uno con los mismos aires de gravedad sin trazas de alegría rumbo a sus todos iguales empleos; y ante tal panorama lo único que procede es acelerar la marcha, porque cruzar por la ciudad recuerda a estar en el trabajo,

que consiste en ejecutar los gestos rápida y eficientemente porque da la sensación de que lo están vigilando a uno, como si la ciudad en sí misma fuera una especie de capataz malhumorado, porque estas avenidas que uno recorre de ida y de vuelta ya no tienen principio ni fin, ya no llevan a una estatua, a una fuente, a una plaza, a algún remanso donde la gente se junta, sino sólo a desplazarse de aquí para allá, de bocacalle en bocacalle, donde los ojos solamente se detienen —y solamente sonríen— en los escaparates de las nuevas tiendas cada vez más llamativas. El Barón Haussmann hizo palpitar los corazones de esta manera en la Ciudad Luz, que llegará a intensidades de taquicardia en las ciudades norteamericanas, como Chicago; se les llamó ciudades de shock, de infarto.

Y ahí es donde se ve lo psicológico del mundo: uno no va por las calles: las calles lo llevan a uno adonde tiene el deber de ir, a la velocidad que sea menester y todas las veces que haya que hacerlo. Y por eso, mientras transita, uno tiene la sensación rara y onírica de que la ciudad entera es una máquina en la que se tiene que mover deprisa para que no se detenga y no se estropee y continúe produciendo, ¿produciendo qué?: trabajadores, obreros, empleados, jefes, sin que pueda decidir si uno es un operador de la máquina, una pieza, el vapor de la caldera, la electricidad en ciernes, o una mercancía —o un desecho—, pero no da tiempo de averiguarlo, porque si se detiene a pensarlo, la máquina se estropea, los que vienen detrás con tanta prisa se tropiezan con uno, lo insultan, y todos llegan tarde. Sólo los vagabundos pueden decidirlo. En todo caso, el reloj que ya trae en el bolsillo del chaleco y que es uno de sus magros logros y orgullos, es en realidad un medidor de la eficiencia de la máquina, con el que revisa si va funcionando correctamente, o si hay que apretar el paso. Su propio tiempo, su propia vida, va palpitando dentro de la preciosa cajita de metal que hace un tic tac o sístole diástole.



## II.2. La publicidad

*Había que enseñar a la gente a desear este tipo de cosas. El volumen de producción creció enormemente y ya no bastaba con que un hombre comprase un coche nuevo o una nueva lavadora. Debía comprar el último modelo cada año, y desechar el viejo, tanto si funcionaba como si no. De otra manera las fábricas cerrarían desde el Atlántico al Pacífico y el siglo de oro terminaría bruscamente. Era un deber de los patriotas norteamericanos “comprar hasta el límite” así en la paz como en la guerra. No tener dinero no era una excusa; cuando no se ganaba casi nada había que buscar las ofertas. El hombre que se contenía era un traidor, un antinorteamericano.*

RAÚL ERGUIZÁBAL, 1998,  
*Historia de la publicidad*, Madrid, Editorial Fragua, p. 321.

Es apenas mil ochocientos y pico, y ya aparece en las librerías, que eran tiendas suficientemente visitadas, un libro que se intitula *Autoayuda (Self-help)*, de Samuel Smiles (ganándose el título de una vez por todas a los que ciento cincuenta años más tarde van a explotar el género), que quiere decir algo así como empújese a sí mismo, y si ya no puede, jállese a sí mismo —¡haga algo!—, pero no se puede rendir tan pronto.

Algo debe estar sucediendo: o que ya se llegó al tope de lo que es posible alcanzar y uno ya se acomodó en su fortuna mediana y mediocre como modo de la felicidad. O que uno está frustrado y decepcionado y ya tiró la toalla como hacen los managers de box; y comoquiera, uno ya está un poco cansado, como el señor Buddenbrook, el jefe de familia adinerada de la novela de Thomas Mann. De hecho había muchos hombres de negocios o empleados de oficina que se ponían a beber a solas en un rincón de su sala de estar al volver del trabajo. En todo caso, se percibe como que hay una especie de bajón en la presión atmosférica del mundo que hace que las cosas se muevan con pesadez, como cuesta arriba, desde levantarse hasta alcanzar sus sueños.





Parece que el mundo ya no empuja lo suficiente, pero, acto seguido, puede advertirse, por ejemplo, que en los escaparates de los grandes almacenes de las grandes avenidas, las modas se van renovando más a menudo, cada temporada, de manera que apenas una se cansa del vestido que trae puesto —o antes—, se siente atraída por el deslumbrante modelo para esta primavera que luce en el aparador (o al revés: una ve el vestido en el aparador, y se cansa del que trae puesto). O sea que el mundo, apenas deja de empujar por la

espalda, empieza a jalar por las narices y las orejas. Coincidentemente, por las mismas fechas que aparecen las modas y los verbos persecutivos, los psicólogos descubren el fenómeno de la intencionalidad, es decir, que la gente ya no esperaba, sino que tendía a algo; que toda idea, querencia, valor, se dirige hacia algún punto que todavía no está ahí, sino en otra parte o más adelante, en el futuro: la gente ya no sólo esperaba, sino que esperaba algo, o más bien, que era ese algo lo que la estaba esperando a ella.

La diferencia es que lo que empuja ejerce fuerza en dirección desde el pasado: va de lo anterior a lo posterior, como un deber, como el paraíso perdido, como la necesidad; y lo que jala, a la inversa, desde lo posterior a lo anterior, desde el futuro, como la tierra prometida, como el deseo, y no es impositivo, sino atractivo, que es lo mismo pero con más ansias: expone públicamente cosas a las que no está obligado, pero uno en privado se desvive por alcanzar, y por eso se llama publicidad. Ya pasó la era del palo y comenzó la de la zanahoria.

Y junto con la intencionalidad que invoca desde lejos, como publicidad, empiezan a escucharse, y a leerse, historias de cowboys, de vaqueros, de pioneros que van a conquistar el oeste, de aventureros solitarios que se internan en las inmensas e inmaculadas praderas norteamericanas para cazar osos. Uno lee con avidez *El último de los mohicanos*, y escucha con fruición historias de los que encuentran oro en California, en ese nuevo continente que es tierra de oportunidades, en la cual se tiene el permiso —¿mandato?— de explorar, explotar, expoliar sin miramientos para extirparle la riqueza, porque en ese lugar no está la carga moral del pasado, de la tradición ni de los ancestros a los cuales se les debe respeto y memoria, porque, como dice Werner Sombart, para uno que es pionero explorador, los ríos y las montañas no son sus ríos y montañas, aquéllos donde sus abuelos vivieron, amaron, sufrieron y estuvieron juntos algún día, y no tienen ninguna canción que los mencione, y por ende sólo tienen la utilidad práctica de su explotación como recurso económico para extraer riqueza.

Y uno escucha en su interior el llamado de los barcos que zarpan de Southampton, de Liverpool, de Cádiz, de Hamburgo, de Lisboa, de Burdeos o de Nápoles, llevando emigrantes con rumbo a los puertos de Buenos Aires, de Maracaibo, de Veracruz, para hacer la América instalando una tienda de abarrotes (es decir, con las latas y botellas que se

van retacando como barrotos entre los toneles en la bodega del barco) y ultramarinos finos en la ciudad de México o de Bogotá. O lo llama a uno la Estatua de la libertad de la isla Ellis de Nueva York por donde entraron doce millones de migrantes en los últimos treinta años del siglo XIX para hacer el sueño americano, más otro tanto que ya había desembarcado y algunos tantos menos que todavía alcanzaron a entrar antes de que a los de Europa del sur o del este, o sea, italianos o polacos, se les atorara la entrada. De todos modos llegaron demasiado tarde, porque las extensas tierras que tan caballescamente o cowboyescamente uno quería colonizar para fundar su granja, ya estaban fincadas y absorbidas por grandes compañías agrarias y ganaderas, así que uno solamente las podría laborar como peón asalariado, como condenado. Los emocionantes ranchos ya sólo son publicidad.

Así que restan, en el nuevo continente, otra vez las fábricas, que son muchas, pero esta vez monopolizadas por un número reducido de corporaciones, como la Standard Oil, conducidas por los capitanes de la industria —según se les decía— como el primer Rockefeller y los subsiguientes, aunque ciertamente con mejores condiciones que en Europa, por lo que uno puede estar condenado por un par de generaciones en alguna cadena de montaje en serie tanto en alguna empacadora de carne de cerdo en Cincinnati como en la industria automotriz en Detroit; y etcétera, que producen furibundamente artículos de toda clase, para que su hijo o su nieto logre ingresar a la escuela secundaria o al colegio comercial tras lo cual obtenga un puesto donde pueda trabajar, no de overol (azules, que se empiezan a utilizar en las fábricas como el uniforme del obrero), sino vestido de calle en sus cada vez más enormes, complejas y variadas oficinas.

En las cadenas de producción en serie uno ya ni siquiera ve lo que fabrica, porque la pieza de manufactura pasa, como vehículo, como Ford modelo T,

enfrente sin detenerse, con la misma rapidez que la ciudad que está allí fuera, y uno apenas tiene tiempo de colocar el componente que le corresponde, mientras que el tiempo, que era lo único suyo que traía desde su patria, se acelera y entra en estado de fuga para todas partes: no son solamente los automóviles: los ferrocarriles, las bicicletas!, el telégrafo que traslada los mensajes, los periódicos que producen noticias en serie y que como ya son diarios hacen que los acontecimientos se sucedan como en cadena de montaje y se esfumen de un día para otro; es decir, no son solamente los movimientos los que se desplazan a velocidad inatrapable, sino que, extrañamente, las mismas cosas aparentemente quietas, fijas, inmóviles, que supuestamente duran, también pasan, aunque no se muevan, como si dentro trajeron un tiempo que se escurre y que se pierde; y uno, por mucho que las sostenga entre las manos o entre los ojos, no puede lograr que permanezcan, sino que también desaparecen, de modo que, aunque sigan estando ahí, ya no duran, de lo que se dio cuenta espantado el filósofo Henri Bergson por esas fechas: que las cosas y uno mismo, pueden tener dureza física, pero ya no tienen duración: el tiempo las ha abandonado. Es lo que les ocurre a las modas, que aunque los abrigos todavía cubrieran del frío, de la temperatura meteorológica, ya no servían para el próximo diciembre porque ya había otros nuevos en las tiendas y había que deshacerse de los viejos (seguro que algún vagabundo de esos para los que no pasa el tiempo los aceptaría): se les acababa su tiempo: ya no protegían de la temperatura mental —que es lo que significa temperamento. También a la vida le pasaba lo mismo: daba la impresión de que también duraría una temporada, y a uno no le alcanzarían sus ahorros para comprar la felicidad. La General Motors empezó a cambiar cada año el modelo de sus coches, así como los colores, y el que uno había recién comprado comenzaba a hacerse viejo a ojos vistas aunque no se hubiera usado, y uno des-

cubría consternado que el automóvil era rápido no sólo para atravesar el espacio, sino también el tiempo, y ya tenía que venderlo para comprar otro.

Estar vestido de calle, es decir, traer el cuello blanco, es la única garantía que uno tiene de que todavía está en la carrera o carretera de la felicidad, aunque no vaya en los primeros lugares, porque ese cuello quiere decir que no se ensucia las manos, o sea, que no es obrero, y también que ha logrado estudiar como doce años en la escuela —primaria, secundaria, y comercial—, y con ese atuendo, cuando va por la calle, puede parecer, ya sea agente de seguros, superintendente de piso, dibujante técnico, archivista, inspector, o cualquiera de entre las más de doscientas ocupaciones y carreras para las que hay cursos de uno o dos años con validez oficial; y si una es mujer (que por fin ha podido emanciparse de sus padres de pueblo chico y alcanzar la gran ciudad) —cuellito de blanco isabelino con collar discreto—, estenógrafa, recepcionista, secretaria ejecutiva, y mecanógrafa que comporta el aura de prestigio de saber manejar ese aparato de limpia velocidad que lleva enfrente una marca que reza Underwood que es la máquina de escribir, con su tableteo uniforme que es el signo de los tiempos. Y hasta se puede confundir con el gerente, el vicepresidente, el accionista o incluso el profesional liberal que ya estudió como dieciséis años y cuyo padre jamás fue un obrero.

Y en este mundo de hoy de principios del siglo XX, en sus reacomodos, queda visto, uno por primera vez puede ser una, y no sólo salir a trabajar vestida muy peripuesta, sino aspirar también a la felicidad que da el dinero, aunque todavía en la forma subalterna de un compañero de escritorio en la oficina que se case con ella y la saque de trabajar como a la edad de veinticinco años, porque ya más tarde sólo será la solterona de treinta, o la viuda de cincuenta gruñona y eficiente que se perpetúa entre notas, memoranda y cartas a los clientes. El pequeño hom-

brecito que menciona Wright Mills bien puede ser ya una pequeña mujercita con todas las de perder.

En realidad, en este mundo, donde se produce contra el tiempo de los relojes que ya presiden las naves de las fábricas y las salas de las oficinas, y las entradas y salidas de los trabajadores, y que ya prescriben la velocidad que han de tener los productos en su circulación y obsolescencia, todas las tareas de cuello blanco consisten en vender, vender, vender, ya sea indirectamente, administrando los turnos y los horarios de los operarios, pagando a los proveedores de materias primas y otros insumos, organizando el almacenaje y la distribución, dirigiendo la transportación y la exportación, redactando contratos y recibos, supervisando las labores de los diferentes departamentos, pergeñando y diseñando nuevo productos, respondiendo cartas a los clientes o enviando catálogos como los de Sears & Roebuck. O ya sea directamente, vendiendo seguros, biblias y aspiradoras de puerta en puerta, de bienes raíces in situ, o siendo vendedor en las tiendas de artículos voluminosos como muebles o automóviles, o vendedora de artículos rutilantes como los novedosos electrodomésticos, o de artículos portátiles como vestidos, cosméticos y pasamanería varia, que ya no es una función nada improvisada como lo era hace algunos años a finales del XIX, sino una carrera cimentada toda vez que uno ya tiene estudios en una escuela de negocios en donde le han enseñado que su fuerza y táctica de trabajo son sus sonrisas y buenas maneras; y además, para acceder al empleo ha

sido evaluado por el supervisor de ventas, un profesional al que no se le escapa ningún detalle. Ni duda cabe, la carrera brinda muchas satisfacciones, como la de obtener conocimientos de interés humano en el contacto con los clientes de alto nivel —con quienes se empieza a identificar—, de lo cual los obreros carecen —de la identificación y del contacto. También es cierto que más pronto que tarde uno empieza a ver a los clientes como sus enemigos (rivales que lo han dejado atrás en la carrera de la vida), y a su trabajo como un abismal aburrimiento.

Pero el salario que gana de vender es para comprar, y eso se torna el gran aliciente y la razón de ganar dinero, lo cual parece ser una rebaja de la aspiración a la felicidad, porque ya está visto que uno nunca podrá ser rico, y lo tiene que sustituir con la pequeña felicidad de pequeño hombrecito de comprar, comprar, comprar, insistencia que implica que no ha de hacerlo a su propio paso, por ejemplo cuando necesite algo, ya que eso es comprar una sola vez pero no dos ni tres y eso es demasiado lento en un mundo que tiene tantas y tan nuevas mercancías, así que más bien comienza a hacerlo a paso veloz, sin el trámite, por ejemplo, de pedir las cosas en la tienda o de llegar hasta su barrio para hacer las compras, porque ve que le empiezan a salir al paso, incluso en lugares no muy poblados, los supermercados de autoservicio, que son tiendas en el camino donde uno no tiene ni que saber lo que necesita ni lo que quiere comprar —ni tampoco pedirlo— ya que están todas las mercancías dispuestas en estantes



**Ni duda cabe, la carrera brinda muchas satisfacciones, como la de obtener conocimientos de interés humano en el contacto con los clientes de alto nivel —con quienes se empieza a identificar—, de lo cual los obreros carecen —de la identificación y del contacto.**





y uno va cogiendo lo que ve —no lo que quiere ni lo que necesita—, y lo paga a la salida, con lo cual se contribuye socialmente a que las actividades y las cosas, y su uso y vuelta a comprar, vayan siendo más veloces, lo que a su vez le permite a uno seguir deseando más cosas.

Y en un relámpago de *déjà vu* cae en la cuenta de que de las cosas que mira muchas tienen letreros que ya lejanamente había visto hace bastantes años, como cincuenta o sesenta, que no había advertido en su momento: que en su barrio europeo había una tienda de té que decía la entrada Cadbury, que la tienda de la esquina decía arriba de la puerta Las cavas del progreso, y hasta tenía, pegada en la vidriera, una cartulinita que decía Chocolate Lombart que en absoluto venía al caso. Le llegan de la memoria los letreros enormes de los grandes almacenes,

pero, más increíblemente, letreros más pequeños y antiguos, de un siglo atrás, en que algunas medicinas de la farmacia ya traían escrito el nombre del laboratorio que las producía. Aparte de lo extraño de que las cosas tengan un nombre propio —Kellog, Nestlé, Persil— escrito a los cuatro vientos, quizá lo más raro es que ahora vienen envueltas en paquetitos individuales y no sacadas a granel del tonel anónimo; y que las tiendas también se llaman de alguna manera. Ya no es ir con Don Venancio a que le fie un cuarto de avena, sino a comprar la que se llama Quaker.

Todo es como si alguien, más bien algo, el mundo entero, le estuviera repitiendo que aún le faltan muchas cosas, y que necesita Pepsi Cola porque ya con tantas carreras y prisas tiene trastornos pépticos y ese medicamento es el indicado. Y por eso las





mercancías deben llamarle la atención en su doble sentido: llamarle la atención para que se fije en ellas, y llamarle la atención porque no ha comprado todavía lo suficiente y así cómo va a ser feliz.

A esta propensión a jalar, a atraer, que ahora tienen los fines, o la felicidad, o lo que queda de ella (en vez de empujar y presionar como en el siglo anterior), es a lo que se empezó a llamar, eufemísticamente, publicidad. Porque uno comprende que sin eufemismo se tendría que llamar mentira. La publicidad son como las instrucciones para pertenecer al sueño americano. Si uno ya se había dado por satisfecho, o se había dado por vencido, lo que le recalca la publicidad es la frase resurreccional de Levántate y anda, porque la felicidad no está para nada en la complacencia pasada de moda de sentarse al fuego después de la cena, sino más allá, en el territorio de las fie-

bres, porque, aunque uno no se hubiera enterado, existe una cantidad innúmera de cosas novedosas y emocionantes que uno puede obtener tanto con lo que gana como con lo que se endeuda. La publicidad es la manera que tiene el mundo de que uno no se derrote, no se frustre, no se conforme; y no se rebelde por el hecho de no haber alcanzado la felicidad ya sea porque era demasiado difícil —ser rico— o demasiado escasa —tan escasa como los ricos—, y en cambio vea que ahí está, abaratada, a la mano, en la forma de una sopa Campbell.

Si a la mente del mundo no se le hubiera ocurrido la publicidad, que es el mensaje de que la felicidad para la que a uno le alcanza con salarios que no llegan mucho más lejos que el fin de mes, es la de comprar cosas, una tras otra sin más límite que unas ganas sin límite, este mundo ya se hubiera acabado,

y hubiera iniciado otro en que la felicidad no estuviera nada más hasta el último, hasta que ya no da tiempo de alcanzarla.

Y uno, ya instalado en pleno siglo XX, empieza a comprar cosas para edificar su felicidad a plazos, y comienza por artículos que se antojan a todas luces necesarios aunque nadie se los anunciara, como los nuevos inventos mecánicos que hacían la vida más llevadera, como un Studebaker, que ya tenía nombre propio desde que era todavía carreta, y lavadoras de ropa, estufas de gas, lámparas eléctricas, cámaras fotográficas, fonógrafos, refrigeradores, aspiradoras, baños completos —lavamanos, tina, ducha, escusado y agua corriente—, y, ya después, cualquier cantidad de chucherías útiles e inútiles, como cigarrillos Camel, cátsup Heinz o antiséptico Listerine con su peculiar atractivo publicitario basado en el miedo social que recitaba a la letra Ni tu mejor amigo se atrevería a decirte que tienes halitosis (aunque aún nadie sabía lo que significaba la palabra), y más tarde diversiones o entretenimientos como el cine o como el radio que recursivamente era a la vez un instrumento masivo de publicidad, La voz del amo.

Y uno sigue las directrices del mundo, porque no se quiere quedar atrás, y compra mucho, pero en el fondo inconfesado de sus pequeños malestares, se le cuele la sospecha de que por más que compre y tenga cosas, parece que éstas, por sí mismas, no sirven para proporcionar la completud de la felicidad, aunque a uno le hubieran anunciado que las mercancías la traían de fábrica: por eso, a pesar del consumo, la felicidad seguía estando hasta el último y seguía siendo remota. Y es entonces cuando la idea de felicidad cambia de imagen una vez más en lo que va del mundo moderno, y ya no consiste en casa comida cobijo y sustento como al principio, ni en tranquilidad y paz y sosiego como fue después, ni en encontrar el amor, ni en poder llegar a ser rico como más adelante, ni en comprar con denuedo, sino que ahora, la única felicidad que cabe haber en

este mundo es que se note, es decir, que los demás crean que uno ha alcanzado todo lo que se ha propuesto y todo lo que se puede desear. Uno mismo se ha convertido en un anuncio publicitario.

Por esos años del principio de siglo, un profesor de universidad, Thorstein Veblen, escribió un libro en el que aseguraba que la fascinación de comprar no radicaba en las cualidades del producto en sí, sino en el hecho de que a uno lo vieran comprando y depende qué cosas, ya que en efecto, si era visto en los grandes almacenes como Saks significaba que tenía dinero, y sí tenía dinero, que había viajado, y si había viajado, que sabía de arte, de idiomas y de vinos, y así sucesivamente, y en suma, que uno tenía una vida interesante, emocionante y sofisticada, aunque uno fuera el petimetre de siempre. Pero quizá si los demás creían que uno era feliz, uno mismo también empezaría a creérselo.

O sea que ya no era compra, sino consumo, y ostentoso —como lo tipificó Veblen—, es decir, palmario y grosero, que ya no es sólo una competencia por ganar dinero, sino una competencia por gastárselo, aunque no se tenga (lo opuesto al ahorro del siglo anterior), en la cual uno triunfaba en el momento en que los demás, los perdedores, sintieran envidia. La clave de este consumo publicitario es que no puede detenerse, porque aunque el producto comprado no se acabara, el acontecimiento de ser visto comprando es lo que sí se acaba muy pronto —dura a lo más media mañana—, y para que sea felicidad, tiene que ser constante, esto es, estarse ejecutando todo el tiempo, lo cual significa que las mercancías una vez compradas, ya no sirven para nada —porque solamente sirven para comprarse.

Lo que le hace el mundo al tiempo se lo está haciendo a la propia vida de uno, y lo está confiscando. Cuando las cosas que uno compraba, duraban, como las que se fabricaban hasta principios del siglo XX (bombillas, ventiladores, verbigracia, de los cuales algunos aun en el siglo XXI siguen

funcionando), uno sentía esa duración en su propia persona (Vgr. estar orgulloso porque esa luz todavía enciende), porque se identificaba con ella, y en ello, el tiempo de su vida era asible (Vgr. yo he vivido lo que ese foco ha prendido); pero cuando apenas acabadas de comprar las mercancías se desechan, como en el consumo, uno siente que sus anhelos y alegrías, puestos en esa bombilla que ya no enciende, también se apagan. El calor humano que estaba en el abrigo que se compró también se desvanece junto con la moda, como si el tiempo de uno fuera desechado junto con la cosa. Uno es obsoleto. Y la única solución visible es ir a comprar otro abrigo, que volverá a tirar, con lo que sabe que se está tirando a sí mismo. Y así sucesivamente, lo empiezan a carcomer las ansias de que a veces ya ni siquiera le alcanza el tiempo para consumir más y tirar más, y que incluso a veces las cosas se tardan demasiado en desaparecer: la parsimonia de un coche que tiene que durar un año entero antes de poder cambiarlo por el modelo que viene; incluso el calendario ya es demasiado lento para las prisas de uno. Uno se percata de que el tiempo se desvanece, se apaga, cuando uno ya no se siente a sí mismo, porque es uno mismo el que se está desvaneciendo, que sucede justo cuando la tenaz publicidad descubre que la depresión se alivia yendo de compras.

Y eso que la publicidad todavía está en pañales, todavía dice Tome Coca Cola, que por lo menos es una orden específica, y no Quisiera enseñar al mundo a cantar en armonía perfecta, que ya es una alucinación. Pero muy pronto la publicidad empieza a

crecer y agigantarse porque los anuncios logran encaramarse no nada más en letreros y etiquetas, sino en pancartas, paredes, vallas, estandartes, murales, postes, carteles, en hombres sandwich con un letrero en el pecho y otro en la espalda que deambulan por las aceras céntricas ante los ojos que no se dan abasto de los transeúntes, en revistas y periódicos que llegaron a tener 154 páginas de publicidad, todo con muchos colores y muy buenos dibujantes y pintores al servicio del negocio. Y más aún cuando a la publicidad se le incorporan los adelantos técnicos de la luz neón desde los años veinte, del radio en los treinta y de la televisión en los cincuenta. A uno se le antoja que la publicidad es vibrante porque no sólo encandila los ojos y los oídos sino los deseos, aunque también se le ocurre que se asemeja a una invasión, muy amistosa pero igual de invasora, ya que no deja rincón sin ocupar: uno voltea para un lado y lee General Electric, para abajo y dice Electrolux, levanta la mirada y lee Pan Am, aparta la vista y pasa junto con ella un Oldsmobile; cierra los ojos y le llegan canciones de tonaditas pegajosas que brotan tal vez del radio o tal vez de las coladeras del lavabo y el fregadero. Si uno solamente se les quedara viendo y escuchando, no pasaría el asunto de ser un espectáculo como una obra musical de Broadway, una superproducción estilo Hollywood, pero la cuestión es que uno no se puede detener a sólo admirar, ya que uno escucha voces del más allá, aunque estén escritas, que lo llaman, que le imploran, que lo hipnotizan transmitiéndole mensajes cortos, contundentes, magnéticos que dicen cosas

**El calor humano que estaba en el abrigo que se compró también se desvanece junto con la moda, como si el tiempo de uno fuera desechado junto con la cosa.**

**Uno es obsoleto.**



como Usted aprieta el botón y nosotros hacemos el resto —slogan de Kodak—, como Si es Bayer, es bueno, como Mejor mejora Mejoral.

Las invasiones tienen pretensiones de conquista u ocupación, pero ésta como que se percibe más bien indiferente, que sólo llega, infesta, y ahí se está sin al parecer hacerle el menor caso a uno, como si los anuncios estuvieran hablándole a alguien más, casi como si en su hacer y deshacer lo ignoraran a uno, y entonces comienza a dar la impresión de que la publicidad no es una invasión sino una plaga de luces y zumbidos y mordiscos como luciérnagas, mosquitos y langostas que sin rencor alguno simplemente arrasan a la ciudad y a la población, como un jinete del apocalipsis que llegó en forma eléctrica, que sirvió para iluminar calles, para arrancar motores, para emitir sonidos por los altavoces. Por eso se exagera de noche.

Como los foquitos de las marquesinas de los cines y teatros, que no sólo encienden sino que zumban, el consumo y la publicidad han acelerado ilimitadamente la ciudad, porque ya corre con velocidad de impulso eléctrico, donde hasta los edificios de cemento se mueven y vibran estroboscópicamente aunque uno solamente esté parado en la esquina mientras espera a que cambie el semáforo, lleno de

urgencias. La sensación ahora es que la ciudad ya no es una máquina mecánica, sino un aparato eléctrico, electrónico, atravesado de circuitos que disparan ráfagas de haces de colores, y si anteriormente uno se sentía un operador o un producto manufacturado, ahora se siente un impulso, un puro impulso, un impulso puro, como mera sacudida, cuya única misión es desplazarse instantáneamente, como luzcita, de un lado a otro. Y lo que uno siente por dentro del cuerpo es igual que la ciudad: una plaga de impulsos que lo arrasa a uno. Como si el cuerpo se pareciera a Times Square, y el cerebro, efectivamente, a una computadora.

Y si uno era su tiempo, ya no queda casi nada de uno, lo cual por instantes se siente maravilloso toda vez que uno ya no tiene que preocuparse de eso, sino nada más dejarse transportar por la publicidad y el consumo fuera de las horas de oficina de ventas. Pero dentro de ellas se siente la ansiedad de que el tiempo se le acaba —no importa la edad que tenga— y no atina a llegar a la felicidad que está al final de la carrera. Y para conciliar el sueño, que cada vez más a menudo es lo único que se tarda en llegar, uno decide que ya encontró la solución: que la felicidad es la velocidad, que la fugacidad de la vida es el encanto de la actualidad en que se encuentra.



### II.3. El algoritmo

*Muchas personas se esfuerzan durante toda su vida y no entienden por qué no funciona, por qué para ellas no vale lo que se ha prometido a todos. Se ven a sí mismas como un experimento que siempre falla. Y eso que cumplen escrupulosamente las normas y las instrucciones de uso, aprenden y estudian, se informan, luchan en el lugar de trabajo, se interconectan con amigos, van a los lugares adecuados, pero tarde o temprano la mayoría se topa con el fracaso de toda esa empresa, a más tardar cuando con la jubilación los derechos adquiridos a lo largo del ciclo de vida se resuelven en nada.*

FRANK SCHIRRMACHER,  
2014, Ego. *Las trampas del juego capitalista*, Barcelona, Ariel, p. 214.

El siglo XXI fue, es, era, un sueño de éstos sin pena ni gloria, de los que ni siquiera se recuerdan a la mañana siguiente porque no son el cumplimiento de un deseo, ni parecen de verdad, ni son una pesadilla, sino sólo un tinglado de imágenes que pasan junto con la noche. En los sueños, uno está dormido y por eso más bien se encuentra ausente, porque lo único presente es el sueño en el que uno puede, a veces, soñar con uno mismo —donde uno mismo tampoco es de verdad. No es cierto que los sueños estén dentro de uno, en su cabeza, que es lo que opinarán los que lo ven a uno dormido, sino que es uno el que está dentro de los sueños, y, entretanto, uno no es real aunque el sueño tampoco lo sea.

A la mejor es eso, que en el siglo XXI uno se está diluyendo en el mundo, porque lo que lo circunda es un vórtice de anuncios publicitarios, pequeñitos en cada cosa que coge, los cigarrillos, la pluma, la pasta de dientes, de tamaño medio tirando a grande en las tiendas, los autobuses, el metro, los cines, hasta gigantescos ocupando costados de los edificios e incluso la fachada principal de doce pisos, En los radios, las televisiones, las películas, las computadoras, los celulares, las páginas de internet; como si cada vez que se abren los ojos o se paran las orejas, chocan con un anuncio que profiere una frase ingeniosa, lírica, desenfadada, motivante (tal vez porque los que quisieron ser escritores terminaron siendo publicistas).







Por alguna razón, el tiempo, ese ser que somos, cuando se aparece, esporádicamente, se parece al silencio y a la llanura. Por el desierto, el del Sahara, el de Arizona, el de Atacama, lo que corre es tiempo que no se va: la publicidad mata el silencio y la llanura. La velocidad hace mucho ruido: aquí el tiempo siempre ya pasó. Por eso uno se impresiona cada cumpleaños de lo rápido que se fue. Y ya desde hace algunos años, que coinciden con el advenimiento de las computadoras, tanta publicidad, tan ubicua y omnimoda publicidad, ya no promueve mercancías, cosas que comprar, y quizá por eso se parece a los sueños, donde tampoco salen cosas reales sino evanescentes e inasibles, sino que, oníricamente, promueve actitudes, ánimos, maneras de ser, que es lo único que queda cuando en vez de mercancías solamente aparecen sus marcas — como dice Naomi Klein—, Louis Vuitton, Rimmel, DuPont, Burberry, Scotia Bank, Monte de Piedad, que no son nombres de productos que tal vez uno nunca ha visto, sino que son auras, halos, nimbos, ante los cuales uno ni siquiera sabe qué comprar, pero no importa porque a cambio se siente insuflado de un modo de ser y de una manera de estar: un hiperconsumidor que está consumiendo metamercancías con las cuales se vuelve alguien, como hubiera dicho Zigmunt Bauman.

En efecto, la publicidad en su conjunto ha devenido no una rebatinga de reclamos, sino un medioambiente, como la última naturaleza, como una atmósfera un poco sobrecargada, un aire que se respira pero no se piensa, se inhala aunque no se lee ni se ve ni se oye, se aspira con cierto sofoco debido a algún índice de contaminación. Como un medioambiente que, al igual que los sueños, no está dentro de uno sino que uno está adentro de eso. Tan medioambiental es que, mientras que para ser comprador hacía falta comprar algo y para ser consumidor hacía falta consumir algo, para ser lo que le sigue (¿postconsumidor?: alguien que ya

ni dinero necesita; alguien que sale a consumir anuncios), no hace falta comprar ni consumir nada, sino nada más, nótese que barato, qué gratuito, qué generoso —pero qué inimpugnable—, hace falta traer esa actitud que está impregnada en la marca de la camiseta que trae puesta, esta vez Fred Perry. Mañana puede ser otra actitud ante la vida —Lacoste.

Y entonces, la ciudad ya no importa, porque ante tamaña vorágine de signos brillantes y ruidosos de tan omnipresente publicidad, la ciudad queda apagada como trasfondo que no cuenta. Ya no importa si la ciudad se va haciendo más grande, pero uno sí se va haciendo más pequeño y más anticuado. Aunque su ciudad nunca había sido objeto de gran admiración ya que uno siempre andaba de acá para allá en los negocios, en los dos siglos últimos por lo menos consistía en una serie de trayectos que había que recorrer y fijarse por dónde iba, sabiendo el punto de partida y el punto de llegada y alguna inflexión en el camino y alguno que otro descanso, pero ahora ya no hay trayectos sino una mera circulación ininterrumpida en donde uno gira sin término ni remisión, como un vehículo más en un torrente de vehículos automáticos —como si careciesen de conductor— de cualquier índole, trenes, automóviles, patinetas, zapatos —sin conductor—, a veces atascándose por las avenidas y calles que a alguien se le ocurrió —con tecnicismo biológico o con sorna— llamarlas arterias, porque, en efecto, parecen cánulas y tubería que se sienten angostas en un sistema de circulación continua como la sangre o el dinero —la sangre del mundo moderno—, en donde todos los corpúsculos van licuados e incansables a ninguna parte. Puede que uno diga que sí sabe adónde va cuando sale a la calle a circular, o que se vea cada tanto que un vehículo automotor o bípedo implume sale por una puerta o se mete por otra, pero en conjunto los coches y uno mismo son coágulos de recambio del líquido que no cesa.

La ciudad no se ve porque no hay manera de mirarla, ya que aunque esté ahí, carece de punto de vista, de lugar para verla, porque no hay donde pararse y de todos modos se vería toda igual. Además, la ciudad ya no tienen monumentos, esto es, algún sitio descomunal, histórico o emblemático que actúe como punto de referencia para detenerse o tornar o citarse con alguien: estatuas, puentes, fuentes, iglesias o casas de gobierno que antes servían como referentes y que por lo tanto se miraban, se han perdido en el remolino, y ahora se han convertido en bloques sobre el suelo que se pasan del lado uno tras otro sin mirar y sin que devuelvan la mirada. Hay un obelisco al final de la calzada; uno llega al obelisco, y en vez de detenerse a respirar o verlo, lo pasa, lo deja detrás, y sigue yendo y yendo, y yéndose. En realidad ya sólo son paredes de la cañería por donde se circula. Y a la par, se han levantado edificios, costosos (que para eso sirve el dinero que antes se perseguía pero que ahora solamente circula y, siendo más fluido que el cuerpo de uno, lo atraviesa), ciegos de nacimiento que no hace falta mirar porque uno siente que no tienen nada, o a nadie, dentro.

Unos son opacos —paisaje de columnas de basalto— que no dejan entrar ni salir la luz, como los de las oficinas, aunque todos están hechos de vidrio ya sea negro o de espejo pero de todos modos opaco. Y otros son translúcidos —paisaje de cristales de cuarzo—, como los de los departamentos o pisos de habitación que uno ya no sabe cómo llamarlos, porque decirles mi casa o tu casa es un vocablo que no les corresponde (porque la palabra casa remitía a un lugar adonde llegar o adonde volver), y que sí les entra la luz en el día y les sale la luz en la noche, pero no la mirada, porque, transparentes, no son, porque aunque ya no se estilen las cortinas y también sean de vidrio, hacia adentro no se ve nada y hacia afuera nadie mira. Opacos o translúcidos son impenetrables a toda curiosidad e inspección; a toda empatía.

Y además son falsos porque a fuerza de publicidad quieren dar la impresión de estar contruidos con una poderosa y elegante tecnología, pero uno puede darse cuenta a deshoras que sus fachadas, esos acantilados lisos de vidrio, opacos o translúcidos, de alturas vertiginosas precipitándose en vertical, no están limpios ni resplandecen por su esencia, sino porque trabajadores condenados, por ejemplo inmigrantes, los lavan y los pulen colgando de cuerdas en el acantilado. Con su típica mentira publicitaria los denominaron en algún momento edificios inteligentes. Y a la mejor de ahí a uno se le quedó la impresión, correcta por lo demás, de que adentro ya no había personas, sino alguna especie de sistema computacional gigantesco donde los empleados o usuarios que ingresaban lo hacían en calidad de insumos, de inputs, de consumibles, lo cual quiere decir que efectivamente tienen entradas, pero no tanto de personas como de material o de información o de electricidad, que para los seres humanos están bloqueadas. En todas las entradas, las más amigables tienen a un guardia o recepcionista que no lo deja pasar, y las más avanzadas tienen un torniquete, una clave, un teclado, un lector de iris, un acceso que a uno no se le abre porque no tiene el código.

Esta sensación se le hace a uno más brutal en los cajeros automáticos (los dispensadores de boletos o turnos en estaciones o tiendas, los checadores de documentación en aeropuertos, las máquinas que proporcionan información, los teléfonos con respuestas pregrabadas), porque en estos casos uno se confronta con una pared con pantalla que interactúa con solicitud prepotente y da o niega lo que se le pide, y capta que detrás de la pared se expande la mole de un edificio que uno no sabe lo que contiene, y se imagina, pues, que contiene esa inteligencia deshumana que ocupa no solamente este edificio sino todos los demás y toda la ciudad privatizada —a la que no se tiene acceso—, que no está para uno,

es decir, no está para conversar ni para comprender ni para contener seres humanos ni para preguntarle nada; y siente uno que dentro de ese edificio, por sus corredores, escritorios, elevadores, almacenes, no hay nadie, nadie como uno, sino sólo esa computadora que se dedica a sus asuntos impersonales que quién sabe cuáles serán pero que para estas fechas han de ser más importantes que uno y sus asuntos. El caso es que uno logra extraer de esa pared el dato o documento que necesitaba y ya no medita demasiado porque ya está otra vez reinsertado en la circulación. Ha de ser casualidad que por ese entonces se pusieron de moda las películas de zombies.

Con millones de terminales por todo el planeta, el sentimiento, la sensación, es que la computadora es una, interconectada, universal, sólida y hermética, e inexpugnable para uno que nada más era un ser humano aspirando a la felicidad que ya se le pasó igual que el monumento que no vio y que tal vez no estaba.

Cuando todavía estaba, el monumento o la felicidad, uno ya debía apresurarse para alcanzar sus metas antes que los otros también se apresuraran; y el tiempo apremiaba, y por ende había que realizar las tareas, los viajes, los estudios, los productos lo más rápido posible, porque desde los tiempos de la revolución industrial la velocidad ha sido el marchamo y la ley de este mundo en el que le tocó vivir; y uno podía fantasear, como lo ha venido haciendo —y se le ha cumplido— con aparatos que hicieran más rápido las actividades para que uno llegara más pronto a sus objetivos. Eso hicieron los ferrocarriles, la calculadora del señor Burroughs, la máquina de escribir, la cadena de montaje, los aviones y la robotización.

A veces, hace mucho, le llegaba a uno una carta por correo o un telegrama según el cual debíanse remitir unos documentos, con la infaltable admonición de que era urgente, a la brevedad posible, digamos una semana o unos diez días a más tardar,



y podía pensarse que qué alivio hubiera sido que la carta llegara antes, que los documentos pudieran llegar a su destino en tres o cinco días, porque entonces no sería urgente y no habría que padecer presión, y uno podría tomar las cosas con calma. Pero he aquí que ahora llega el mensaje en cuatro segundos, y uno se queda atónito porque no obstante también dice urgente; y entonces parece que la exigencia es la de enviar los documentos antes de que le llegue el mensaje. Uno no entiende. O sí: con la velocidad uno no ganó ningún tiempo: sólo perdió el suyo.

Y así uno se queda con la sorpresa del desengaño de que las computadoras no sirven para hacer las cosas más rápido, porque eso sí se puede hacer y asunto concluido, sino que las computadoras son máquinas de quitar el tiempo, el tiempo ya no tan vasto que le quedaba después de dos siglos de irlo perdiendo; porque, por decir, no es como le cuenta la publicidad de que con una computadora puede uno estar en la playa mientras trabaja, sino al revés, que aunque esté en la playa tiene que trabajar. No es para hacer las cosas más rápido sino para que haya más cosas que hacer.

Las computadoras aceleraron todo, pero con ello nadie ganó tiempo, sino perdió el que le quedaba, porque ahora, en ese mismo lapso, no sólo tiene que hacer lo que ya hacía, sino además otra serie de tareas que todavía caben ya que se hacen más rápido, por lo que no sólo las tiene que entregar el día anterior al que se las pidan, sino que tiene que hacer una tarea mientras hace otra —y otra—, porque si ejecutarlas ya no toma tiempo, entonces en dos minutos caben todas, y uno tiene que hacerlas todas, lo cual ciertamente implica que el cerebro le tiene que funcionar a uno como si fuera una computadora, como ya los científicos están encargados de hacérselo saber.

Como diría Paul Virilio, las computadoras no producen rapidez, sino obstáculos, porque quitar tiempo es añadir contratiempos, o sea, que aparecen tareas, por ejemplo las descomposturas, las



## No pertenecen al tiempo, sino al contratiempo. Los contratiempos son tiempo que se le quita al tiempo que ya no existe. Una especie de tiempo bajo cero.

emergencias, otras tareas, nuevas actividades, más publicidad, para las cuales ya no existe literalmente tiempo disponible, y por lo tanto entorpecen el trabajo y la producción, lo obstaculizan, y no obstante hay que hacerles frente y asumirlas. No pertenecen al tiempo, sino al contratiempo. Los contratiempos son tiempo que se le quita al tiempo que ya no existe. Una especie de tiempo bajo cero. Claro que si ya se le quitó tiempo al cariño y a la conversación, a la comida y a las cosas bonitas, todavía se le puede quitar al sueño porque aún se duerme demasiado. Si uno no estuviera tan atareado, se quedaría pasmado del fraude existencial que cometen las computadoras; pero pensar esas cosas sería otro contratiempo.

Uno siente, muy confusamente, tal vez en esos momentos que le regala el insomnio o al despertarse por las noches, que algo le está arrebatando la vida desde antes de morir, porque siempre tiene que estar pendiente de llevar el paso que le marca el marcapasos de la computadora del mundo. Uno ya no tiene tiempo para vivir, a menos que vivir se incluya dentro de la multitarea.

Y como con la publicidad en la que ya no hace falta comprar para pertenecer al superconsumo, tampoco hace falta poseer y utilizar todos los aparatos de datos e información para estar conectado y por lo tanto participar de la rapidez que se le impone, porque la aceleración que inyectaron las computadoras ya está implantada en la totalidad del mundo, y basta existir ahí para ya no tener tiempo.

Además, uno no tiene razón, porque la ciencia lleva dos siglos demostrando que así es como debe ser el mundo, y que aquel irracional al que no le parezca sencillamente quedará eliminado por la naturaleza del mundo; pasará al sector de los condena-

dos. Y uno, aunque le pese, no puede estar en contra de la irrefutabilidad de la ciencia, que no por nada fue la que sustituyó a Dios cuando éste no fue capaz de evolucionar y se extinguió.

Y al parecer, la ciencia más importante y verdadera es la economía, porque las otras, la física o la biología, únicamente intentaron obedecer y documentar a la teoría económica que parecía conocer de fondo la metafísica de la creación y la razón del mundo. La física, por una parte, lo hacía entender a uno el realismo, es decir, que la realidad o el mundo está constituido exclusivamente por hechos objetivos, por realidades materiales independientes de nuestra voluntad; que el mundo, como la realidad, se debe calcular, cuantificar y predecir pero no querer ni detestar, sino sólo acatar, porque se tratan de las leyes del universo y la naturaleza que son como son; y si uno es moderno y de mente científica, no puede salir con la queja de que la realidad no le gusta y quiere que sea de otra manera. La ciencia estipula que por un lado está el observador del mundo, y por otro, el mundo observado, pero que los deseos de uno no deben intervenir en el mundo, y que el mundo por su parte no tiene deseo alguno: la naturaleza o la realidad carecen de misericordia o caridad o cariño, y el mundo también es así. Y si el universo es una máquina que obedece a las leyes mecánicas, el mundo, y la sociedad, y la gente, se gobiernan por esas mismas leyes y uno las puede aplicar técnicamente a su favor, pero no cambiar: la fuerza de la gravedad, que es un hecho objetivo, es igual que la fuerza del mercado, que actúa bajo las leyes de la naturaleza. De este modo, aprender física es aprender economía; y si hay ciertos fenómenos en la economía, por ejemplo los pobres o las bancarrotas



o los fracasos profesionales —y vitales—, éstos son meramente hechos físicos que hay que aceptar con realismo científico.

Las leyes de la física son las leyes de la economía que son las leyes del mundo en que estamos, y por eso, uno, que está al tanto de estas verdades científicas, se comporta con realismo y objetividad, con la neutralidad fría de las grandes mentes modernas, y si hay derrotados, como los obreros, eso no se debe a injusticia alguna, sino a las leyes de la producción y la demanda; y si hay salarios que caen o precios

que suben, empleos que se pierden y magnates que ganan, se debe a las leyes del mercado. Aunque uno, en ocasiones, pierde la compostura cosmopolita y por momentos tiene debilidades y se siente desamparado en medio de tanta realidad, pero antes de que salte la primera lágrima, que es el signo de la anticientificidad, se recompone y continúa escalando la cuesta del triunfo.

Y por otra parte, la biología, lo hace entender a uno que en esta vida hay perdedores y ganadores en la lucha por la supervivencia, como bien lo





comprueba la teoría de la evolución, y que si uno no se adscribe en el grupo de los ganadores que sobreviven, pasa a formar parte de los perdedores que se erradican de la faz de la tierra como les ha sucedido a tantos ejemplares débiles, a los dodos y a los delfines, que ya no supieron defenderse o les arrebataron el alimento, porque en efecto sólo las especies y los especímenes equipados para aprovechar las circunstancias del mundo y adaptarse a sus variaciones son los que evolucionan y triunfan y se apropian del entorno, los que son capaces de desplazar a sus competidores que quedarán extintos, porque así es la ley de la vida. Y como cualquiera lo nota, la teoría de la evolución es la economía contada como fábula, con animales y plantas —como en los cuentos de niños— que luchan y triunfan en la naturaleza, en donde si uno sustituye animales por personas y naturaleza por sociedad, aparece la moraleja. Uno ya sabe, lo sabía desde el siglo XIX, que no tiene, nunca tuvo, otra alternativa que la de ser un triunfador, resistente, competitivo, que, gracias a lo que sabe de física, no debe sentir lástima ni ternura por los que no son capaces de evolucionar y sucumben en mitad de la lucha, porque, en efecto,

las leyes de la vida son las leyes de la evolución que son, desde el principio, las leyes de la economía, que es la ciencia que conoce al mundo.

Uno, que es práctico, más bien estudió ingeniería o administración o mercadotecnia o turismo, y ha estado siempre cierto de que es necesario proseguir estudios de actualización, diplomados, posgrados y otras certificaciones para no quedar fuera en la competencia, porque la lucha por la vida es cada vez más encarnizada. Pero no estudió y quizá jamás le interesaron ni la física ni la biología (tal vez porque paradójicamente eran estudios para gente no realista y mal adaptada) y, sin embargo, no obstante, aunque no sepa pronunciar ni Newton ni Darwin, aparentemente se los sabe tal vez por ciencia infusa, ya que las opiniones que uno sostiene y las justificaciones que pergeña siguen el modelo de esta mentalidad científica, como si la trajera en los genes, o la trajeran integradas las cosas, de modo que de sólo hablar uno las recita al pie de la letra: de sólo describir el mundo uno reproduce sus ciencias, y queda satisfecho de su inteligencia y buen sentido.

Pero es principalmente que la economía ya había sabido plantear la verdad que regiría este mundo desde inicios del siglo XIX, a partir de dos principios básicos, como propone Stephen Marglin, que sintetizan a la física y a la biología y al resto de los conocimientos verdaderos, que son, en primer lugar, el descubrimiento netamente moderno de que mitos tradicionales como la existencia de entidades tales como el pueblo, la comunidad, lo colectivo, eran falsedades campesinas, ya que lo único probablemente real es la existencia de individuos, cada uno aparte de los demás y con sus propios intereses que debe cuidar y perseguir: sus esfuerzos, sus logros, sus acumulaciones, sus triunfos son suyos y por su mérito y para su beneficio; y de ningún modo, bajo ninguna lógica, tiene que compartir con los demás (sólo para él, sólo para su familia, sólo para su clase, sólo para su país, i.e. sólo para

su interés), porque en el mundo no existe la suerte colectiva sino sólo la suerte individual, que cuando sea mala que con su pan se la coma y cuando sea buena se la comerá con su pan pero en ningún caso la tendrá que dividir con nadie. Y por supuesto, lo que les acaezca a los demás, por ejemplo que les vaya mal, es algo que atañe a la más estricta realidad, al más estricto realismo, que puede ser infausto pero no es su problema.

Siguiendo a la economía ya después la biología evolutiva encontrará el gen egoísta, pero uno ya lo sentía dentro desde antes. Y en segundo lugar, el hallazgo de los economistas de que el ser humano individual es poseedor en su naturaleza de deseos ilimitados, ya que nunca se conforma con lo que obtiene sino que una vez obtenido ahora quiere más (este gen todavía no lo ha encontrado la biología, pero ya lo estarán buscando), o sea, que los individuos son por naturaleza insaciables, y nunca van a estar contentos con lo que tienen, porque alcanzar algo es sólo el gatillo que dispara el deseo de más, razón por la cual, en efecto, la economía no puede estancarse, y la producción de mercancías y las necesidades publicitarias concomitantes tienen en su propia estructura el hecho de ir generando cada vez más, no para satisfacer las necesidades de los consumidores, que son insatisfactibles, sino porque es la exigencia del mundo del dinero. La conclusión de la economía es que los seres humanos son los individuos que nunca van a estar contentos (a la mejor después de descarrilar a un competidor necesita descarrilar a más), y gracias a eso es que el mundo progresa.

Y uno por supuesto está de acuerdo (porque si no automáticamente pasaría a formar parte del bando de los condenados de la realidad, éstos que sí se conformarían con sólo un poco más), pero, de vez en cuando, por descuido, uno baja la guardia, y entonces no siente bullir en su interior ni a su gen egoísta ni a su gen insaciable, y se pregunta si no habrá un gen que mire puestas de sol, porque con la

guardia baja se siente el inmenso descanso de no tener que competir ni triunfar ni sobrevivir (y no tiene que recriminarse, a todos los boxeadores les pasa en algún momento de su carrera).

El fenómeno científico de la insaciabilidad del ser humano individual viene a significar que la felicidad no existe toda vez que nunca se va a poder alcanzar ya que una vez atrapada automáticamente se vuelve infeliz dado que no basta con ella, sino que hay que conseguir más y más hasta que la vida se termine, y tal vez por eso, en el siglo XXI, lo mejor que se puede pretender conseguir es más vida —biológica, porque es la única que hay— en este mundo: uno quiere, con cierta insania, prolongar sus expectativas de vida más allá de cualquier justificación válida, tomando vitaminas, vigilando su colesterol, dejando de fumar, checándose con el médico, haciéndose análisis, e incluso, en los intentos más últimos o vanidosos o desesperados, con maquiajes, sean superficiales o intrusivos, anodinos o agresivos, como si el hecho de cumplir más años, y que se noten menos, fuera el único posible aunque espúreo sustituto de la felicidad que ya no existe (¿o será que uno tiene simple miedo a toparse con que



perdió la oportunidad de vivir por gastarse la vida en triunfar?). Dos siglos de andar persiguiendo la felicidad en sus variadas modalidades para llegar a enterarse de que no estará nunca en el lugar donde se le alcanza.

Detrás de las fachadas de los edificios, de los murales de la publicidad, de las pantallas de las computadoras, parece que, desde que comenzó el mundo moderno a finales del siglo XVIII, se ha ido gestando en lo oscuro, en lo opaco, detrás de las paredes, en medio del trajín de las oficinas, algo un poco fantasmal, o potencial, o virtual: algún nuevo ser, una especie de inteligencia sin cerebro, una entidad volátil, abstracta, inhumana, inmensa, casi cósmica, que ya llevaba muchos años, décadas, un siglo, pensando con alguna torpeza e ingenuidad, pero que en el siglo XXI supo madurar y complejizarse, y ahora se encuentra presente en todos los razonamientos, en todos los procedimientos, en todas las lógicas, en todas las comunicaciones, es decir, en todos los procesos que están dirigidos o se ejecutan mediante pasos, primer paso, segundo paso, etcétera, desde el modo de hacer la sopa o la de llegar a tiempo a la oficina, hasta la manera de elegir las amistades o gestionar su carrera profesional: es un algoritmo.

Un algoritmo, *alguarismo*, es una aritmética de las actividades, de los comportamientos y de las labores; es un método o un procesamiento estatuido para que, a partir de cualquier punto o estado o situación, se dirija a la consecución de ciertos fines determinados desde el inicio, pero que no necesariamente están avisados o advertidos o estipulado explícitamente, sino que están insertos a lo largo, ancho y hondo de toda la estructura de la actividad o —lo que es lo mismo— se van dando en el cumplimiento de la ejecución, de suerte que uno se percató de los fines hasta que éstos están concluidos, hasta que la sopa está en la mesa, que es cuando uno se da cuenta de las razones de todo lo que fue haciendo sobre la marcha.

La definición de algoritmo podría ser muy bien la definición de subconsciente: la hechura de la sopa no estaba en la cabeza del cocinero, sino en la sopa que se iba haciendo, es decir, conforme se va ejecutando el programa, al igual que en las computadoras, que está configurado a base de un algoritmo, y que es de donde saltó la palabra al dominio público, aunque ésta ya existía desde 1822; y de hecho, el desarrollo de los siglos XIX, XX y XXI parece estar basado en un algoritmo. Un algoritmo es una inteligencia artificial, término con que se puede intitular a toda la revolución tecnológica de finales del siglo XX, porque reside en dispositivos, instrumentos, mecanismos, herramientas, vehículos, sitios, y se encuentra en los manuales, instructivos, diagramas, planos de operación, esquemas, pero no reside ni se encuentra en donde se supone que se halla la inteligencia natural, en el seno de los seres humanos y sus conversaciones y sus relaciones, allí donde uno desplegaba su inteligencia propia. Pero ésta no es propia. Es curioso, uno a veces se lo pregunta pero no se presta mucha atención y prosigue con sus comportamientos, que los científicos de los tiempos recientes hayan dictaminado que la inteligencia propia de uno se encontraba en el cerebro, pero que el cerebro era patentemente similar a una computadora, y que por lo tanto, más que ser parte de uno como uno creía, en realidad era un dispositivo con diagramas de operación, o sea también bastante artificial por cuanto y en tanto que ya no dependía de uno —de su voluntad, por decir— sino de algoritmos cerebrales integrados. Uno es programable.

Si uno se lo respondiera después de preguntárselo se sentiría desvanecer, porque, en efecto, se enteraría de su propio desvanecimiento en el mundo, como si se derritiera en él: si en los siglos pasado y antepasado el mundo era ese todo, ese resto que se le impregnaba a uno en la carne y se le introducía en las entrañas hasta las articulaciones y las



## A veces falla el algoritmo, que no es tan global ni tan total como proclama, y a veces todavía algo se revela, y se rebela, en alguna parte ignota del cuerpo que tiene uno.

glándulas, de modo que uno se movía con esos gestos venidos de afuera, de las circunstancias de la realidad que lo hacían a uno dejar su pueblo y buscar empleo de oficinista veloz y eficaz en la ciudad, siempre había no obstante una barrera de salvaguarda entre uno y el mundo, la de la piel, que lo ponía a uno, a su yo o a su persona, de este lado de acá, como si del lado de adentro de la piel estuviera su alma todo lo averiada que fuera pero por lo menos suya, mientras que por el lado de afuera estuvieran todas las durezas pintadas por la física y la biología y la economía. Había pues una resistencia entre uno y el mundo, y por lo menos tenía el consuelo de que era uno un títere que podía tener que hacer cosas que no quería pero que podía decirse a sí mismo que no quería, y añadir frases como: ése no soy yo, actuar en el mundo es mi máscara social pero en el fondo soy otro, yo soy yo aunque no lo parezca.

En el siglo XXI, merced seguramente a las innovaciones de las tecnologías de la comunicación, a la nueva virtualidad de la realidad, resulta en cambio que la piel, que sigue estando ahí donde siempre, ha dejado de funcionar como frontera o límite, como barrera o salvaguarda, como resistencia entre uno y el mundo; y entonces, ese adentro que antes estaba a recaudo, el alma ni qué decir, sino incluso ese individualismo egoísta que uno creía tan suyo y personal, ha perdido los bordes o linderos que lo contenían y se ha desbandado, se ha diluido, volatilizado; se ha desvanecido en el resto del aire del medioambiente de la ciudad. Y uno sigue existiendo de alguna manera, pero ya no piensa con su cabeza ni siente con su cuerpo y con su yo, sino que

piensa con la inteligencia artificial del algoritmo que está imbricado en las calles, en las oficinas, en las computadoras, en los trabajos, en los colegas, en las compras, en las diversiones, en los descansos y en los seres queridos: antes uno pensaba con la mente del mundo, ahora es la mente del mundo la que piensa con uno; antes uno era una cabeza, ahora es una neurona del cerebro del mundo; antes uno era una inteligencia, ahora es un componente. Antes el mundo entraba dentro de uno: ahora uno se deshace en el resto del mundo. Y por lo tanto, ya no hay ahora miles de inteligencias, de pensamientos pensando si se quiere lo mismo completamente enajenado, sino una sola inteligencia, un solo pensamiento medio total, medio global, que piensa lo que decide su algoritmo, y que decide qué es lo que a uno se le puede ocurrir, imaginar, olvidar, querer, desear.

Por eso, por ejemplo, a pesar de que la felicidad ya no exista ni se le espere, de que ya no pueda tener mayores sueños ni ilusiones porque todos ya se echaron a perder, a uno —y a todos— en los cafés y en las reuniones, se le ve tan contento, risueño, dinámico, agresivo, retador, desafiante, optimista, bien vestido, con buenos chistes, porque, en efecto, ya no es uno el que los efectúa, sino que son gestos y poses que están inscritos en el manual de procedimientos del algoritmo o la inteligencia del mundo. A veces falla el algoritmo, que no es tan global ni tan total como proclama, y a veces todavía algo se revela, y se rebela, en alguna parte ignota del cuerpo que tiene uno. A veces uno cree que por fin es la esperanza, pero no dura tanto como para poder ponerle nombre.







Schirmacher opina que el algoritmo es el de la teoría de los juegos, que en rigor es un manual muy elaborado de estrategias, que surgió de las matemáticas aplicadas a mediados del siglo XX y se aplicó inmediatamente a la economía, donde uno debe querer ganar siempre y lo más posible (y lo que uno gane el otro lo pierde: suma cero), pero la teoría enseña que para lograrlo uno debe considerar y anticipar las decisiones del oponente, como en cualquier ajedrez o poker, pero para lograrlo hay que saber qué quiere, qué busca, a qué aspira, en suma, quién es profundamente el adversario: meterse en su mente y entonces sí poder hacer la jugada que lo descalifique. Y la clave de la teoría de los juegos es asumir que el contrincante lo único que quiere siempre es ganar lo más posible (y lo que él gane uno lo pierde: suma cero), esto es, que todo prójimo es un ser movido por impulsos económicos, sea el enemigo en los negocios, sea el mendigo de la esquina, sea Violeta Parra escribiendo canciones, sea la cónyuge o sea uno mismo. Si uno parte de ese presupuesto, de que todos nada más buscan su propia conveniencia y jamás hay que confiar en nadie, de que todos nada más intentan engañarlo y uno debe engañarlos a todos, ya puede montar una estrategia general coherente que le sirve como modelo de vida. Los sistemas operativos y programas de las computadoras, las casas de bolsa y las casas de apuestas, los partidos políticos y los electores, las agencias inmobiliarias y las agencias funerarias, los jueces y los acusados, los manuales de urbanidad y los de autoayuda, los prisioneros y los delatores, la oferta y la demanda, los vendedores y los compradores, los naufragos en las islas y los bucaneros en sus barcos, la manufactura y la distribución, los narcotraficantes y los adictos, uno mismo y sus hijos, todos emplean el algoritmo de la teoría de juegos para sus transacciones —y, por supuesto, las especies animales y vegetales en su lucha por la supervivencia. Si uno parte de que toda persona es un individuo egoísta y ávido, y si

uno desconfía hasta de su propia madre —individua egoísta y ávida—, podrá eventualmente ganar en esta vida; pero por lo mismo, si de repente resulta que hay por ahí alguien que no quiere ganar, ni siquiera quiere jugar —el vagabundo de la otra vez, por ejemplo—, todo el algoritmo saca chispas del cortocircuito que hace y este juego se acaba.

Así es lo que ejecuta el algoritmo sobre cada quien, pero tomado en su magnitud global significa que la vida consiste exclusivamente en obtener resultados y ganancias, las más que se puedan, cada vez más, sin fin, por lo que los resultados ya ni siquiera son fines, ni medios, porque serían medios para nada, y que es lo que esta sociedad llama avance, y a veces lo llama progreso: la noción de progreso en el siglo XIX (que acabó ridiculizada con dos guerras mundiales en el siglo XX) de que el mundo iba a ser paulatina o repentinamente más bello y confortable para todos en virtud de los adelantos tecnológicos que resolverían el hambre y otras miserias, fue sustituida subrepticamente por una noción cuantitativa en la que el progreso consiste en producir, fabricar, cada vez más, objetos, capitales, medicinas, artefactos, conocimientos, viajes, datos, energía, aunque todo fuera estragante, y, por razones de eficiencia, cada vez más significa cada vez más rápido, aunque lo rápido fuera la destrucción. Y estrago y destrucción por medio, extrañamente el algoritmo sigue obteniendo cada vez más mayores beneficios.

Y un rasgo de esta inteligencia artificial es que, al no tener inscrita su terminación en sus códigos internos, tampoco tiene escritas sus metas, que son ese punto o logro que una vez alcanzado dé por concluido exitosamente el juego y todos contentos. No hay tal. Esto quiere decir que la actividad inexhaustible de este mundo no tiene dirección, o sea, que va, avanza, pero no va ni avanza a ninguna parte, porque carece de guía, de mapa, de brújula y de destino (no sabe para qué ganar ni para qué jugar), ya que el algoritmo prescinde de este detalle, el de





saber qué busca para saber cuándo encuentra, el de saber hasta dónde quiere llegar para saber cuándo se detiene, y por lo tanto sigue y seguirá moviéndose hacia donde haya más, gane más, sea donde sea y gane lo que gane. A esta falla (que en rigor ya estaba instalada desde las inteligencias naturales de los banqueros y comerciantes decimonónicos), los estudiosos la han denominado el imperativo tecnológico, que establece que lo que puede hacerse, hay que hacerlo, que si se podía mecanizar la producción aunque los obreros se quedaran sin trabajo, había que mecanizarla, que si se podía digitalizar la administración de las empresas aunque los jefes perdieran sus empleos, había que digitalizarla; pero significa algo todavía peor, a saber, la imposibilidad de detenerse. Si el mundo, en vez de volverse cada vez mejor se va volviendo cada vez más inhóspito e implica no solamente la derrota de los perdedores sino también el fracaso de los triunfadores, es porque la inteligencia artificial del cada vez más no sabe detenerse, porque esa indicación no existe.

Si en el mundo tradicional había una especie de intencionalidad flotante o latente en donde lo que se quería o deseaba no se perseguía sino que se esperaba, y había en el mundo del XIX una intencionalidad dirigida que perseguía algo, por ejemplo la felicidad en cualesquiera de sus apariciones, en el XXI la hay, pero es una intencionalidad desbocada, descarriada, que va hacia ninguna parte a toda velocidad, hasta que choque. Aunque uno, que no nació ayer, ya un poco escéptico, sabe por experiencia que nunca tiene nada contra qué chocar, o que únicamente podrá chocar contra sí misma.

Con este algoritmo que lo piensa a uno sin que uno lo pueda pensar, uno se encuentra medio despojado de no sabe qué, desguarnecido. Y uno siente que con lo único que se queda es con lo que se le arrebató: se queda con el tiempo que ya no tiene; y a eso es a lo que se le llama tener prisa; uno ya no es dueño de tiempo, ni siquiera del propio. La prisa es el hecho de que el mundo lo ha rebasado, y por más que corra, por más carreras que curse, ya no puede seguirle el paso y se va quedando rezagado sin que tenga permiso de quedarse atrás. La prisa es algo que no es de uno, que le es ajeno, impropio, que va más rápido que sus propias posibilidades, que su cuerpo y que su mente y que sus deseos porque a uno le han inculcado más actividades que minutos, más atracciones que fuerzas, más distancias que velocidad. Pero como el algoritmo es capaz de sacar fuerzas de flaqueza y aves fénix de cenizas, a la falla estructural del imperativo tecnológico la convierte también en mercancía y la saca al mercado con el nombre comercial de adrenalina, que viene en presentación de deportes extremos, de amenazas inminentes, de instinto de conservación, de negocios de alto riesgo, de situaciones límite, y hace moverse el corazón a la velocidad del mundo, o se vende en las farmacias como epinefrina, pero que en cualquiera de sus presentaciones ha provocado gran demanda entre los compradores que la buscan y la consumen con lo que sienten que por algunos momentos el mundo no los deja atrás, que su prisa le da alcance. Lo único malo es que cuando se acaba la adrenalina, la prisa sigue, y uno tiene que continuar tratando de dar alcance al mundo ya sin vértigo que lo ayude. Y en efecto, lo poco o mucho que se pueda lograr a



toda prisa no es una ganancia que se obtenga, sino apenas un peligro que se salva, porque uno ya no gana ganancias, ya no saca ventajas (por ejemplo, uno se da cuenta de que no vive mejor que sus padres y que sus hijos vivirán peor que uno), sino que todo lo más accede a la oportunidad de continuar en un juego que ya es pura y cruda supervivencia.

Uno intuye que hay un error, que el error radica en que la inteligencia artificial del algoritmo no tiene entre sus cálculos que uno, uno mismo, exista. En efecto, la prisa es el resultado de un progreso, de un progreso que lo excluye a uno, que opera sobre uno pero que lo ignora, y sigue su marcha inteligente y ciega y sorda que nada más lo arrolla y se lo lleva bajo las ruedas, entre las patas, y uno tiene que acelerar para no acabar atropellado, lo cual, ciertamente, requiere una dosis de adrenalina.

Ante este informe de su siglo, uno ya no sabe ni qué querer ni qué pensar más que puntos suspensivos: ... : aunque tenga veinte años uno tiene doscientos cincuenta de estar en este mundo, y aunque uno tenga doscientos cincuenta, apenas tiene veinte años de estar en esta vida, que es la edad en la que se mira al futuro y se hacen planes para alcanzar la felicidad; pero adelante, por mucho que se alce la vista o se eleve la visión, solamente se ve el día de hoy, el mero presente poco alentador y a diario fatigoso. Por supuesto que en las imágenes de todas las pantallas aparecen las casas, los aeropuertos y los vestidos, las alfombras rojas, los eventos sociales, las realizaciones y las obras, los premios y el amor y la plenitud —divorcios incluidos— de una entidades inhumanas denominadas celebridades, deportistas, actores, genios de la computación, ti-

burones de las finanzas, hienas de la especulación, escritores, socialités, que figuran en la publicidad y otras mentiras y medias verdades, pero uno ya sabe que no pasan de ser espejismos con los que uno se entretiene mientras vive al día.

Algo no embona, porque no obstante tanta tecnología digital todavía existen libros impresos en papel, pero son los libros de autoayuda —y gastronomía— que siglo y medio después regresan, lo cual tiene que significar claramente que algo está fallando, que el futuro era desde el principio una posverdad. Y en estos libros, que son de papel para que sirvan de regalo, le conminan a uno a que no se rinda, que se levante, porque la vida es un reto y el mundo es para los que saben conquistarlo, porque uno está llamado a ser un triunfador aunque por el momento fracase; y uno, como mula que ya se volvió arisca, adivina que se lo dicen porque la vida ha resultado ser lo contrario. Nada más falta que le digan que se prepare, que estudie —para médico o abogado. Algo no encaja, porque, en efecto, uno se encuentra con que está en la misma situación y en la misma posición que hace doscientos años cuando tuvo que salir de su aldea, de su pueblo o de su villa por falta de sustento, y ser arrojado a una ciudad en ciernes a buscarse la manutención peleándola contra todos los demás desahambridos (y uno cavila: ¿se llama esto paradoja, se llama esto ironía? ¿o burla, cinismo? ¿o se llama algo peor?), porque el mundo nuevo aquél que se presentaba le quitó la tierra, la labor, el oficio, y le quitó a su gente, y a cambio le dio necesidad. Y ahora, doscientos años después, ya no existen las vacantes en las oficinas, en las tiendas, en las escuelas, en las agencias de publicidad, en las profesiones liberales,



y uno por lo tanto tiene que emprender su propia empresa, oficina, tienda, marca, agencia, mentira, publicidad, si quiere salir a flote, para lo cual está obligado a convertir en negocio cualquier cosa: el agua, su servilismo, sus amigos, su simpatía, sus tragedias, sus acosos dados y recibidos, sus anormalidades; aunque si uno tiene un poco más de dignidad puede mejor beber, dedicarse a la familia, deprimirse, hacerse vagabundo, ponerse a escribir poesía, o pasarse al bando más pulcro de los condenados de este mundo, de los obreros de las fábricas maquiladoras, de los albañiles y barrenderos, de los derrotados de toda la vida, de los repartidores en bicicleta, de los meseros en las bodas, de los perdedores de siempre, de las sirvientas de entrada por salida, los trabajadores de limpieza que lavan las fachadas de vidrio de las torres de negocios, los vendedores que consiguen empleos temporales con horarios partidos, que tienen todos la ventaja de que el mundo ya no les puede hacer nada porque ya se los hizo.

Algo no hace sentido. Uno ya está seguro de que algo no funciona en el mundo cuando hay tantos emprendedores (así les llamaron alguna vez a los creativos artificiales buscando ideas o víctimas para volverlas negocio) y tantos libros de autoayuda. Y tantos rictus de sonrisa en la publicidad y entre sus amistades —y cuando uno busca qué hay detrás de esa sonrisa encuentra al emprendedor que quiere usarlo como negocio. Y uno no puede negar que también es uno de ellos. Y tiene miedo: el miedo que siente cuando el mundo está bien pero uno no: primero llega la ansiedad, que es el miedo a no seguir el paso, a no dar la talla; y después llega la angustia, que es el miedo a ser expulsado del mundo (hay tantas maneras) porque no siguió su paso.

Pero detrás de la ansiedad y la angustia, al fondo del interior, por debajo de los genes, casi en el asiento de la materia, uno siente la curación del miedo, como si uno guardara allá adentro una especie de razón que brotó desde la primera vez que le quitaron

el tiempo, y que lo esclarece a uno y lo tranquiliza, porque esa razón de fondo le susurra que, aunque este mundo sea real, no puede ni debe ser real. En suma, que esto es un absurdo. Y uno busca la palabra en el diccionario, en el de etimologías porque lo que signifique debe ser algo muy fundamental, pero le responde lo mismo, que absurdo quiere decir susurrar sonidos sordos, que ha de querer decir oír que no se escucha o entender que no se entiende.

Parece que Aristóteles era más claro cuando decía que es un absurdo cuando la conclusión es contraria a la proposición. Como los monumentos de las ciudades, que servían de punto de referencia pero que uno pasa de largo sin verlos y cuando los busca ya quedaron muy lejos atrás y uno ya solamente sigue circulando, así, al parecer, ha sucedido con otras referencias: con las metas, los objetivos y los resultados, que se rebasan sin haberlos alcanzado: como el futuro que ya pasó sin haber llegado, como la felicidad, que está en el pasado pero jamás estuvo en el presente. Y uno quisiera preguntarle a los de veinte años por qué, si no van a alcanzar nada, por qué mejor no se quedan quietos, y su respuesta es que están en la edad en que hubieran creído en Dios si hubiera uno, y que si se quedan quietos se van a dar cuenta de que no van a alcanzar nada. En efecto, uno ya rebasó las metas sin alcanzarlas y sin embargo sigue corriendo (el lugar donde estaban las metas quedó atrás), siempre aprisa, y en vez de detenerse uno continúa ejecutando actos alcanzatorios, persecutivos, ya sin ilusión alguna, porque sigue buscando el futuro a sabiendas de que se fue.

Algo no tiene caso, y es que el mundo puede prescindir de uno: uno puede pudrirse en vida mientras la ropa siga luciendo tan espectacular en los escaparates, mientras la tecnología lance novedades, mientras flote en el ambiente una actitud positiva que nadie tiene. Es el absurdo, ése que a Camus le dolía de lo lindo. 📖



### III. EL MUNDO DEL TIEMPO

*La ciencia del paradigma emergente es más contemplativa que activa. La cualidad del conocimiento se mide menos por lo que él controla o hace funcionar en el mundo exterior que por la satisfacción personal que da a quien a él accede o de él participa. La dimensión estética de la ciencia ha sido reconocida por científicos y filósofos de la ciencia de Poincaré a Kuhn, de Polanyi a Popper. Roger Jones considera que el sistema de Newton es tanto una obra de arte como una obra de ciencia. La creación científica en el paradigma emergente se asume como próxima a la creación literaria o artística, porque a semejanza de éstas pretende que la dimensión activa de la transformación de lo real (el escultor al trabajar sobre la piedra) sea subordinada a la contemplación del resultado (la obra de arte).*

BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS,  
2009, *Una epistemología del sur*,  
México, Siglo XXI Editores, 2013, p. 54.

A cada generación le da por prever para muy pronto la transformación del mundo. Los comunistas del siglo XIX creían que era para el día siguiente; los movimientos juveniles del XX creían que ya lo habían cambiado. Pero, el algoritmo del mundo ya contiene en sus códigos encriptados la utilización y la utilidad económica que se puede usufructuar de cada movimiento transformador, porque contiene indicaciones de cómo convertir en mercancía la rebeldía, la libertad, el arte, la paz, el conocimiento, los terremotos. De cada escándalo de lesa humanidad (como la explotación del planeta, la riqueza del uno por ciento, el fracaso de sus triunfadores), no solamente sale fortalecido sino que es capaz de convertirlo en espectáculo y con el dinero de las entradas repartirles becas a los niños pobres.

Los activistas y los militantes de la transformación del mundo son carne de algoritmo porque lo alimentan con sus mismos denuestos apasionados, toda vez que ellos se proponen un cometido, un ideal, y, para lograr sus propósitos, han de ser personas eficientes, orientadas a metas, resolutoras de problemas, persuasivas,





incansables, trabajadoras, luchonas, optimistas y entusiastas frente a los retos y los desafíos: o sea, en suma, nada nuevo, que tienen el chip del mundo integrado a ellas, que es el mismo chip —de los cuales se puede decir lo mismo— que los vendedores, los publicistas, los emprendedores y los triunfadores.

Pero la última generación ya no estuvo interesada ni en la transformación ni en el triunfo, porque ya no estaba interesada en el mundo. Con eso sí se inicia la transformación, porque de la misma mane-

ra que Dios no pudo seguir existiendo si no había quien creyera en él, el mundo no puede reciclar lo que lo ignora. Es un levantamiento de brazos caídos, que a la mejor empezó desde hace mucho, desde los románticos del siglo XIX, desde los *flâneurs* y los *clochards* hasta los hippies; y los encarcelados y los niños castigados, es decir, todos los que miran nomás cómo pasa el mundo sin subirse en él. Qué hermoso es el paisaje del mundo cuando no se puede hacer nada, porque ya se trata de otro mundo.

### III.1. El alzamiento

*La economía basada en el consumo sucumbiría si de pronto la gente empezara a embellecer las cosas, a protegerlas frente a la caducidad, a ayudarlas a lograr una duración.*

BYUNG - CHUL HAN , 2009,  
*El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Barcelona, Herder, 2015, p. 125.

La rebelión no habrá de alzarse contra la injusticia (ya quedó visto que tal indignación carece de fuerza suficiente para reventar el mundo), ni contra la pobreza ni contra la riqueza, ni contra la violencia, la desigualdad, la dominación o el poder, porque todos estos enojos se los traga el Leviathan del algoritmo: con ellos hace su publicidad. El alzamiento es contra el absurdo.

La rebelión contra el absurdo es un alzamiento de bajar los brazos, de negarse, pase lo que pase, a seguir con la estulticia moderna y posmoderna: mejor morir que continuar activo y alegre haciendo tonterías. Porque contra el absurdo no se alza uno con bríos ni con ilusiones, sino con todo lo contrario: cansándose, y no con la intención de descansar para continuar en la brega, sino cansándose para no descansar jamás, para ya no recuperarse, porque de lo que se cansa uno es de seguir pensando y sintiendo de la misma manera; se cansa uno de creer que no se va a morir —los demás sí, pero uno no—, y que si se muere, de todos modos, aunque no haya cielo va a haber una especie de banco postmortem que le guarde sus ganancias acumuladas. Cansarse de las verdades de que los retos y las derrotas y los reveses fortalecen y lo preparan para el mañana aunque uno tenga ochenta años porque siempre debe seguir creciendo, madurando, superándose, porque al parecer uno no termina nunca de estar maduro, crecido y superado. Cansado de todos los exitosos que vencieron al cáncer pero que después se murieron de otra cosa. Cansarse de que la razón de ser que siempre se supone que se verá un poco más adelante nunca llega, ni siquiera en el último momento cuando ya no hay más adelante posible. Y en este cansancio uno de plano se niega a seguir; y le da lo mismo lo que haya más adelante, le da lo mismo que descanse, le da lo mismo estar vivo que no.







Las revoluciones, como la francesa o la mexicana o la bolchevique, lo que hicieron fue poner al día lo que estaba retrasado, lo mismo que la revolución industrial o la cultural o la revolución verde, que se acomodaban al mundo para encajar bien en él. La revolución que transforma al mundo, que lo hace otro, no es política, social, económica, civil, sino que es una revolución mental, ésa en la cual el mundo, y por lo tanto lo que se piensa y se siente, lo que se sueña y se sufre, no es, para decirlo casi literalmente, ya de este mundo, sino de otro: mirar con los ojos de otro mundo. Una revolución mental no puede ser violenta, porque contravendría el mundo que pretende fundar. No se puede hacer obras manuales con los pies.

El mejor lugar para cansarse es junto a la ventana. Si es junto a la puerta a uno le da por salir o por invitar; si es junto a la pared uno se atarea en sus quehaceres, y se pone a mirar dizque su interior que no es otra cosa que las exigencias del mundo. Viendo por la ventana el mundo parece detenerse. En la ventana uno mira la vida pasar sin inmiscuirse en ella, pero la vida sí entra por la ventana y se inmiscuye en uno y le mira su cansancio; y lo ilumina, porque por la ventana entra la luz del día y sale la luz de la mirada, y en alguna región de la zona del marco, más o menos donde radica la transparencia del aire o del vidrio, se entrecruzan las dos luces y así nacen los pensamientos. Lo que hay del otro lado de la ventana no es tan interesante, lo que hay de éste tampoco, pero uno está cansado y le da lo mismo, y así, en este estado, descubre —que es lo que ha de haber entre las dos luces— que, después de un mundo tradicional donde lo único que hay que hacer es esperar a que venga la muerte y tras ella el cielo, y luego de un mundo moderno donde lo único que hay que hacer es perseguir, apurarse y alcanzar antes de que llegue la muerte porque ya no hay cielo, puede haber otro mundo donde lo único que hay que hacer es estar, sólo estar, intransitivamente estar, mientras llega la muerte, sin esperar nada ni alcanzar nada, ni Dios ni dinero ni nada. Y le brota la iluminación de que así se está bien, como si el cielo hubiera estado siempre en esta tierra, junto a la ventana, y lo único que se necesitaba para encontrarlo era no buscarlo. Ni siquiera le entra la urgencia de que el mundo sea como en ese momento, porque, después de todo, ni siquiera corre prisa para eso; el imperio romano se tardó cuatro siglos en decaer; la edad media tardó cuatro siglos en transformarse.

### III.2. La contemplación

*Es muy simpática y significativa la anécdota que contaba una maestra de primaria. Habiendo sonado ya el timbre que indicaba que la hora de recreo en el patio había acabado, el pequeño Pablito seguía sin apartarse de la arena, absorto en su juego. Cuando la maestra se acercó a él y le dijo “Anda Pablito, que ya se ha acabado el tiempo”, el niño respondió espontáneamente: “para mí no, señorita, yo todavía tengo”.*

JOSEP MARIA ESQUIROL,  
2009, *El respirar de los días. Una reflexión filosófica sobre el tiempo y la vida*,  
Barcelona, Paidós, p. 94.

Hay un dato que parece ser una clave, y es que cuando uno está cansado en la ventana, está a solas. En fin, ahí a uno se le ocurre que si ya hubo un mundo en donde la verdad era Dios y el método la espera, y también otro donde la verdad era el dinero y el método la prisa, se puede creer que haya un otro mundo donde la verdad sea la belleza, y el método, la contemplación; es decir, que sea posible un mundo estético. Mirando sin razón por la ventana uno tiene el permiso ocioso de preguntarse por qué la belleza no iba a ser algo que valga la pena como razón del mundo. Y en ese momento uno no sabe por qué no. Si se antoja inverosímil, la única argumentación posible es que el capitalismo, por inhumano y absurdo, era mucho más inverosímil, y sin embargo sucedió. Contra la crueldad de aquella inteligencia, la bonanza de una contemplación. Como diría Schiller, un mundo estético puede ser aquél cuyo principio de realidad no sea ni la religión ni la ganancia, sino la belleza, cuyo placer, cuya bonanza, no es algo que se percibe con ninguno de los sentidos de la percepción y no se resiente en ninguna parte del cuerpo, sino que ocupa, como decía Santayana, a la persona toda, a la totalidad de uno, y casi se diría que se siente con el pensamiento, con eso que brota en la ventana. Como felicidad parece buena, porque no hay que postergarla ni pelearla; como egoísmo es bastante desprendido, porque no hay que arrebatársela a nadie.

La belleza es una especie de cielo, terrenal con todas sus limitaciones, pero suficientemente feliz en medio de ellas, y uno se siente





inmortal en su presencia —y un minuto de inmortalidad es toda la inmortalidad aunque sea tan corta—, debido a que, ahí, uno coincide con las cosas miradas, con la perfección interna que las hace existir por sí mismas como si tuvieran todas sus necesidades arregladas, como las piedras o los cactus, como si solamente tuvieran que estar ahí para cumplir toda su plenitud, como las tardes o las lagartijas. Y ahí, uno se encuentra a sí mismo, lo cual debe significar simplemente que no necesita nada en ese estado —después de haber estado en ese mundo donde siempre se necesitaba todo.

Oscar Wilde dijo que cualquier cosa es bella si se la mira el suficiente tiempo, Y ciertamente, al interior de las cosas —del sol, de las personas— se llega por la vía de la contemplación. Contemplar es aquello que uno hace cuando deja de ver pero sigue atento, cuando acabando de ver continua mirando, cuando se mira después de lo visto. Y por esa sobremirada, en la contemplación uno se toma su tiempo (se toma: ¿se lo bebe?; su tiempo: ¿el suyo o el de la cosa?). En la contemplación —que es etimológicamente lo mismo que teoría y lo mismo que pensar—, uno se deja estar frente a algo, una esquina, una cara, una idea, el aire, sin pedirle nada, ni que responda, ni que funcione, ni que sea bonita, ni que haga pasar el tiempo, esto es, sin que sea entretenida.

Durante el tiempo de la contemplación se le declara la paz al mundo, porque uno se desocupa de él, y con ello se le desactiva, porque el mundo no puede dar nada a quien no le pide nada. Para quien sólo contempla, el mundo ya no puede ser esa mente que piensa con los deseos y las necesidades y las ilusiones y los miedos de la gente, y ya no puede ser

ese aparato global que empuja o que jala, que presiona o atrae, que le promete felicidad o lo obliga a levantarse temprano en las mañanas a trabajar infatigablemente aunque esté exhausto, a atreverse a lo que ni siquiera quiere, a triunfar aunque uno haya fracasado. Pero sí puede ser un mundo más matérico, menos mental, esto es, que no piensa ni decide por uno, sino que aparece como una serie de materiales, de ideas, de seres humanos, de historias y cuentos, de obras e inventos, que está ahí dispuesto para lo que haga menester. O dicho de otro modo, el mundo se embellece, y en eso consiste su mente: un mundo que sólo existe para que uno esté aquí.

La contemplación consiste en ver, y luego mirar —y oler y tocar y gustar como si se mirara— hasta que las cosas se insistan en sí mismas, se repliquen, se abran, se desdoblén, hasta que muestren su otra manera de ser, no la de la primera vista donde nada más aparece la apariencia, la utilidad, el espacio que ocupan, sino aquella vista que mira esa otra apariencia donde también aparece uno mismo, porque, ciertamente, las cosas de la belleza no solamente contienen sus propiedades sino que también contienen la contemplación que es propiedad de quien las mira. Estas cosas nuevas, así como tienen color, volumen o peso, también tienen contemplación, o sea, también lo tienen a uno dentro. La contemplación muestra que las cosas —las sillas, el agua, las palabras— también pueden servir para ser miradas además de aquello para lo que sirven cuando les falta contemplación. En la contemplación, las cosas muestran su temporalidad, i.e. su manera de permanecer en el tiempo, su capacidad de estar sosteniéndose por sí mismas —o estar sostenidas por su

Oscar Wilde dijo que cualquier cosa es bella si se la mira el suficiente tiempo, Y ciertamente, al interior de las cosas —del sol, de las personas— se llega por la vía de la contemplación.

## Cuando la artesanía era un arte; la artesanía es una obra de arte para usarse; el arte es una obra de artesanía para contemplarse; cuando las dos cosas estaban juntas.

contemplación— sin que haga falta que tengan que ser usadas por alguien y utilizadas para algo. Cuando uno escucha como si mirara, no se oye nada, porque cuando uno mira con detenimiento, o piensa, todo se calla: frente al ruido de la música, la contemplación es la música del silencio.

Y Hegel dijo que el espíritu sólo puede comprender lo que él ha hecho; o sea, que para contemplar algo primero hay que hacerlo. Hasta para mirar un paisaje, como hacían los románticos del siglo XIX, porque el paisaje no es natural, sino humano, y para mirarlo hay que elegirlo, encuadrarlo, ignorar algunos elementos y resaltar otros, seleccionar el punto de vista, la hora del día y la estación del año, e ir a verlo con el estado de ánimo adecuado; y por ello hay gente que sabe ver paisajes y gente que no. Y todo eso tomó mucho tiempo que uno puso. Y así con cualquier cosa, una fogata, una ciudad, una vida; las vidas se hacen para contemplarlas, no como las de ahora que se deshacen para perseguir obtenciones. Una silla: a la mejor la manera de contemplarla es sentarse en ella, sentarse atento, con todos los músculos listos para darse cuenta. Frente o contra la fabricación o producción de mercancías, que están hechas para ser vendidas y desechadas, de suerte que había que hacerlas lo más rápido y numerosas posible, sin importar si servían o si quedaban bien, como se les obligaba y conminaba a los obreros y los empleados y los triunfadores, las cosas en un mundo estético están hechas para ser miradas, y por eso tienen que quedar bien, puesto que lo que uno ponga es lo que uno verá. Y es que uno, al hacer las cosas, va construyendo la contemplación, o va construyendo al contemplador, o en realidad se está haciendo a sí mismo. Al hacer las cosas, uno

contempla al pensamiento en plena marcha: al ir haciendo arte o artesanía, se contempla el propio pensamiento en la efervescencia solitaria de su libertad, porque mientras uno clava clavos, amasa masa, delinea líneas, la tarea le deja tiempo para mirar lo que está haciendo, y lo que está haciendo es pensamiento.

Las cosas que se hacen tienen que quedar bien, porque uno coloca sus expectativas y sus ilusiones en la cosa, no fuera de ella, no en su precio o su venta, sino en su hechura, en las razones que la cohesionan, que la juntan o la integran, que la hacen aparecer como una cosa que se sostiene por sí misma, como sola y única en el mundo, que es como aparecen las cosas —una comida, una respuesta, un conocimiento— cuando se contemplan. El modelo de las cosas contempladas no es el de la fabricación y producción industriales del siglo XIX, sino el de la artesanía del renacimiento, cuando el artesano se embebía en su labor y hacía muebles, utensilios, arreos, no para servir a las utilidades, sino para servir a los seres humanos, para estar a su servicio, y el artesano se sentía orgulloso de su obra, de haberla hecho con cuidado, con paciencia, con el material idóneo. Cuando la artesanía era un arte; la artesanía es una obra de arte para usarse; el arte es una obra de artesanía para contemplarse; cuando las dos cosas estaban juntas. Cuando Leonardo fabricaba sus pigmentos.

Por eso, el que hace cosas para contemplarlas no se apura, no tiene prisa, no sólo porque le tengan que quedar bien, sino porque no está persiguiendo nada, ni siquiera la terminación del trabajo, porque no es un trabajo sino que es su vida, y mientras labora —juega, conversa, canta— va sintiendo hacerse su vida sobre la marcha. De hecho, uno se tarda, se





refrena, porque esa contención le da intensidad, lo ahonda en el momento de ahora, como si sintiera todas las fuerzas posarse en un pequeño detalle, en un matiz, en un aspecto. La fuerza que se resuelve en rapidez es una fuerza malhumorada, que no se halla donde está, que ya se quiere ir a otra parte; la fuerza que se resuelve en lentitud es una que no quiere perder su propia fuerza, que quiere disfrutar su ímpetu y por eso lo contiene, lo retarda. Al hacer cosas con el fin de contemplarlas, como los preparativos para una ceremonia —una fiesta, un juego, un desayuno— no hay ninguna prisa porque uno no va tras un resultado que tenga que alcanzar, sino que uno, bien a bien, ya está dentro del resultado, a saber, un mundo donde pueda tardarse.

No hay que terminar porque la obra incluso a medias ya está completa, porque en la hechura de las cosas para contemplarse, mientras se ejecuta, los diseños del mundo ya no son distintos ni contrarios a los diseños de uno mismo, porque lo que

uno quiere es justo lo que hay y lo que hay es justo lo que uno quiere, y uno, después de dos siglos y medio, siente que por fin está en su lugar, en su vida y en su mundo y en su tierra y en su cielo. Y en realidad, lo que está haciendo al hacer una cosa es ir guardando su tiempo en ella, depositándolo para que, cuando contemple la cosa, se contemple a sí mismo. Ciertamente, en un mundo estético las cosas se hacen para contemplarlas, pero mientras las hace las va contemplando, y por eso se tarda, pero el fin o el sentido de la cosa no se pospone ni se aplaza, sino que se aparece, está ahí, y por eso es que uno se retarda. Para utilizar algo hay que terminarlo: para contemplarlo basta con que lo empiece.

Las cosas —la música, la limpieza, los monumentos— se pueden hacer estando junto a los demás —aunque no haga falta—, y en todo caso, hacer una misma cosa entre todos es la mejor manera de la convivencia humana porque permite interactuar o ensimismarse a discreción y no obstante formar

parte de la sociedad. Al contemplarlas, en cambio, uno se queda a solas —como junto a una ventana— aunque haya gente alrededor, porque las cosas que se contemplan absorben y lo sustraen a uno del resto de la creación. Se entiende que aunque haya voces reine el silencio en torno a los objetos que se contemplan, incluso si lo que se contempla es la música que se escucha.

Y las ciudades se comportan de esta misma manera, porque constituyen el lugar que da la posibilidad de estar la gente junta sin volverse horda o marabunta y otorga la posibilidad de estar solo sin volverse ermitaño o desterrado, donde se juntan los huraños y los gregarios, donde se puede ser amigable sin ser intimista y sin recibir asedios y se puede contar con los demás sin tener que pagar con promiscuidades. Hay alguna razón de publicidad o de culpabilidad que promulgó en los dos últimos siglos que la aspiración humana es estar siempre juntos, reunidos, relacionados, participativos, sociables, amistosos, y

que eso era comprobación de salud mental, y que la gente sana y buena no podía nunca querer estar sola, que hizo que los que querían estar solos se sintieran culpables y que los que estaban juntos los conminaran a acercarse. Pero con ello da la impresión de que a la ciudad no se le dejó ser lo que era, a saber, un lugar construido para conjugar el hacer y el contemplar, el ruido de la música y la música del silencio, la gracia de los demás y la gracia de su ausencia, los espacios públicos y los sitios privados, los días de fiesta y las semanas de recogimiento, porque se la convirtió en el escenario turístico del espectáculo del consumo. Pero en un mundo estético la ciudad puede adoptar la cualidad humana de aquello que se constituye entre todos y se disfruta aparte. Pareciera que la ciudad nunca terminó de estar realizada, y siguió siendo en el mundo moderno sólo un pueblo hipertrofiado, del que se debía haber aprendido de que así como el demasiado aislamiento constante produce vacíos que arden, la demasiada cercanía reiterada produce





## Uno se da cuenta de que ese acontecimiento peregrino de hace cuarenta y cinco o ciento veintidós años forma parte de este momento en que la duración de la belleza se le aparece.

fricciones que causan quemaduras. Una ciudad estética es aquélla que hacemos juntos aunque se esté a solas y que se contempla a solas aunque estemos juntos.

En un mundo estético ni siquiera se persigue la belleza, porque ello haría desesperar cada tanto, pero, sin embargo, uno se topa de vez en cuando con ella: la belleza es la aparición del tiempo que no se había ido mientras pasaba: de la duración.

La contemplación no es la exigencia de la servidumbre de las cosas, de a ver para qué sirven, sino una atención paciente: es la interrogación que uno pone sobre las cosas —las caras, los aparatos, los hechos. Y la belleza es la respuesta que las cosas le regresan, que se pueden demorar todo lo que sea en responder. Si lo que le devuelven los objetos a uno es su exactitud, preciosidad, perfección, proporción, su fotografía o su descripción, es que no han devuelto belleza todavía, y hay que aguardar más, o sea, darles todavía más tiempo —como si todavía no tuvieran el tiempo requerido dentro—, y en suma, darle a la cosa la posibilidad de que sea algo más que el objeto que se tiene enfrente: hay que permitirle ser, y eso sólo se puede si se lo deja estar, suspendido, suspenso, en mitad de la mirada.

Como respuesta, la cosa, ahí, estática, extática, puede actuar por sí misma, y puede hacer algo más que estar o existir: puede durar, y con ello, le puede mostrar a uno quién es uno mismo. Las cosas, en su proceso de hechura —una pareja, un noviembre, un café—, van guardando en su propia materia todos los actos, deseos, miradas, que se han invertido en su construcción y las han ido constituyendo; y no nada más los que uno ha puesto, sino, además, los

que han sido puestos en uno —educación, idioma, cariño— a lo largo de la historia de la sociedad —sus gustos, su inconsciente, sus gestos—, que se actualizan al hacer algo y se depositan por igual en la hechura de la cosa: esa actualidad de todo el tiempo es la duración: la aparición simultánea de todo lo que se ha pensado y sentido y hecho y de todos los que lo han hecho así durante la construcción de algo. Y todo eso se recursa, se recude, en un cierto momento dado; y brota, y aunque sea momentáneo en el reloj, por cuanto contiene tanto tiempo dentro, dura: dura —no puede ser de otra manera—, porque eso es de facto: duración. Por eso, la belleza —de una voz, de una imagen, de una luz en la ventana—, siempre es un toque de eternidad, un atisbo del tiempo total.

Y uno recuerda que, aunque no les haya hecho caso en su día, ha tenido en sus doscientos cincuenta años de historia, acontecimientos así, sólo que aquellas veces consultó el reloj y comprobó que no había sido nada, sólo un segundo de distracción que desechó automáticamente, pero que le hubiera posibilitado la utopía de imaginar otro mundo. Uno se da cuenta de que ese acontecimiento peregrino de hace cuarenta y cinco o ciento veintidós años forma parte de este momento en que la duración de la belleza se le aparece. Uno mismo no es una esencia, sino la duración de todo lo que ha sido.

Lo que uno ve en la duración de las cosas es el tiempo de sí mismo, y que este tiempo que parecía arrebatado por las circunstancias o por el puro paso del reloj, nunca se perdió, sino que se fue sedimentando en las cosas que uno iba haciendo: lo que descubre en las cosas contempladas y embellecidas es a uno mismo; es una particularidad de la belleza el



hecho de que uno encuentra en ella lo que ha puesto ahí: sus esfuerzos, sus tenacidades, sus obsesiones, sus repeticiones, sus errores, sus sonrisas. O lo que encuentra es su propia vida, ésa que tiraba en la espera del cielo y ésa que perdía en tantas obligaciones modernas de éxito que nunca llegó.

A la mejor lo que alguna vez se persiguió, aproximadamente a finales del siglo XIX, el amor, es a la postre esto, que uno de verdad sólo puede amar aquello —un hijo, una casa, un oficio— en lo que ha puesto tiempo, que a veces ha sido un tiempo cuesta arriba y a veces de bajada. Y a los demás, a lo demás, adonde no se ha puesto tiempo, nada más se le respeta, se le socorre y se le acompaña. Ello significa entonces que uno sólo ama a aquello en lo que se ha puesto a sí mismo, y eso, por cierto, parece egoísmo: efectivamente, no hay que pedir menos egoísmo (porque menos egoísmo solamente ha podido ser aquel gregarismo culpable y publicitario en que todos compartían su consumismo. Y porque los enamoramientos y otras pasiones interactivas han resultado ser más egoístas, aunque más tumultuarios). Diría uno que la belleza es entonces la contemplación del amor, y ciertamente lo es, pero a éste, como a aquélla, se le contempla estando a solas, o abstraído del resto para ser precisos: lo único que es equivocado es concluir que eso es una experiencia individual: no lo es, del mismo modo que tampoco es un acto social: la aparición de la belleza es en rigor un acontecimiento colectivo, porque lo que se presenta y lo que se contempla, es toda la historia del ser humano junta en un momento dado. El uno es colectivo. Es el uno de todos y el uno de nadie. El uno de siempre.

El tiempo, eso que es uno, que se dejaba pasar en el mundo tradicional y que se le quitaba en el mundo moderno, y que no se le puede describir desde fuera sino solamente contemplar ahí mismo dentro de él, es, al final de la historia del siglo dieciocho al siglo veintiuno, lo último —después de la hechura

de las cosas y su contemplación y su belleza— que aparece: es lo que se esperaba y lo que se perseguía, lo que había en la palabra felicidad, cualquier felicidad, lo único que permanece mientras fluye, lo único que dura mientras vive, y lo único que uno quisiera, no entender —que no hace falta—, sino encontrar. Cuando uno contempla la belleza, no mira la cosa, ni siquiera la belleza: lo que hace es ver el tiempo, oír el tiempo, tocar el tiempo, quieto, ultimado, completo, total. No es el tiempo que pasa, es el tiempo que dura. Y se acuerda que eso ya lo había visto de niño, cuando salía a la lluvia o se cernía la tarde: se acuerda de cuando el tiempo se acumulaba por los rincones de la tarde, y uno lo hubiera podido tocar y cargar, pero prefirió dejarlo estar; y se acuerda de otros tiempos, como cuando veía a todos atareados en quién sabe que tareas, y de otros instantes de silencio a solas en que uno se intuía a sí mismo en el sol que calentaba el patio. O sea que el mundo que vendría ya lo había visto.

Con la belleza como realidad el mundo adquiere un carácter inmanente, esto es, por así decir, redondo, como una unidad que se autocontiene y que no es absurda porque su coherencia, su integridad, su entereza, su solidez hacia adentro es su sentido. La vida se cumple, aunque no haya cielo, aunque uno sea mortal, aunque sea pobre, aunque sea olvidado, aunque no se la pueda enseñar a nadie.

En el mundo absurdo de la persecución del triunfo donde al final no hay nada, todos fracasan porque lo que nos guiaba era una zanahoria. Todos luchan angustiosamente contra la muerte, pero la angustia no es la muerte, sino, en verdad, morir con la vida inconclusa.

En un mundo estético uno ya podrá morir porque tendrá la seguridad de que su vida ha terminado, es decir, que la ha llevado a cabo y es una obra realizada.

Entretanto, uno está cansado, y se va a sentar junto a la ventana. 🏠



## APÉNDICE: Introducción

*El burgués tiene su mundo. Sólo partiendo de este mundo es comprensible: un mundo que está ahí antes de todo intento de interpretarlo, una visión del mundo inmediatamente vivida antes de reflexionar sobre el universo.*

*La visión del mundo es en este sentido un hecho básico de la vida creada del espíritu, soberano sobre los distintos dominios limitados y diferenciados en esta vida e independiente de ellos.*

*La visión burguesa del mundo no es algo derivado que haya de ser inferido de las imágenes del mundo forjadas ya de algún modo. Es lo primariamente dado; ofrece la imagen del mundo que se ve e interpreta luego de modo variado.*

BERNHARD GROETHUYSEN,  
1927, *La formación de la conciencia bur-  
guesa en Francia durante el siglo XVIII*,  
México, Fondo de Cultura Económica,  
1981 (Traducción de José Gaos), pp. 1-2.

Asimov, en su novela *Fundación*, de la cual da la impresión de que Spielberg sacó la inspiración para su *Guerra de las galaxias* —toda vez que las dos se componen de tres episodios y un imperio estelar—, cuenta que la única ciencia, en el futuro lejano, será la psichistoria, la sola y verdadera mediante la cual se puede conocer con precisión el pasado, el presente y el porvenir de los siguientes treinta mil años, y de este modo será posible prevenir y transformar el universo.

Borges, en uno de sus cuentos exactos, informa que en el planeta Tlön, la única ciencia cierta no es ni la física ni la sociología, sino la psicología, ya que el universo está constituido exclusivamente por —en palabras suyas— Procesos mentales que no se desenvuelven en el espacio sino de modo sucesivo en el tiempo; o sea, de cómo lo sentimos, lo vivimos y lo comprendemos.

En suma, parece que la psicología es muy importante, al menos en la ciencia-ficción y a nivel intergaláctico, porque con ella basta y

sobra para explicar no solamente la mente sino la materia y no solamente el universo sino las ciencias humanas y sociales. Estas psicologías son ciertamente sofisticadas, nada que ver con el pasquín o la ramplonada, aunque la de Asimov, químico él de formación, es, digamos, un poquitín mecánica, basada en la estadística de causas y efectos y esas cosas que les gustan a los hijos de la ilustración, mientras que la de Borges, bibliotecario de oficio, es un poquito solipsista, ya que se refiere a lo que tienen en la cabeza los extraterrestres.

Stanislaw Lem todavía habla, en *Solaris*, novela llevada a la pantalla por Tarkovski, donde el espectador se queda gratamente dormido y que ni la versión ligera y norteamericana protagonizada para mayores efectos por George Clooney pudo despertar (primer caso en que el libro es mucho más trepidante que la película), de un asteroide o planetoide que piensa, siente, confabula y se compadece con unos humanos que han llegado a importunarlo; y de paso, el protagonista es un psicólogo.

Y bueno, así las cosas, dentro de la literatura fantástica todavía se puede plantear otra ciencia afin, a la que se le puede denominar psicología colectiva, que es más modesta porque no pretende estudiar el universo ni los avatares interestelares, sino nada más a la realidad social, aunque no a los grupos ni a los individuos ni a sus relaciones interpersonales, y cuya hipótesis de novela dice así: no pensamos con la cabeza, sino con el mundo; y por lo tanto no es cierto que cada cabeza es un mundo sino que el mundo es una cabeza, y ahí andamos todos dentro moviéndonos como si fuéramos ideas.

Este mundo que relata la psicología colectiva no es el planeta, que, de hecho, es la acepción en que menos se usa la palabra mundo y que sólo se difunde en programas de radio, novelas y películas que haga Orson Wells como *La guerra de los mundos* o *Cuando dos mundos chocan*, pero hasta ahí; o sea, el mundo no es nada astronómico ni terráqueo, sino

que es eso a lo que nos referimos cuando usamos la palabra todos los días, para hablar por ejemplo del mundo de los negocios, de un mundo de oportunidades o de correr, ver o salir al mundo, o para mencionar *El mundo como voluntad y representación* como lo hace Schopenhauer o *Los diez días que conmovieron al mundo* como John Reed, o que vivimos en el mejor de los mundos posibles como dice Leibniz, o que El mundo es una porquería, como asevera Nacha Guevara; o declarar, como lo hace Jeanette, una cantante de voz muy linda y acento ligeramente inglés de los años setenta, Yo soy rebelde porque el mundo me hizo así.

Y cuando Manolito Gafotas se refiere al mundo mundial, implica que hay mundos más circunscritos y locales, pero el mundo del cine o el mundo familiar o el bajo mundo no son el mundo con artículo definido, sino unos mundos con artículo indefinido, y en rigor son mundillos, maneras figuradas de hablar, sobre todo porque si a uno no le gustan se puede salir e irse a otra parte. Pero el mundo de verdad es ése del cual uno no se puede salir —el mundo actual o el mundo real, por ejemplo—, y en el que estamos todos, actores, hampones y parientes, y opinamos encogiéndonos los hombros que así es el mundo; y ya, sin más, porque no parece nada figurado (y a quien le parezca figurado es que le falla el principio de realidad o el sentido común) y uno se aclimata o se aclimata, porque tiene toda la fuerza de las cosas que ni qué y que ni modo. En conclusión, todos sabemos qué es el mundo porque usamos la palabra a todas horas, y aunque no necesitamos definirlo, parece que se refiere a un tiempo, un espacio, un contenido y una manera de los que no se puede escapar.

En tanto palabra, el mundo se parece mucho a la gente porque, por ejemplo, cuando toda la gente sale a la calle porque hay alerta de temblor —a los que nos tocó vivir en zona sísmica—, de la misma manera que se diría que salió toda la gente se dice

## Quizá esta es la razón por la cual parece necesario averiguar cómo se comporta el mundo, que hace que incluso cuando lo queremos desobedecer seguimos sus instrucciones, su lógica, sus maneras.

que salió todo el mundo; lo que se le olvida a la palabra gente es todas las cosas que no son personas, como las escaleras, que también son de este mundo. Y se parece mucho a la vida, porque cuando se dice con tantita resignación que así es la vida bien pudo haberse dicho que así es el mundo, aunque lo que se le olvida a la palabra vida son concretamente las cosas, los objetos, de los que está lleno este mundo. Y se parece a la naturaleza, ésa que está ahí desde antes que nosotros y a la que hay que acoplarse para sobrevivir, pero en la palabra naturaleza no estamos nosotros excepto en calidad de animales, y a nosotros no nos gusta ser animales, más que a veces. Y a la realidad, que es independiente de nuestros deseos y de nuestras preferencias, y que nos hace ser realistas hasta para exigir lo imposible. O a la ley, como la ley de la selva o la ley del mercado o la de la gravedad o la del Talión. La diferencia es pues que todas estas cosas-palabra son más pequeñas que el mundo, y les falta algo que el mundo tiene.

El mundo no parece psicológico, y éste es su gran truco, porque lo es, y de un modo profundo: lo psicológico del mundo radica en que no podemos cambiar el mundo porque el mundo nos hace tener una forma de ser que nos impide cambiar el mundo, aunque querramos, de suerte que por mucho voluntarismo, intencionalidad, motivación, militancia y activismo que le pongamos, no podemos transformar el mundo, porque incluso para transformarlo hay que seguirlo y ajustarse a él. Quien piensa es el mundo. O sea que, como diría Durkheim, también se parece al inconsciente, o a una conciencia sin au-

toconciencia, o al planetoide de Lem, así que tal vez lo más revolucionario no es averiguar cómo podemos cambiar el mundo, sino qué nos pasa que no podemos cambiarlo, y a la mejor con eso dejaríamos de sustentarlo a medida que lo intervenimos, o por lo menos dejar de hacernos tontos. Quizá esta es la razón por la cual parece necesario averiguar cómo se comporta el mundo, que hace que incluso cuando lo queremos desobedecer seguimos sus instrucciones, su lógica, sus maneras. Por ejemplo, para transformarlo nos fijamos metas, medimos avances, nos esforzamos en lograr los objetivos, resistimos embates, vencemos resistencias y somos incansables y después de cada éxito decimos con humildad ególatra que aún falta mucho por hacer, y resulta que todo esto son justo las emociones, motivaciones y modalidades que tiene cualquier aspirante a triunfador en este mundo, o sea, no somos nada diferentes, y con eso, entre otras consecuencias, en vez de cambiarlo los hacemos más sólido, mejor aceitado, más automático, porque estamos aceptando como dato incontestable que así es el mundo, de suerte que para cambiarlo seguimos sus reglas, porque si bien se cuestiona todo (se cuestiona uno mismo, se cuestiona la vida, se cuestiona la conciencia), el mundo se queda intacto, precisamente porque no parece psicológico y por lo tanto se hace incuestionable (uno no cuestiona la física, por ejemplo: la usa a su favor pero la acepta. Y el mundo parece físico). A la mejor no hay que ser tan luchadores incansables; a la mejor el mundo se transformaría cuando todos dejásemos de hacer, pero, por lo menos en

este mundo, esto parece imposible; y casi da la impresión de que los activismos, en vez de cambiar el mundo, lo consolidan, ya que le arreglan detalles, pero le confirman su manera de ser.

Más específicamente, el mundo no parece psicológico porque hay una regla para todo pensamiento, conocimiento y conciencia que estipula que para saber algo tenemos que desconocer aquello con lo que lo sabemos, porque el conocimiento con el que conocemos algo siempre debe quedar allende lo conocido, algo así como que, al mirar, los ojos con los que vemos no pueden ser vistos. Por esta razón los seres humanos nunca podremos conocernos a nosotros mismos, porque nosotros los humanos somos los observadores —los ojos—, y siempre quedamos fuera de —o trascendemos— toda posible observación (haría falta otro observador que observara a los observantes, y otro más que lo observara a él, y así sucesivamente), y cuando lo intentamos es francamente vertiginoso porque sentimos que nos abismamos en el infinito donde da ese terror delicioso de que nunca vamos a poder salir de ahí, de que la única salida es hacia abajo. Este fenómeno sucede todo el tiempo: la realidad se encuentra envuelta en otra realidad que no se nota —o que no es real— y así sucesivamente: cuando uno la nota y la hace real ésta queda envuelta en otra más. Y así sucesivamente, cuando uno habla, sabe las palabras que dice, pero lo que no puede conocer en ese momento es la sintaxis y la gramática que las ordena, que son algo mayor y más inclusivo, o envolvente, y que no se dice, y que no obstante a su vez están

contenidas en el idioma, eso que uno se entera que existe solamente hasta cuando se topa con alguien al que no entiende ni viceversa, y se entera entonces de que lo que habla no es el habla absoluta sino un idioma (esto les pasa a todos los niños con el primer extranjero que conocen); y en el límite, lo que envuelve a todos los idiomas y hablas es el lenguaje, algo que ha de ser mudo porque frente a él se nos hace el silencio, y eso ya no ha de ser ni siquiera el mundo, sino lo que le sigue. Hay algo así como conocimientos y realidades que son sucesivas o envolventes o subyacentes o posteriores que necesariamente son desconocidas e irreales porque nunca están ahí sino siempre al margen, alrededor, debajo, detrás o donde sea. Quizá se podría decir algo similar de la respiración, el aire, la atmósfera y el planeta; de los pasos, la calle, la ciudad, y la tierra.

Nada más para quitarse de problemas, digamos que la mente (o conciencia, o psique, o pensamiento, o conocimiento, o hasta psicología —o tal vez, sucintamente, lo simbólico), es aquello que piensa, aquello con lo que se piensa, y aquello en lo que se piensa: el pensamiento que piensa pensamientos o los pensamientos que pensó el pensamiento (no es seguro que el cerebro quede incluido aquí, porque ahí de verdad no se ve ningún pensamiento), todo junto, a la vez, en cualquier orden: la mente es siempre simultáneamente una entidad, una actividad y un producto, y a menudo no se sabe cuál es cuál. Y no importa si se entiende o no, porque solamente viene al caso para proponer que ahí está la mente, pero detrás, o debajo, o más allá, o al fondo o

**Este fenómeno sucede todo el tiempo: la realidad se encuentra envuelta en otra realidad que no se nota —o que no es real— y así sucesivamente: cuando uno la nota y la hace real ésta queda envuelta en otra más.**





alrededor o donde se quiera, hay otra mente que la envuelve o la subyace o la comprende, por lo menos tres veces.

Primera: existen las opiniones y las actitudes (ocurrencias, ideas, actos, sentimientos, respuestas, etc.), que son, por decirlo así, objetos psicológicos que uno hace, ejecuta, actúa, y son personales, propios e idiosincráticos, y los hace uno tras otro, cotidianamente, y, básicamente, se da cuenta que los hizo; y como son instantáneos y momentáneos, se pasan pronto. A cada uno lo conocen por esto, por sus actitudes y opiniones, y lo reconocen, porque se trata de su mente individual, respecto de la cual los demás opinan y actúan. Pero cada tanto, estas opiniones y actitudes se ponen en entredicho, porque entran en contradicción unas con otras, porque son incongruentes, o le causan daño a alguien o a

uno mismo no le gustan demasiado, o salen mal, o se equivocan, y entonces a uno le dejan pensando, es decir, que ya las piensa dos veces, ya no tan momentáneamente, y es cuando se sienta un rato a reflexionar y a revisarlas, generalmente por el lapso que dura una cerveza, un café, un cigarro o una canción, lo cual significa que al abstruso de Heidegger uno lo puede entender, porque lo que él dice es que cuando uno medita sobre algo, también calcula el tiempo que tiene para meditarlo y si el tiempo que tiene es el de una cerveza, escoge las respuestas a las que pueda llegar en ese lapso.

Pero uno no puede meditar sobre sus equivocaciones con la misma mente que las cometió, porque lo haría desde la misma perspectiva y con los mismos criterios y las volvería a cometer, así que necesita otra, más básica, menos anecdótica, más estable,



menos acontecimental, como si fuera una mente al cuadrado o de segundo orden. En esta segunda vez uno recurre a las creencias y a las ideologías (los valores, las convicciones, los principios, la educación, etc.), que son objetos psicológicos que ya no duran solamente por un momento como las ocurrencias, sino por períodos más largos, años, décadas, toda la vida, y que por lo común no tiene siempre presentes, sino que son como si fueran el trasfondo de las opiniones y actitudes, donde se les ve su razón de ser, su sentido, su congruencia, su integridad, su articulación, y desde donde uno entiende por qué dice las cosas que dice o hace las que hace, desde la perspectiva de sus convicciones más arraigadas. Éstas ya no son cosas que uno hace, sino cosas que uno tiene, y por eso no suelen ser tan concientes, tan a la mano, porque las puede tener guardadas en

alguna parte mientras no las necesita: uno las tiene que recordar. Al revés de las opiniones y las actitudes, las creencias y las ideologías ya no son objetos individuales y propios, sino que pertenecen a familias, a grupos, a clases, a barrios, a generaciones; y si las primeras constituían una psicología individual, éstas constituyen una psicología social. Las creencias y las ideologías son contenidos, o series de contenidos, de frases hechas, de mandamientos acunados, de ideas fijas, de consignas, muy sentidos y sinceros, que se hacen presentes cuando hace falta.

Pero de vez en cuando, por lo que sea, también entran en entredicho, o contradicho, o no se pueden sostener, o se traicionan, o se falta a la lealtad o la fidelidad para con ellas, como, por ejemplo, cuando uno tiene que aceptar un trabajo que le disgusta, que es enajenante, que va contra todos sus

principios o valores, donde tiene que engañar a la gente vendiéndole artículos que no necesita, y entonces uno tiene que explicarse y justificarse las deslealtades con las que le está fallando a su grupo de referencia, y de paso a sí mismo. Es cierto que uno cada tanto se tiene que preguntar cómo es que puede caer tan bajo, y lo que hace para justificarse y perdonarse es concluir que, tal cual, a fin de cuentas, así es el mundo, y uno no tiene la culpa de que sea así. Mundo obliga. Con ello se sitúa uno ya en el nivel donde el objeto psicológico son las mentalidades y el mundo (estructuras, sistemas, organizaciones, sociedades, inconscientes, etc.), que son como la mente al cubo, o de tercer orden, cuya característica más peculiar es que no se nota que sean entidades mentales, sino que parece que son sencillamente la realidad sin más, casi física, casi cuantitativa, independientemente de lo que se opine y se crea. Quizá una razón por la que no se nota es que se trata de una mente que carece de contenidos (los contenidos que se ven son los físicos y cuantitativos), es decir, que bien a bien no se les ve ni se les toca por ninguna parte, y parece pues que esa mente no está y no existe; y es que, en cambio, sólo tiene forma, y uno, cuando vive, se mueve siguiendo esa forma (como el agua sigue la forma del vaso, o los pasos la de la calle), o estructura, o modo de ser. Y así da la sensación de que en el mundo uno meramente sobrevive como cosa biológica en un ambiente físico al igual que el resto de los seres vivos, aunque en rigor no es así, toda vez que los animales cumplen instintos unívocos mientras que los seres hu-

manos siguen mentalidades, i.e. formas de pensar que están instaladas en el mundo como si fueran construcciones, emplazamientos, orientaciones, caminos, direcciones, mapas, ostensibles, inexorables e irrefutables, que uno ha de recorrer, operar, utilizar, no por ninguna convicción ni ocurrencia, sino crudamente para pervivir igual que animal o planta porque esto no parece que sea para nada una mente sino que parece que es una naturaleza: la naturaleza de la sociedad que tiene las propiedades físicas que todos obedecen, que el que no trabaja no come, que el pez grande se come al pez chico, que si no gana pierde, que si no triunfa fracasa, que para que uno gane los otros tienen que perder, que la vida es competencia y adaptación (que Darwin tenía razón y por eso empleó todas las recomendaciones anteriores para ganarle a Wallace), que como te ven te tratan, que hay que juntarse con los poderosos, que hay que tener buenos contactos, que hay que prepararse para la lucha por la vida, y tiene que trabajar duro y no desfallecer y no claudicar y no rendirse y levantarse cada vez que se caiga porque la vida es un reto y un desafío y una aventura que está hecha solamente para los mejores. Y así sucesivamente: no es que uno quiera ser así, no es que ésa sea su ideología ni que tales sean sus actitudes, pero, aunque sea a regañadientes, al mal tiempo buena cara, porque como le decía el antipático de su padrastro al pobre de Julius en la novela de Bryce Echenique, Para estar en esta vida hay que estar en este mundo.

Son los mundos como los idiomas, que mientras uno está inmerso y respirando en un solo único

Es cierto que uno cada tanto se tiene que preguntar cómo es que puede caer tan bajo, y lo que hace para justificarse y perdonarse es concluir que, tal cual, a fin de cuentas, así es el mundo, y uno no tiene la culpa de que sea así. Mundo obliga.

Si de repente se le apareciera a uno otro mundo con el cual comparar, se daría cuenta de que su mundo es una mentalidad y no una fatalidad y que por ende se podría criticar, denostar, impugnar, cambiar.

idioma, parece que es tal cual todo el lenguaje e incluso es la realidad sin más, pero cuando se topa con otro se da cuenta de que la suya es únicamente una forma de hablar entre muchas otras. Mientras uno está inmerso y respirando en su mundo, éste no parece ser una manera de pensar y una mente entre otras posibles, sino que es tal cual la realidad sin más, y por eso se acepta, se acata, se admira y se obedece. Si de repente se le apareciera a uno otro mundo con el cual comparar, se daría cuenta de que su mundo es una mentalidad y no una fatalidad y que por ende se podría criticar, denostar, impugnar, cambiar. Pero eso no es muy posible, porque mientras tanto no hay otro mundo y a uno nada más le queda claro que el mundo es como es sin poder ser de otro modo y uno ni siquiera debe preguntarse si se adapta o no porque es una pregunta inútil que hace perder el tiempo cuando debe estar luchando por la sobrevivencia en esta competencia tan encarnizada por el éxito.

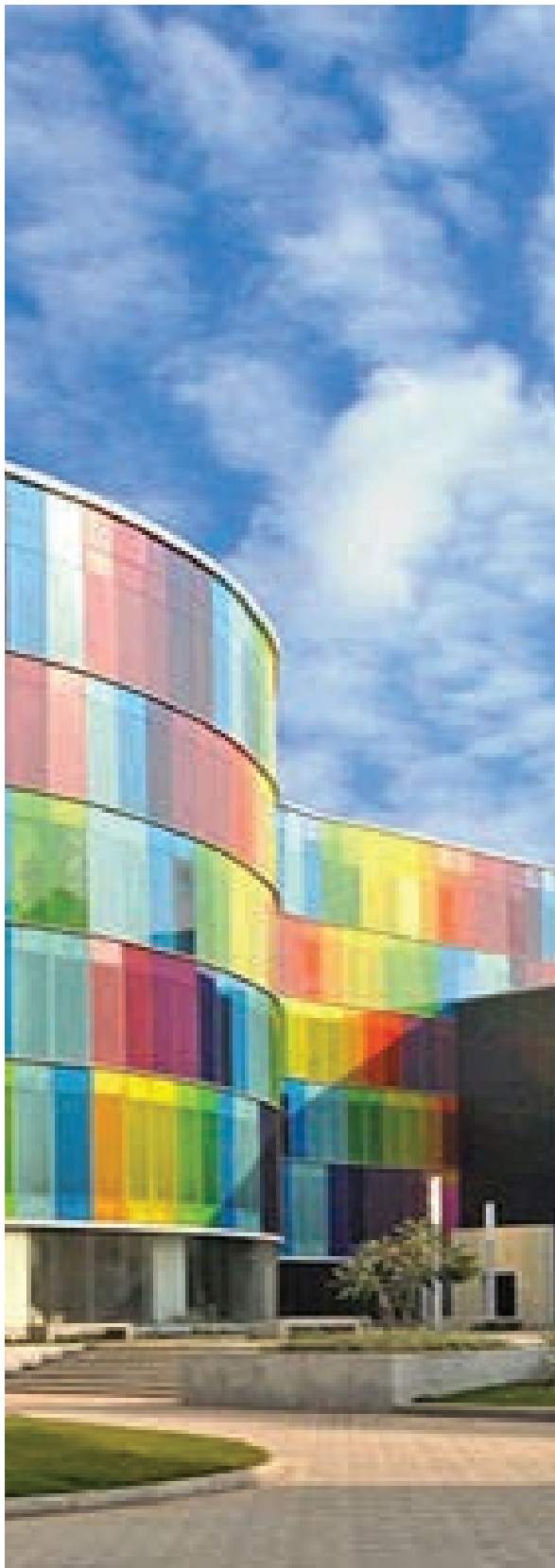
Y así como se ha caracterizado aquí, da toda la impresión de que el mundo solamente es uno, que no es posible que hayan otros, que eso sería increíblemente extraterrestre, por lo cual, ciertamente, no hay opción, y además, en tanto mundo, es el mismo todo el tiempo, no importa que pasen los siglos y las eras. Las mentalidades y el mundo no son cosas que uno hace ni que uno tiene, sino que son cosas que uno habita, como el medioambiente, el territorio, la casa, que a uno lo envuelven y que uno no puede ser mayor que ellos, no los puede abarcar, y que siempre están ahí sin moverse —sin comportarse—, impertérritos, mientras uno los anda y los desanda

y nace y se muere (es uno el que se comporta), por lo cual, esta mente del mundo, esta mentalidad, no es algo que se produce en el lapso de días, años o generaciones, sino que es un pensamiento que se mantiene estable durante siglos. El mundo tradicional o medieval duró como diez siglos; el mundo moderno y actual, la mentalidad al uso, ya lleva por lo menos dos y medio, y aunque fuera nada más por eso, resulta evidente que esta mente no radica en las personas que se mueren mucho antes ni en los grupos y clases que se transforman más rápido, sino en las sociedades completas, en la cultura en general. Y por lo tanto, la psicología de esta mente no es ni individual ni social, sino colectiva.

A lo mejor hay un último, un cuarto, nivel de pensamiento o de psicología más allá, más al fondo, que se le presenta a uno cuando se abstrae del mundo, y sería tal vez aquél que tiene que ver con la vida y la muerte, lo humano y lo animal, el lenguaje y el silencio, la conciencia y la materia, lo finito y lo infinito, el ser y la nada; algo así como el lugar donde se tocan los límites y se vislumbra lo que sigue, que justo se hace presente cada vez que en un chispazo nos damos cuenta de lo absurdo, estúpido y ridículo de este mundo, pero del que inmediatamente nos regresamos para no perder el autobús que ya viene, y no perder el sentido común, que está en el autobús.

Pero, entretanto, hay un par de cuestiones curiosas con estas psicologías que ya están dichas pero que vale la pena recalcar: por una parte, a medida que se va trascendiendo en estas mentes, las personas se van difuminando, porque quien piensa ya no son





individuos, sino, sucesivamente, grupos, sociedades, o el mundo, esto es, que la mente va dejando de ser individual y se va volviendo colectiva. Y por otra parte, a medida que se van haciendo más trascendentes las mentes, a medida que se las va rebasando, el tiempo se va haciendo más largo, haciendo más durable, por lo que se trata de un pensamiento cada vez más lento, y así como en la primera vez la historia pasa tan rápido que se vuelve mera anécdota, o noticiario, en el mundo se vuelve tan lenta que no parece historia, sino geografía, como lo dijo Braudel al hablar de las cortas y largas duraciones, y razón por la cual su principal libro de historia no tiene nombre de siglo sino nombre de territorio (el Mediterráneo). Dicho al revés es quizá más curioso: si uno cambia de duración, es decir, de marco temporal, sus pensamientos cambian; el mismo tema, sea la moda o el fútbol o la violencia o el arte, se vuelve otro tema si uno lo coloca en la perspectiva o en el marco del día de hoy que en el marco de un siglo: lo que piensa y de lo que se habla es otra cosa. Según Braudel, él quería probar que el tiempo se mueve a diferentes velocidades, y si esto es así, la mente o la conciencia también se mueve a diferentes velocidades (y quien piensa rápido no capta lo que se piensa despacio) y coincide con diferentes ideas u objetos psicológicos. Por esto, se puede argumentar que la conciencia individual no se da cuenta de la conciencia colectiva y no le parece que exista, pero, tal vez, a la postre, cuando la vida no le haya resultado lo que él quería, será porque no supo pensar ni con la lentitud de los siglos ni con la eternidad de la muerte (creía que el triunfo dependía de su propia envidia, mientras que el mundo le iba preparando su fracaso). Los diferentes objetos psicológicos son la misma mente puesta en diferentes tiempos, velocidades y duraciones: si el período es corto, uno ve sus propias narices; si es largo, alcanza a ver el mundo entero.

El mundo parece un estado de cosas, y eso no parece muy psicológico, pero, en cambio, se convierte



Pero la verdad es que no hay a quien decirle tú y echarle la culpa por lo que sucede en él. Todo esto es cierto pero sobre todo es una buena coartada (las mejores coartadas son las que son verídicas).

en plenamente psicológico si se concibe que el mundo es un estado del tiempo, porque entonces así sí aparece como un mundo histórico, es decir, como obra humana en la que vamos envueltos; y por lo mismo se trata de un mundo vital, existencial, experiencial: si hay algo que pueda calificar como sentido de la vida probablemente es este mundo que es mental y que no se sabe sino que sólo se habita y se vive (no por nada, la psicología colectiva fue idea de los historiadores, y fueron quienes introdujeron los términos de mentalidad y —como Groethuysen— de mundo). Lo que pasa es que este mundo es un poco mustio —medio mosca muerta—, que finge que no es nadie, lo cual es cierto, y por lo tanto no tiene intenciones y no es ni cruel ni compasivo ni tiene pretensiones de dominación ni de justicia, porque todo ello sería como dotarlo de agencia, de voluntad, que es igual a darle autoconciencia y concederle un ego, un yo. Pero la verdad es que no hay a quien decirle tú y echarle la culpa por lo que sucede en él. Todo esto es cierto pero sobre todo es una buena coartada (las mejores coartadas son las que son verídicas). Porque el mundo, lo que sí tiene, es tiempo. Y el tiempo es la forma en que el mundo se va metiendo dentro de nosotros, usurpándonos el ser, hasta los huesos, justo como lo hace la humedad en el tiempo de lluvias. Como sea, estrictamente hablando, el mundo no nos hace nada a nosotros, pero, no obstante, sí opera sobre el tiempo, y el tiempo es la parte del mundo donde éste sí se resiente, se sufre, se padece (la lluvia, estrictamente, no nos llueve a nosotros, no es ésa su intención, pero sí nos moja), y si uno es cínico (¿o

tonto?), se disfruta, de modo que lo que le haga el mundo al tiempo, ensombrecerlo, enfriarlo, materializarlo, incendiarlo, endurecerlo, acortarlo, rebarnarlo, apachurrarlo, comprimirlo, destazarlo, presionarlo, quitarlo, lo resentimos nosotros y da toda la impresión de que sí nos lo está haciendo, y uno puede en efecto sentir que el mundo está acechándolo allá afuera haciéndole sonar el despertador en la mañana para que se levante a cumplir con su agenda aunque no quiera, porque es lunes en la mañana y así es la vida, y uno responde todavía medio adormilado que no es la vida, es el mundo, y ésas serán sus únicas palabras sabias de todo el día. Correctamente: la vida solamente tiene la culpa de que nos muramos —o de que nazcamos—; lo demás es el mundo. Pero el mundo actual lo que más hace es quitarnos tiempo —que es quitarnos vida y quitarnos mismidad.

Y despertador o no despertador, el tiempo, ahora sí, se parece mucho a la vida, porque los dos transcurren, pasan, se escurren, se van; y la vida se parece muchísimo a uno mismo; y uno mismo, si de verdad es algo, es sólo tiempo. Y voluntad o no voluntad, al final da la sensación de que el mundo si nos lo está haciendo a nosotros, porque nosotros somos ese tiempo que quita y descuartiza y etcétera, y por eso sí puede uno decir que el mundo es cruel, y entonces, también afirmar que es una mente. Y la gran razón por la cual se puede aseverar que el tiempo no es otra cosa que la vida y que uno mismo es que no sabemos qué es eso que se llama uno mismo, de la exacta precisa misma manera que no sabemos tampoco qué es el tiempo; y ya por eso, los tres son semejantes. 📖



## La revolución

*El hombre rechaza el mundo tal como es, sin aceptar abandonarlo. En realidad, los hombres se aferran al mundo y en su inmensa mayoría no desean dejarlo. Lejos de querer olvidarlo, sufren, por el contrario, porque no lo poseen bastante, extraños ciudadanos del mundo, desterrados de su propia patria.*

ALBERT CAMUS, 1951, *El hombre rebelde*, México, Grupo Editorial Tomo, 2015 (Traducción de Roberto Mares), p. 396.

En fin, ese lunes en la mañana, uno suspira primero y luego respira hondo, abre la puerta de su casa, y sale al mundo a triunfar; pero la verdad es que ese mundo al cual se sale ya todos lo traen dentro, desde antes de salir, como se trae al cuerpo. Y aquí cabe resaltar un hecho crucial, que es el de que en este mundo actual, hoy por hoy y tal cual es, sin importar que antes de abrir la puerta se haya persignado —hasta los futbolistas lo hacen—, o que cruce los dedos o rece jaculatorias o toque madera y pida deseos, no se vale hablar de Dios —o, más bien dicho, de la muerte—, como si eso de Dios fuera un asunto casero, parroquial, provinciano o, directamente, de poco mundo; o tal vez como si la gente tuviese miedo de que de verdad existiera (los que se niegan a persignarse es porque creen que sí existe). Pero quizá todo esto es la razón por la cual el mundo, tan evidente para resentirse, es tan opaco para comprenderse, debido a que probablemente es un factor necesario, algo así como que si Dios no puede mencionarse el mundo entonces tampoco puede cuestionarse. Pero, paradójicamente, por esta misma razón, la realidad del mundo tiene bastante de presidida por Dios —por la muerte, más bien dicho—, quien, incluso cuando no existe, tiene algo de omnipresente.

Podría afirmarse con cierta malevolencia que las revoluciones en general, las sociales, las mercantiles, las políticas, las económicas, científicas, culturales, industriales, tecnológicas, cambian, por supuesto, algo, a veces con parsimonia y a veces con celeridad, pero dejan intacto el mundo, si no es que de hecho lo consolidan: lo

que hizo la revolución francesa fue hacer oficial algo que ya había sucedido en la vida. Por ello, aquí se argumentaría que las que sí cambian el mundo son las revoluciones mentales, esto es, las que trastocan el tiempo, las que revuelven lo inmaterial, las que producen otros seres humanos completamente distintos —seres de otro mundo—, que, por lo demás, son lentísimas, y de facto solamente han sido dos o tres pero no cuatro.

La primera revolución mental, que no viene mucho a cuento, es la que funda el mundo primitivo o antiguo, y se da cuando los homínidos o humanos empiezan a enterrar a sus muertos, y cuando por ende aparecen los dioses, que andan por ahí en la tierra, como Yahvé, el Dios de los judíos, que iba junto con ellos guiándolos —y regañándolos— a través del desierto.

La segunda revolución, que ya viene un poquito más a cuento, es la del año cero de nuestra era, que es cuando los dioses se van al cielo y nos esperan allá, fundando con ello el mundo tradicional, y de la cual el cristianismo tiene la anécdota más clara, en la que Dios, que vivía aquí de carpintero, se va al cielo, adonde luego iremos nosotros. En este mundo tradicional es preciso subrayar el que cielo es un territorio concreto, aunque no sea material —de hecho, ahí lo que es abstracto es la tierra—, y Dios es concretamente una persona: por eso, aquí, en Dios no se cree, sino que Dios existe, simplemente. En las creencias se puede creer o no, pero el mundo es sencillamente real.

La tercera revolución mental, que ya viene a cuento, y que se puede fechar en el siglo XVIII, aunque su lentitud abarca mucho más, que es cuando se funda el mundo moderno, se da cuando Dios y el cielo dejan de existir (ya se puede creer en ellos si uno quiere, pero como cosa suya), y entonces solamente nos queda esta tierra, no sólo para vivir, sino para ser felices —lo cual, al parecer, ha resultado medio angustiante.

Y todo parece indicar que, según las últimas noticias del mundo moderno, ya estamos perentoriamente urgidos de una siguiente revolución mental, que seguramente empezó desde hace mucho subrepticamente, por lo cual se puede prever, o se antoja prever, o necesitamos, un mundo próximo, porque no sería justo —ni decente— que este mundo en el que estamos sea el definitivo. Y siguiendo la nomenclatura religiosa, sería cuando el cielo estuviera en la tierra, y ya si Dios quiere bajar, o existir, o jubilarse, que lo haga con toda confianza: nosotros no regañamos. 🏠









## ÍNDICE DE NOMBRES (y, en su caso, obra referida)

- Andrés-Gallego, José: historiador español, 1944 (1991: *Historia general de la gente poco importante. América y Europa hacia 1789*. Madrid; Gredos): **8**.
- Aristóteles: filósofo griego, 384-322ac: **56**.
- Asimov, Issac: escritor estadounidense, 1920-1992 (1942: *Fundación*. Barcelona; Debolsillo. 2010): **68**.
- Bauman, Zigmunt: sociólogo polaco inglés, 1925-2017: **42**.
- Bergson, Henri: filósofo francés, 1859-1941: **34**.
- Bishop, Henry: compositor inglés, 1786-1855: **23**.
- Borges, Jorge Luis: escritor argentino, 1899-1986 (1944: "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", en: *Cuentos completos*. México; Lumen. 2011): **68, 69**.
- Braudel, Fernand: historiador francés, 1902-1985 (1949: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México; Fondo de Cultura Económica; 2 Vols. 2013. Trad.: Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roses y Vicente Simón): **8, 76**.
- Bryce Echenique, Alfredo: escritor peruano, 1939: **74**.
- Buddenbrook, Thomas: comerciante alemán, 1826-1875: **32**.
- Byung Chul, Han: filósofo coreano alemán, 1959: **59**.
- Camus, Albert: escritor francés, 1913-1960: **56, 78**.
- Claval, Paul: geógrafo francés, 1932: **19**.
- Clooney, George: actor estadounidense, 1961: **69**.
- Darwin, Charles: naturalista inglés, 1809-1882: **48, 74**.
- De Sousa Santos, Boaventura: sociólogo portugués, 1940: **57**.
- Dickens, Charles: escritor inglés, 1812-1870 (1843: *Cuento de navidad*. México; Porrúa. 1997): **25**.
- Durkheim, Émile: sociólogo francés, 1858-1917: **70**.
- Erguizábal, Raúl: comunicólogo español, 1955: **31**.
- Esquirol, Josep Maria: filósofo catalán, 1963: **61**.
- Ferraroti, Franco: sociólogo italiano, 1926 (1976: *Hombre y máquinas en la sociedad industrial*. Barcelona; Labor): **10**.
- Francisco de Asis: santo italiano, 1182-1226: **11**.
- Franklin, Benjamin: inventor estadounidense, 1706-1790: **24**.
- Gafotas, Manolito: niño triunfador español, 1994: **69**.
- Groethuysen, Bernhard: filósofo alemán, 1880-1946: **68, 77**.
- Guevara, Nacha: cantante argentina, 1940: **69**.
- Hausman, Georges-Eugène: político francés, 1809-1893: **19**.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: filósofo alemán, 1770-1831: **63**.
- Heidegger, Martin: filósofo alemán, 1889-1976: **72**.
- Huizinga, Johan: historiador holandés, 1872-1945: **10**.
- Humboldt, Wilhelm von: filósofo alemán, 1767-1835: **26**.
- Jeanette: cantante angloespañola, 1951: **69**.
- Julius: niño fracasado peruano, 1990: **74**.
- Klein, Naomi: periodista canadiense, 1970: **42**.
- Leibniz, Gottfried Wilhelm: filósofo alemán, 1646-1716: **69**.
- Lem, Stanislaw: escritor polaco, 1921-2006 (1961: *Solaris*: Buenos Aires; Minotauro. Trads.: Matilde Horne y F. A.): **69**.
- Machado, Antonio: poeta español, 1875-1939: **12**.
- Mann, Thomas: escritor alemán, 1875-1955 (1901: *Los Buddenbrook. Decadencia de una familia*. Barcelona; EDHASA. 2008. Trad.: Isabel García Adánez): **30**.
- Marglin, Stephen: economista estadounidense (2008: *The dismal science. How thinking like an economist undermines community*. Massachusetts; Harvard University Press), 1938: **48**.
- Mumford, Lewis: historiador estadounidense, 1895-1990 (1934: *Técnica y civilización*. Madrid; Alianza. 1998. Trad.: Constantino Aznar de Acevedo): **20**.
- Newton, Issac: físico inglés, 1642-1727: **48**.
- Parra, Violeta: cantautora chilena, 1917-1967: **52**.
- Pucelle, Jean: filósofo francés, 1906-1981 (1955: *Le temps*. Paris; Presses Universitaires de France. 1972): **10**.

- Reed, John: periodista estadounidense, 1887-1920: **69**.
- Rockefeller, John D.: industrial estadounidense, 1839-1937: **33**.
- Santayana, George: filósofo hispanoestadounidense, 1863-1952: **62**.
- Schiller, Friedrich: escritor alemán, 1759-1805: **61**.
- Schirmaher, Frank: periodista alemán, 1959-2014: **41**.
- Schopenhauer, Arthur: filósofo alemán, 1788-1860: **69**.
- Smiles, Samuel: escritor escocés, 1812-1904 (1859: *Self-help*. London; John Murray. 1860. <http://www.bl.uk/collection-items/self-help-by-samuel-smiles>): **31**.
- Scrooge, Ebenezer: banquero inglés, 1843: **25**.
- Sombart, Werner: historiador alemán, 1863-1941: **33**.
- Spielberg, Steven: cineasta norteamericano, 1946: **68**.
- Tarkovski, Andréi: cineasta ruso, 1932-1986: **69**.
- Thrift, Nigel John: geógrafo inglés, 1959: **13**.
- Vasco de Quiroga: religioso hispanomexicano, 1470-1565: **11**.
- Veblen, Thorstein: economista estadounidense, 1857-1929 (1899: *Teoría de la clase ociosa*. México; Fondo de Cultura Económica. 2004. Trad.: Vicente Herro): **38**.
- Vinci, Leonardo da: pintor florentino, 1452-1519: **78**.
- Virilio, Paul: arquitecto francés, 1932-2018: **46**.
- Wallace, Alfred: naturalista inglés, 1823-1913: **74**.
- Wells, Orson: guionista estadounidense, 1915-1985: **69**.
- White, Hayden: historiador estadounidense, 1928-2018: **6**.
- Wilde, Oscar: escritor irlandés, 1854-1900: **62**.
- Wright Mills, Charles: sociólogo estadounidense, 1916-1962: **20, 35**.

## ÍNDICE DE TEMAS

- Abogado, **55**
- Activistas, **57**
- Adrenalina, **54**
- Angustia, **56**
- Ansiedad, **56, 40**
- Anuncios, **40, 41, 43**
- Apurarse, **60**
- Arte, artesanía, **63**
- Artesano, **63**
- Autoayuda, **31, 52**
- Avanzar, **22, 23**
- Bancos, **24**
- Belleza, **61**
- Biología, **46**
- Bolsa, casa de, **52**
- Burgo, **9, 21**
- Cajeros automáticos, **44**
- Campesino, **7**
- Campo, **9**
- Cansarse, **59**
- Cantidades, **24**
- Caridad, **46**
- Ciencia, **46**
- Ciencia-ficción, **68**
- Circulación, **35**
- Ciudad, **12, 13, 19, 22, 33, 34, 40, 43, 44, 51, 55, 63, 66, 71, 78**
- Ciudades, **8, 9, 14, 17, 21, 30, 56, 65**
- Comprar, **12, 14, 16, 24, 31, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 42, 43, 46**
- Computadora, **40, 41, 42, 44, 45, 46, 50, 51, 52**
- Conocimiento, **27, 28, 35, 48, 53, 57, 63, 71**
- Consumo, **38, 39, 40, 46, 59, 65**
- Cowboys, **52**
- Creencias, **10, 73, 79**
- Cuello blanco, **20, 34, 35**
- Duración, **34, 39, 59, 66, 76**
- Economía, **8, 12, 46, 47, 48, 49, 51, 52, 59**
- Edificios, **25, 30, 40, 41, 43, 44, 50**

Egoísta, gen, 49  
Electrodomésticos, 35  
Empleados, 44  
Empuja, 19, 62  
Escuelas, 26  
Estético, mundo, 61, 63  
Ética protestante, 66  
Evolución, teoría de la, 70  
Fe, 10  
Felicidad, 11, 17, 18, 21, 22, 23, 24, 27, 28, 31, 34, 35, 38, 40, 44, 49, 51, 55, 61, 62, 67  
Ferias, 12, 14  
Fiestas, 12  
Física, 34  
Ganancia, 53  
Gente, 55  
Iglesia, 7  
Imperativo tecnológico, 22  
Inconsciente, 29, 66  
Individuo, 22, 69, 76  
Insaciable, 49  
Inteligencia artificial, 50  
Intencionalidad, 10, 54, 70  
Jala, 19, 21  
Ley, 28  
Máquina de escribir, 30  
Marcas, 42  
Médico, 49  
Mentalidades, 74  
Mercado, 10  
Miedo, 38  
Modas, 32, 34  
Moderno, mundo, 38, 43, 46, 48, 50, 60, 65, 67, 75, 79  
Muerte, 60, 67, 75, 78  
Naturaleza, 42  
Obreros, 17  
Oficinas, 25  
Opiniones, 5  
Pecado, 11, 12, 13  
Pensamiento, 51  
Periódicos, 34  
Persecutivos, verbos, 56  
Pobres, 11  
Prisa, 10  
Profesiones liberales, 20  
Progreso, 36  
Providencia, 11, 18  
Psicología, 24, 68  
Psicología colectiva, 70, 77  
Psicología social, 73  
Psicológico, 74, 76  
Pueblo, 7  
Realidad, 14  
Reloj, 20  
Respetabilidad, 28  
Restaurante, 22  
Revolución mental, 60  
Riqueza, 17  
Romanticismo, 24  
Sentido, 37, 48  
Servicios, 22  
Silencio, 42, 63, 65, 67  
Solo, 18, 27, 29  
Sueño americano, 33, 37  
Teoría de juegos, 52  
Tienda, 14, 21, 30, 56  
Tontería, tonto, 5, 59  
Tradicional, mundo, 16, 48, 54, 67, 75, 79  
Transformar (el mundo), 60, 70  
Trueque, 10  
Una (mujer), 61, 69  
Universidades, 28  
Vagabundo, 30, 34, 53, 56  
Velocidad, 6, 29, 30, 34, 40, 42, 44  
Vender, 12  
Ventana, 30  
Vida, 15, 22  
Yo, 51







# Integrantes

## DIRECTORA EDITORIAL

**Angélica Bautista López.** Profesora Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Acción Colectiva e Identidades.

## COMITÉ EDITORIAL

**Salvador Arciga Bernal.** Profesor Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Psicología Política.

**Claudette Dudet Lions.** Profesora Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

**Pablo Fernández Christlieb.** Profesor Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinador del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

**María de la Luz Javiedes Romero.** Profesora Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

**Gustavo Martínez Tejeda.** Profesor Titular en la Licenciatura de Psicología Educativa de la Universidad Pedagógica Nacional. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Formación de Profesionales de la Educación.

**Jahir Navalles Gómez.** Profesor Asociado del Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Estudios Socioespaciales.

**Rodolfo Suárez Molnar.** Profesor Titular en el Departamento de Humanidades de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Acción y Formas de Vida.



VISITA NUESTRA BIBLIOTECA DIGITAL:



WWW.ELALMAPUBLICABIBLIOTECA.NET



86 87

ELALMAPÚBLICA

OTOÑO-INVIerno2020 • PRIMAVERA-VERANO2021



PARA CRÍTICAS, COMENTARIOS, SUGERENCIAS Y ADQUISICIÓN DE NÚMEROS  
ATRASADOS, FAVOR DE ESCRIBIR A [elalmapublica@hotmail.com](mailto:elalmapublica@hotmail.com)

---

WWW.ELALMAPUBLICA.MX



REVISTA EL ALMA PUBLICA



7 151060 001551